

¿La muerte de un TEATRO?

Por MIGUEL DELIBES

MD

NO creo que aquello de renovarse o morir deba ser tomado al pie de la letra, y sin embargo, en la época presente, observamos en todos los terrenos un afán descomedido en los artistas por ser originales. El ensayo teatral de la comedia de dos personajes ha sido superado por el actor Guitart, que, en un «más difícil todavía», interpreta una comedia de un solo personaje y quemando antes las naves, es decir, sin reservarse un mal teléfono donde agarrarse llegado un caso de extrema necesidad. La limitación del espacio, una de las dificultades más importantes para el autor teatral, ha sido desbordada también por la nueva técnica norteamericana, no ya prescindiendo del decorado o reduciéndole a una estructura somera como en el caso de «Nuestra ciudad», sino empleando una decoración reversible con la ayuda de la imaginación y la luminotecnia.



Este hecho demuestra tanto como que al teatro se le han quedado chicas las dimensiones clásicas, que el teatro no desdeña la influencia cinematográfica si ello viene a procurarle una mayor atención por parte del público. Conviene tener presente que la nueva técnica escenográfica no sólo permite la elusión de la limitación del espacio, sino la del tiempo, completándola con el recurso de las evocaciones.

«La muerte de un viajante» ha sido muy discutida en España y he advertido que, en general, rechazan sus licencias los viejos, mientras los jóvenes, por el contrario, elogian su audacia sin reservas. Esto quiere decir que la nueva técnica teatral marcha acorde con los gustos de la época, lo que nos lleva a pensar que no tardando podría sobrevenirle un colapso al viejo teatro de las rígidas normas y las clásicas limitaciones. Es significativo que este esquinazo propinado al teatro de nuestros mayores provenga precisamente del pueblo más joven del mundo, del más vital, y que haya encontrado el beneplácito incondicionado de los jóvenes de todas partes, en tanto los viejos, los que no entran con el cine, califican de frivolidad el experimento.

Nunca el arte se sintió tan incómodo como en nuestro tiempo. De día en día se cambian posturas, y ya que no mejorando lo presente, se intenta llamar la atención haciendo lo que no hizo nadie. El existencialismo, el tremendismo, el surrealismo, las comedias de dos personajes y las de uno, son frutos normales de una época anormal. En su mayor parte, estas posturas serán efímeras, siquiera otras, como la del escenario reversible, que permite al teatro evadirse de sus tradicionales rígidas normas y adquirir una consistencia menos convencional y enteriza, es posible que perdure, supuesto que la desafección al teatro de las nuevas generaciones viene dicada antes que nada por la repulsa hacia el artificio demasiado ostensible y la morosidad. Es obvio que un teatro liberado de la coacción del espacio y del tiempo será un teatro, si no más natural, sí más dinámico, ya que en gran parte la palabra será sustituida por la acción. No será preciso que el protagonista recuerde a la protagonista un hecho que normalmente ninguno de los dos debe haber olvidado para poner al público en situación, sino que «veremos» con nuestros propios ojos ese acontecimiento que a lo largo de la obra quizá tenga una influencia decisiva. A fin de cuentas, el nuevo teatro no hace sino desplazar el convencionalismo de la palabra a la escenografía.

Evidentemente es aventurado predecir la suerte que aguarda al teatro en un próximo futuro. Ahora se habla de crisis teatral, pero esta crisis más que de autores es de espectadores. Las nuevas generaciones prefieren el cine. La salida de esta crisis ha de buscarse, pues, antes que en una mejora en una renovación. De aquí que admitamos como posible que las innovaciones introducidas en el teatro por los americanos no sean flor de un día. La historia del mundo demuestra que la hegemonía de los pueblos no sólo se expresa en la fuerza, sino especialmente en una influencia espiritual que provoca una transformación en los modos, las modas y las costumbres.

MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes

PRIMERAS NOVELAS

MD

"Diario Vasco" 25 Mayo 54

Por Miguel Delibes

HACE pocos días me decía Angel Oliver en Cartagena, con aplomo autocrítico plausible, que su segunda novela representaba con respecto a su primera un paso considerable. Oliver daba a este progreso un carácter general. "Hay que ver —me decía— cuántas tonterías deja uno de decir en un segundo libro".

Angel Oliver venía a reconocer, seguramente sin proponérselo, que los novelistas primerizos pecan más por exceso que por defecto, y, en consecuencia, las novelas que inician una carrera de escritor no están, en contra de la opinión vulgar, faltas de literatura, sino sobradas de ella; una primera novela es, de ordinario; un torrente de palabras abrumador, es desahogo espontáneo y, como tal, prólijo, desordenado y minucioso.

Esto quiere decir que el novelista nato, cuando rompe el fuego por primera vez, considera demasiado romos a sus presuntos lectores y, en consecuencia, se resiste a dejar nada entre los puntos de la pluma, circunstancia ésta, que imprime generalmente a las novelas de iniciación una prolijidad ingenua, una superabundancia de elementos literarios que en buena parte la enervan cuando no la esterilizan.

Esto nos lleva a pensar que el perfeccionamiento en el camino de la novela no estriba en añadir sino en podar. El nove-

lista, dueño de un argumento y unas palabras, ha de disponer estos elementos de tal modo que el artificio trascienda lo menos posible, que consiga el impacto reduciéndolos al mínimo, depurándolos de hojarasca nociva. Por regla general, el primer libro se le va de las manos al autor, le desborda, para concluir caminando fuera del cauce previsto por aquel. Esta afirmación tiene muy pocas excepciones y aún diría que esas excepciones, es decir los que aciertan en la diana el primer intento, quedan automáticamente incapacitados para superarse en lo sucesivo. Lo común es que los primeros pasos del novelista sean vacilantes, imprecisos, no por no tener nada que decir, sino por tener que decir demasiado; llega un momento en que no se es capaz de sujetar todos los resortes puestas en juego por su pluma y la rebelión se hace inevitable.

El novelista joven que en su debut se queda corto, denota falta de imaginación, poca experiencia y pobreza de vida interior. Lo normal es que un hombre joven que por vez primera se sienta ante un mazo de cuartillas impolutas pierda pronto el sentido de la medida. Lo natural es que la vitalidad se imponga a su criterio artístico, que su facultad de selección se enturbie a las primeras de cambio. El desequilibrio entre lo físico y lo psíquico es notorio. No basta para evitarlo una formación intelectual profunda. El novelista jo-

ven, como el perro de caza que se inicia, es trotón y por muy fino y sensitivo que sea su olfato, prevalecerá, a la postre, su juventud. Tal vez sea esta la razón que justifique el aserto de Duhamel, según el cual aunque es posible ser buen poeta en plena juventud, no se puede ser buen novelista hasta la madurez.

Todo esto me lleva a pensar que la mayor parte de las primeras novelas tienen todo lo que necesitan para ser buenas; si no lo son, no es tanto por lo que les falta cuanto por lo que les sobra. De aquí que una supervisión crítica reflexiva podría equilibrar obras que el inexperto autor al efectuar sus primeras armas, ha alumbrado desequilibradas. Esto equivale a decir que la madurez del novelista no viene impuesta por lo que los años dan de experiencia o de imaginación, sino por lo que con el tiempo va ganando en punto a discernimiento, capacidad de selección y sentido autocrítico. El novelista madura cuando aprende a administrar, cuando para imprimir un matiz determinado a una situación acierta a hacerlo con una palabra en lugar de emplear una frase; en definitiva, el novelista está a punto, cuando elimina de sus obras "las tonterías", cuando su criterio se muestra apto para separar el grano de la paja, o lo que es lo mismo, cuando incorpora a su labor el don inestimable de la sobriedad.

SABADO 21 DE ENERO DE 1956

MD

MIGUEL DELIBES

EL TEMOR ESTRIDENTE

Resultan cada día más ruidosas las campañas del silencio. El mundo de nuestros días es un puro contrasentido. La misma exuberancia vital ostensible en ciertas fechas constituye un escalofriante homenaje al miedo; al miedo sordo, impalpable, tenaz que se enrolla como una serpiente viscosa al cuello del hombre de nuestro tiempo. El júbilo vocinglero de esta época es la exteriorización de un hondo desgarró. El hombre vocea para espantar el miedo; el hombre grita para ocultarse a sí mismo la amenaza. Nunca intenta nadie abstraerse con tanto fervor en los grabados de una revista frívola como en la antesala del dentista.

A propósito de la conmemoración de la Nochevieja me asaltan una serie de reflexiones. Las pequeñas ciudades ofrecen la ventaja sobre las grandes de que uno tiene a la colectividad al alcance de la mano. Le basta asomarse al báculo para constatar los sentimientos, las decepciones, los movimientos de alza y baja de la opinión. En las pequeñas urbes, la masa puede ser reducida a un tubo de ensayo; constituyen el mejor gabinete para una eficaz y concienzuda exploración. Así es evidente que las tumultuosas celebraciones del Año Nuevo responden a un entusiasmo artificial. Nadie está nunca tan alegre como para desear olvidarse de que lo está; lo que sucede, llegado el caso, es que el hombre bebe para desencadenar una alegría que está muy lejos de sentir. El júbilo de la Nochevieja es un júbilo dolorosamente elaborado; responde a una actitud de vehemencia colectiva de signo evidentemente contagioso. Menos por menos da más; el temor de un hombre por el temor de otro hombre produce un júbilo aparentemente fervoroso, pero áspero y atormentado. La embriaguez es un suicidio en tono menor. Esto nos lleva a pensar que el hombre de nuestra época, sino de la vida, sí desea desasirse periódicamente del tiempo, olvidarse de que es una realidad sacudida por un viento de amenazas. El hombre en vano aguarda encontrar la paz tras cada paréntesis de inconsciencia.

Debajo de la frívola despreocupación actual late un fondo de angustia. La Humanidad se siente atemorizada. La bomba atómica no pasa de ser un fantasma cuya existencia resulta incontestable. La voz de los periódicos se hace por días reticente y amarga. El hombre de hoy vive esperando algo terrible y desconocido que dé al traste con su organización. La provisionalidad de esta organización le irrita; la consciencia de esta provisionalidad le desazona. De aquí que el hombre se suicide efímeramente cada Nochevieja en espera de que el nuevo año aporte sobre él y sobre su negocio la soñada estabilidad. El cálculo, ineluctablemente, falla. Año tras año la atmósfera política se adensa; a la catástrofe remota se unen dificultades inmediatas, obstáculos menores que enturbian la verdadera alegría de vivir. El pánico del hombre moderno es una curiosa mezcla de previsión de muerte fácil y constatación de vida difícil. El hombre que no puede comer tiene que beber. Al hombre que se le ha secado dentro la fuente de la alegría, la busca fuera. La actitud del hombre de nuestro tiempo responde a un esfuerzo de superación; de lucha por la pervivencia. La muerte es fácil, la vida difícil. El hombre aspira a invertir los términos, pero la máquina económica renquea, no da abasto, amaga con detenerse. Se habla de vida cara cuando la realidad es que el trabajo está barato; que la actividad del hombre no se cotiza. Esto quiere decir que a la sensación de inestabilidad se une un sentimiento de impotencia y de fracaso. La muerte se regala; la vida no se alcanza. El miedo acosa y el hombre busca en la embriaguez una muerte provisional. Tal vez el despertar le brinde otras perspectivas.

La alegría desmesurada, escandalosa, de ciertas fechas es la manifestación más rotunda del temor de nuestra época. El día en que el hombre no precise la euforia de otros hombres para despertar artificialmente la propia, será un día de esperanza; ese día archivaremos para siempre en el desván de las cosas inútiles este torpe sucedáneo de la alegría que arribó a nuestro mundo al mismo tiempo que la malta y la sacarina.

(Prohibida la reproducción.)

4

SABADO 24 DE MARZO DE 1956

MIGUEL DELIBES

Los errores del peronismo

MD

Perón, como suele ser habitual en todos los dictadores, inició la revolución en la Argentina prometiéndoselas muy felices. El supremo peligro de los dictadores estriba en considerarse a sí mismos con fuerzas suficientes para cambiar un país de arriba abajo. El gran riesgo de los pueblos radica en caer en manos de dictadores que se consideran a sí mismos iluminados. Esto no es obstáculo para reconocer que Perón, en no pocos aspectos, ha realizado una obra en la Argentina; una obra que perdurará. Lo malo, lo verdaderamente nefasto del sistema, ha sido su inconsecuencia. Perón inició su mandato coronando imágenes de vírgenes, subvencionando iglesias y conventos y haciendo reiteradas y ostentosas manifestaciones de fe católica. Lo ha cerrado encarcelando sacerdotes y erigiendo hermosos prostíbulos en los alrededores de Buenos Aires. Perón rompió marcha proclamando la autarquía del país frente a «la voracidad insaciable de los yanquis»; lo ha cerrado volviendo a Eisenhower su mirada suplicante: «Por favor, sáqueme usted de este embrollo.» Hay quien asegura en Buenos Aires que la actitud antirreligiosa del Gabinete peronista no era sino un juego de distracción que el Presidente realizaba con la mano izquierda, en tanto su derecha hacía carantoñas al Tío Sam. Es decir, muchos entienden que las persecuciones, el divorcio y los prostíbulos semioficiales no eran sino meras cortinas de humo para ocultar la reaproximación de régimen a Norteamérica. El argumento carece de consistencia supuesto que por muy impopular que hubiera hecho al justicialismo esta claudicación, mucho más impopular había de hacerle, a la larga, el acoso sañudo y sistemático contra los católicos. Un traspies político se disculpa; un traspies religioso, cuando la Religión representa un pilar social, no se olvida. A este respecto, la única fuerza aglutinada e indiscutible con que Perón contó en los buenos tiempos, la clase obrera, empezó a írsele de entre los dedos tan pronto enfrentó su política con la tradición religiosa del país.

Otro signo negativo del justicialismo fué la ostentación, su verborrea jactanciosa. En política constituye un error adelantar las palabras a los hechos o simplemente en abultar los hechos mediante las palabras. En una política medianamente discreta, las palabras deben ir en pos de los hechos o, mejor aún, no deben ir. Sin duda, la actitud del justicialismo no fué muy original, pero está cada día más desacreditada, supuesto que cada vez van sobrando más palabras en el mundo. Esto no reza con Sudamérica, que está viviendo una etapa de euforia verbal desbordada. La oratoria constituye en América del Sur un auténtico vicio. En Santiago de Chile asistí a un banquete en el curso del cual se pronunciaron seis discursos, uno de ellos sobre la recuperación europea y otro sobre el porvenir de la Marina mercante chilena. Es obvio aclarar que las conferencias comenzaron con el consomé. En Brasil, la gente se disputa la presidencia de ciertas entidades no por el honor que el cargo comporte, sino porque los presidentes abren y cierran las sesiones, es decir, disfrutan del privilegio de hablar dos veces. Pues bien, este desbordamiento verbal, trasladado a la política, resulta de lo menos digestivo. En la Argentina justicialista hablaban los taxis, los tranvías, los escaparates de las tiendas y hasta las piedras de las cumbres menos expugnables de los Andes. Uno afrontaba los Andes en el transandino y cuando creía hallarse a cubierto de toda relación, lejos de la vanagloria humana y de toda la verborrea insulsa, aparecía una piedra proclamando las conquistas del justicialismo. Todo hablaba en la Argentina: de Perón, de Evita, de los descamisados, siquiera la sugestión de las palabras ya no se producía. La verborrea destemplada y jactanciosa de la política dictatorial resulta especialmente antipática y contraproducente. En política entiendo yo, cuando verdaderamente se hace obra, el silencio redobla la eficacia.

Hombres vendrán detrás que hagan la luz sobre el justicialismo argentino y aun sobre la contradictoria figura de Perón. El asunto es demasiado complejo como para ser tratado frívolamente a vuela pluma en un artículo periodístico. En todo caso, yo me limito a constatar dos hechos que a mi paso por la Argentina me entraron por los ojos: la inconsecuencia y la ostentación de un régimen que a la postre, y como no tardó en demostrarse, no pasaba de ser un gigante con pies de barro.

(Prohibida la reproducción.)

Colaboración

LAS HORAS EN BLANCO



Las playas constituyen la mejor demostración de que la vida del hombre de nuestros días, lo mismo en la actividad que en el descanso está hecha de apremios. Cada vez le es más difícil al hombre moderno hallar una hora en blanco, una de esas horas milagrosamente perdidas entre un quehacer y otro quehacer o entre una diversión y otra. En puridad, el descanso de nuestro tiempo no consiste sino en cambiar un desgaste nervioso por un desgaste muscular. Esta manera de descansar no deja de ser recomendable para aquellas contadas personas a quienes la actividad de la temporada no las ha impedido acumular unas reservas de grasa. Convengamos en que estas personas son menos cada día y que por el contrario aumentan aquellas a quienes un descanso activo, un descanso de ejercicio físico y baile nocturno, las coloca al borde del agotamiento.

En invierno o en verano el hombre ya no sabe vivir sin llenar un programa. Llenar un programa, he ahí el motivo de los males de nuestra época. Llenar el programa, se ha erigido en una necesidad para hombres, mujeres y niños; hasta los ancianos necesitan hoy de un programa previo cuyo cumplimiento antes que al desfogamiento conduce a la desazón. La impaciencia por llegar a tiempo al número siguiente nos atosiga, nos impide disfrutar o concentrarnos en la actividad presente, en la actividad que de momento nos ocupa. Esto induce a que las cosas se hagan mal o, en el mejor de los casos, a que dejen de hacerse.

El ocaso de las mujeres y los hombres gordos demuestra que en nuestra época hemos perdido la gracia hasta para descansar; hemos perdido la noción voluptuosa de las horas en blanco, siendo así que estas horas son las únicas capaces de reponer energías. De ahí que las pocas personas sin ojeras, con abundantes grasas, refractarias a las prisas de la época, se encuentran hoy en los balnearios. En realidad los balnearios van convirtiéndose día a día en lugares anacrónicos; sus enlutados clientes, aparte de ser los enfermos de más saludable apariencia que aun es posible hallar por el mundo, se nos antojan seres de otro planeta. En los balnearios no hay apremios. En los balnearios se da cada verano una cosecha maravillosa de horas en blanco. Se aducirá que los balnearios son los lugares más aburridos del mundo, mas el secreto estriba en saberlo coger el gusto al aburrimiento, el aburrimiento deja de serlo. El aburrimiento aceptado de grado es el relleno forzoso de las horas en blanco. En puridad, con buena disposición de ánimo, aun es posible sacarle el gusto a todas las cosas, incluso a las más aparentemente absurdas y sin sentido. Yo, por sistema, evito desdeñar los entretenimientos de los demás. No excluyo nunca la posibilidad de ser un día filatélico, miembro de una sociedad protectora de animales o agüista de un balneario. Aun sin haberlo probado, considero, en suma, el tónico aburrimiento de los balnearios como un grato pasatiempo. Coger el gusto a las cosas bobas o simplemente desagradables no es cuestión de voluntad, sino de inercia; no exige otro esfuerzo que el de dejarse llevar.

El relajamiento, el verdadero descanso consiste en permitir que el tiempo venga a buscarnos en lugar de luchar contra él. Navegar contra las horas comporta un desgaste, lo mismo en el trabajo que en la diversión. La mejor terapéutica contra la neurosis radica, en resumen, en una temporada sin programa, en una temporada de horas en blanco, viviendo a lo que salta, y dejando que el tiempo nos resbale sobre la piel.

MIGUEL DELIBES

MIERCOLES 3 DE OCTUBRE 1956

COLABORACION

SOBRE LOS DIVOS

MD

Escribí no hace mucho sobre los divos para afirmar que ellos, como las tácticas, resultan esterilizadores en el deporte. Dos aficionados al deporte cuadrículado y geométrico, al deporte bajo techo, al deporte florido, censuraron en sendas cartas mi posición. Me alegra que ahora el «Tour» de Francia haya venido a ponerse de mi parte, a comprobar la tesis que yo sostenía hace unos meses, y me depare ahora una oportunidad de reforzar mis palabras.

Hemos de convenir en que el divo suele ser una figura antes de serle reconocida su condición de divo; llegar a divo, en deporte, es el primer síntoma de decadencia. El divo ha venido a destruir la posibilidad de la sorpresa, a desterrar el ímpetu y la improvisación. El deporte se convierte de esta manera en una cosa demasiado aséptica, cuadrículada y previsible.

En fútbol hemos visto cómo declinaban conjuntos que un día fueron modelo de homogeneidad, cohesión y fuerza en cuanto se incrustó en sus filas un divo para quien tenían que dar patadas los demás. Hace unas semanas la 43 versión de la Vuelta a Francia demostraba que el divismo no le es menos perjudicial al deporte de los pedalés. Efectivamente cuando los lebreles de segunda fila, o a quienes se consideraba de segunda fila, se vieron libres de la faja ortopédica de la disciplina de doméstico y de preconcebidas y agarrotadoras tácticas, probaron sobradamente que corren y aguantan más que los divos; es decir que los primeros segundos son capaces de hacer mejores carreras que los primeros o, si se quiere, que llegada la hora saben ser, más divos que los divos. Ha sido suficiente que por fas o por nefas dejaran de coaccionarse iniciativas, de estrangularse esfuerzos individuales para evidenciar que los malos son capaces de dar la vuelta a Francia en bicicleta en menos tiempo que los buenos. Esto, cuando éramos niños, que es cuando uno no entiende aún de espíritu de equipo y de movimientos solidarios y calibra más desinteresadamente el esfuerzo personal, bastaría para coronar a quien fuese con los laureles de campeón.

Es de esperar que esta desconcertante, anárquica, pero eminentemente noble y deportiva Vuelta a Francia 1956, sirva para quienes aman el deporte por el deporte, para quienes conocen sus entresijos, saquen conclusiones saludables. Por de pronto, salta a la vista que el deporte si ha de conservar su fibra y su espectacularidad ha de responder a una competencia espontánea. La consagración, el todos para uno, comporta en ciertos deportes, especialmente viriles, el primer indicio de relajación y enervamientos. Una cosa es el deporte y otra muy distinta la geometría y la aritmética. Tratar de tamizar el deporte por un cedazo más o menos científico equivale a mixtificarlo. El divismo y las pizarras están echando las cosas a perder. Gane quien pueda y tengamos la fiesta en paz. Se aducirá que la Vuelta a Francia 1956 ha sido un modelo de desorganización y de insularidad, mas una pregunta, ¿es que el hecho de que los buenos se hayan derrumbado ante el tenaz empuje de los mediocres (?) no demuestra que los mediocres son mejores que los buenos? Esta clase de pruebas deben servir para sacar a flote a la figura que por facultades físicas y por inteligencia demuestre estar más a punto. Por encima de tácticas y técnicas, por encima de viejos prestigios artificialmente prolongados, razonable parece que gane el mejor y no el que haya contado con más ayuda o más eficaces servicios.

MIGUEL DELIBES

COLABORACION

DIVOS Y DESTAJISTAS



Ya veo que hablar de los «divos» en el deporte puede ser el cuento de nunca acabar supuesto que a cada afirmación que uno sienta saltan cuatro o cinco contradictores enarbolando sus fórmulas y opiniones sobre el problema. Sin embargo de entre todas las objeciones recibidas con motivo de mi artículo «Sobre los divos» entiendo que no merece la pena de considerarse sino aquella que alude a la belleza del «mínimo esfuerzo» en el deporte en oposición a los inarmónicos y descoyuntados movimientos de los «destajistas». Los «destajistas» he aquí ya una expresión singular para definir aquellos que se lanzan al deporte apoyándose en el amor propio y el pundonor antes que en las facultades físicas. Sobre los «destajistas» habría tanto que escribir como sobre los «divos», sin olvidar que un equipo de «destajistas» puede, y de hecho ocurre con frecuencia, derrotar a un equipo con tres o cuatro «divos» en sus filas. Si no fuera por los «destajistas» el deporte en general hubiera entrado ya en la fase «preglacial» que ha de anteceder a su desaparición y muerte. Eliminar del deporte la competencia equivale a eliminar la chispa que ha hecho de ciertos ejercicios musculares la mayor atracción de las multitudes hoy día. En lo que se refiere al ciclismo, sujetemos al «destajista» a la servidumbre de doméstico y obtendremos una prueba aséptica, fría, llena de adornos, posturas y actitudes atléticas, pero carente en absoluto de pasión. Démosles por el contrario, libertad y veremos cómo las medias horarias se reducen y los «divos» han de convertirse en «destajistas» si no quieren verse desbordados.

Las facultades tienen un límite y si unos descomponen su postura al llegar a cinco, otros la descomponen al llegar a siete y los menos al llegar a diez, pero en definitiva, la clase no servirá nunca para hacer vibrar a las multitudes si no se le agrega el entusiasmo y el pundonor. Entre Poblet, único «divo» teórico del equipo nacional en la última vuelta a Francia, y Bahamontes, un auténtico «destajista», yo, como español y como aficionado al deporte de la bicicleta, me quedo con este último. Hoy es probable que al toledano se le considere ya como un «divo» en el mundo del pedal. Si él se lo cree y prescinde del ardor combativo, del amor propio, de que alardeó en el pasado «Tour», habrá perdido como deportista, para mí y para otros muchos aficionados, todo interés. En resumen, los «divos», los fijos, las marcas, etc., vienen de un tiempo a esta parte enervando el deporte de la bicicleta y haciéndonos olvidar que a sus cultivadores se les llamó un día «gigantes de la ruta» título sin duda un tanto exorbitante para los partidarios del ritmo y de la postura, de la elegancia del «mínimo esfuerzo» a que alude mi comunicante.

En resumen yo no desdeño el ritmo, la eurytmia y la armonía pero bien creo que estos deben ocupar un segundo plano en una competencia deportiva. La poesía del movimiento y la proporción tiene ocasión de manifestarse en la gimnasia y el ballet; más si la exhibición se plantea en el terreno de la emulación y uno de los actores debe sobresalir necesariamente de los demás, entonces junto a la belleza del esfuerzo estéticamente encubierto operan otros factores que como el entusiasmo, el amor propio y el tesón influyen más directamente que aquél en mantener la grada tensa y expectante, en apasionar a la multitud. Esto equivale a decir que el exhibicionismo apenas si tiene sitio en las competiciones deportivas tal como hoy se desarrollan en el mundo. O si se prefiere que el público antepone y no sin razón, el «destajista» al «divo».

MIGUEL DELIBES



Miércoles 9 de enero de 1957

MAL DE LETRAS

(Especial para LAS PROVINCIAS.)

Prohibida la reproducción.)

La cosa sabida que en nuestro país se lee poco siquiera a los escritores, nos estimule la esperanza de que la cosa no vaya a más. En todo caso esto justifica que en España se estudie también poco por aquello de que siempre resulta más enfadoso estudiar que leer. Es español es alérgico a la letra impresa. Hay varias razones para ello descontando nuestra secular pereza mental a saber, una lamentable falta de curiosidad y una supervaloración de nuestra, en todo caso, limitadísima cultura. Los dos argumentos suelen presentarse unidos. En España hasta el más ignorante desconfía que

Por MIGUEL DELIBES

exista prójimo que pueda enseñarlo nada.

Ahora anda en pleno vigor una campaña entusiasta contra el analfabetismo y a todo el mundo se le meten las primeras letras si es necesario con calzador. Queda por ver de qué les servirá a todos estos iniciados dominar el abecedario si no existe dentro de ellos la menor inclinación a los papeles impresos. Pero me estoy saliendo del tema.

Me refería más arriba a la escasa afición de los jóvenes españoles por el estudio, escasa afición que contrasta con las ingentes matrículas de colegios, institutos y universidades. Este fenómeno demuestra que los padres del país no tienen otra aspiración sino la de hacer de sus hijos unos ilustrados, tarea peliaguda cuando los hijos no muestran el menor interés por ilustrarse. En realidad, podemos asegurar, con experiencia constantemente renovada, que en el país los estudiantes son cada día más, aunque cada vez estudian menos. Añorando, tal vez llegáramos a la conclusión de que en España se estudia poco precisamente porque los estudiantes son muchos. En cualquier caso hay que contar el freno que para los entusiasmos estudiantiles les suponen las salidas cerradas o a medio cerrar. La voluntad más tisonera se debilita a la vista de la asfixiante competencia.

Sea como quiera, nunca como hoy se dieron cita tantos jóvenes en las aulas de nuestros Palacios de la Cultura, siquiera ya Unamuno señalase reiteradamente este mal en 1898. En realidad esta saturación de universitarios engendra un problema supuesto que la abundancia de médicos no provoca enfermedades, ni pleitos el exceso de abogados. Venimos a parar a que un elevado porcentaje de nuestros estudiantes de hoy tendrán que avenirse a recibir un título universitario como quien recibe una medalla, es decir, sin pensar en sacarle un rendimiento. A la vista de este panorama poco puede sorprender que los estudiantes estudien poco o que los estudiantes estén de mal humor.

A uno le cuesta digerir las cuestiones económico-sociales, mas no se le alcanza por que todos los padres de España en cuanto tienen un hijo lo primero que piensan es en la carrera que han de darle. Vengo notando que cada vez se escarba menos en la vocación de los jóvenes y que de ordinario son los padres los que «tienen vocación» de esto o de otro para sus hijos. Lo cierto es que en España estudia el hijo del rico para lustrar sus tierras o sus industrias, el del pobre por redimirse y el de la clase media por pereza mental. Total, que poco o nada importa que el muchacho no guste de los libros o no los comprenda. En definitiva, lo que interesa es obtener un título a pelo o a contrapelo, como si un título, por ornamental que sea, fuese algo así como una renta vitalicia. Los estudiantes que no estudian son hoy más que nunca, constituyen legión, si bien no les faltan atenuantes. En cualquier caso, la cosa es grave porque ningún mal tan contagioso en las aulas como la frialdad y la indiferencia a la hora de desvelar una parcela de ciencia que uno, en teoría, ha elegido por vocación.

MIGUEL DELIBES

MIERCOLES 30 ENERO DE 1957

MD

COLABORACION

PINTAN OROS

Según un boletín de propaganda norteamericano, los ingresos de un bombero en aquel país oscilan entre las ciento y ciento cincuenta mil pesetas. El boletín dice esto respondiendo a una pregunta formulada casi con toda seguridad por un bombero español. Esto quiere decir que económicamente es mucho más importante un bombero en Norteamérica que un catedrático aquí, conclusión que si no remedia los problemas domésticos del bombero consultante sí puede servirle, al menos, de consuelo.

Soy un abierto admirador de los Estados Unidos, uno de los pocos países que en la historia del mundo han sabido hacerse grandes sin achicar a los demás. Todos esos lugares comunes del endiosamiento de la técnica y el desdén por la cultura no me sirven porque me parecen infudados. El hecho de que América no posea un volumen cultural como el de Europa no se debe a que allí la economía todo lo absorba, sino a sus pocos años. Es lo mismo que si dijéramos que Rafael Sánchez Ferlosio —porgo por caso de novelista más joven— es un holgazán porque no tiene la obra de Pío Baroja. A Norteamérica no la ha comprendido Europa, a despecho de que Norteamérica ha sacado a Europa por dos veces las castañas del fuego y la ha regado luego de dólares para que compre esas castañas o incluso el hornillo donde asar las que vendan después. A mi entender no hay en la Historia grande, en la Historia con mayúscula, un ejemplo más doloroso de ingratitud que el que hoy está dando el occidente europeo con respecto a los Estados Unidos de América. Esto no puede sorprender a nadie porque siempre hubo entre los que viven con dificultades, un recóndito resentimiento hacia el rico de la familia, con mayor motivo si el pariente rico se ha abierto camino con sus propias manos. El hecho, si comprensible, no deja de ser vejatorio para los europeos de nuestra época.

Lo del bombero ya es otra cosa. La puerilidad yanqui —su máximo pecado— se manifiesta principalmente en su afición a las cifras y las estadísticas. No se dan cuenta que las situaciones precarias parecen aún más precarias junto al amigo ostentoso. La reacción del europeo frente a las estadísticas americanas sólo puede compararse a la del conductor de un «Forito» del año 20 a quien el conductor de un «Cadillac» 57 no le pusiera luces de cruce. Hay que tener en cuenta que el deslumbramiento es peligroso en todos los terrenos; para suavizar la convivencia es necesario cambiar de luz. Concretamente al oro hay que ponerle faros de cruce si no queremos cegar a los que penosamente suben en dirección contraria. Por más que uno en estos asuntos del oro sustente ideas propias y siempre considera preferible el rico dilapidador y ostentoso que al rico sórdido que oculta la caja bajo un baldosín.

En cualquier caso a los europeos nos cuesta perdonar que todavía exista un país en el mundo donde a diario pintan oros cuando en nuestro viejo tapete llevamos más de un siglo pintando espadas o bastos. En realidad ellos no tienen la culpa y, por otra parte, el europeo demostraría esa cultura de que tanto alardea si contemplase la prosperidad ajena, si no con alegría, sí al menos con un gesto de comprensión. Y barajando. Barajando sin desmayo, que barajando también puede llegar una era en que pinten oros para Europa.

MIGUEL DELIBES

MIÉRCOLES 27 FEBRERO 1957

COLABORACION

El cálculo y la improvisación

MD

La derrota del Atlético de Bilbao a pies del Manchester después de las precauciones tomadas por los bilbaínos alineando en Las Corts un equipo de suplentes en vísperas del partido de vuelta con el conjunto inglés, demuestra lo mal que encajan en el gran club bilbaíno las previsiones y los cálculos.

El Atlético de Bilbao es seguramente el único equipo de Primera y Segunda División que nutre sus filas de su propia cantera. Bilbao hace sus futbolistas y los gasta. Por añadidura, el conjunto vasco es uno de los contados grupos españoles que por encima de modos y modas transitorias conserva una peculiar manera de ser y de interpretar el juego del fútbol. Cuando hablamos de soleira nos referimos aquí, antes que a la antigüedad, a un respeto a las normas tradicionales, no desdeñables ni aun cuando uno se mueve pura y simplemente en el terreno deportivo.

Entre otras razones, es ésta, sin duda, una de las que más han influido en ampliar las simpatías del club bilbaíno fuera del área regional. En España, país que, por otro lado, es muy dado a la envidia, se guarda una admiración, muchas veces inconfesada, hacia todo aquel que se abre camino con el propio esfuerzo. Este es el caso del gran club norteño que contrasta vivamente con otros clubs no menos poderosos que, sin embargo, deben su fuerza a su dinero. Entre quien debe su fortuna al azar o a la herencia y el que forja a fuerza de ingenio y de trabajo, las simpatías, en nuestro país al menos, se quedan con éste.

De otra parte, el equipo vasco responde mejor que ninguno, en lo que se refiere a interpretación del juego, a unos cánones temperamentales conocidos en el mundo con el nombre de «furia española» y que en puridad no es otra cosa que la hombría, el entusiasmo y la improvisación. Esto equivale a decir que los futbolistas bilbaínos son poco amigos de tácticas previas y que su consigna, por lo general, obedece al elemental y deportivo principio de salir a darlo todo. Del Atlético de Bilbao se ha dicho siempre que es muy capaz de cambiar el signo adverso de un partido en cinco minutos. El hecho de que este principio siga vivo justifica que el paso del conjunto vasco por cualquier ciudad arrastre multitudes y, de otra parte, que el grupo conserve sus rancias virtudes de tesón, resistencia física y velocidad perfectamente incontaminadas. Con las pizarras magnéticas y demás zarandajas, ocurre lo que con las medicinas que sabemos más o menos lo que quitan pero no sabemos lo que ponen. En el caso del equipo vasco es obvio que la era de la pizarra magnética está pasando sin dejar huella y el juvenil equipo atlético conserva, si cabe, reforzadas la alegre frescura y la espectacular espontaneidad de su juego.

Su eliminación en la Copa de Europa me ha entristecido y no he podido por menos de relacionarla con esas precauciones y esas reservas a que aludía más arriba incompatibles a mi ver, con el carácter del viejo y juvenil Atlético bilbaíno. A los leones, entiendo yo, no es necesario preservarles de las lesiones y la fatiga. En cualquier caso dejar los titulares en la banca es un pobre recurso de club burgués, de club de tobillos importados a tanto la pieza, pero nunca del celeberrimo, espontáneo y esforzado Atlético bilbaíno. En sí la cosa no tiene mayor importancia y si la señaló hoy es más bien como síntoma y como razón de lo mal que le sientan al equipo vasco las previsiones y los cálculos, porque el Atlético de Bilbao, a Dios gracias y ojalá que sea para muchos años, fué de siempre un equipo que saltó al campo a darlo todo y acertó casi siempre a improvisar sobre la marcha la fórmula de la victoria.

MIGUEL DELIBES

COLABORACION

LA MODA EN EL ARTE

Es notorio que el arte está también sometido a las fluctuaciones de la moda, si bien las obras clásicas son reconocidas y aplaudidas por todos. Esto quiere decir que las mutaciones sucesivas de los cánones estéticos apenas pasan de ser modificaciones transitorias que poco o nada afectan a la permanencia y continuidad de las líneas artísticas tradicionales. Tal afirmación comporta esta interrogante: ¿Podrá llegar a conquistar el beneplácito universal la plástica moderna? ¿No pasarán los actuales reformadores de nuestra pintura y escultura a engrosar la gran lista de los extravagantes e incapaces de aproximarse a los modelos clásicos?

Se ha dicho que cada época requiere unas formas artísticas y se ha dado en interpretar las de esta hora como una serie de imágenes incoherentes producto de la imaginación libre, es decir, desconectada de la razón. La plástica moderna pretende ser, en suma, el vehículo de expresión del subconsciente. Queda por ver si con el tiempo las tales imágenes desintegradas acaban por ser tan familiares e inteligibles como las Meninas de Velázquez. En este caso habrá que empezar a considerarlas con el mayor de los respetos.

En literatura las nuevas corrientes han sido más moderadas, siquiera algunos poetas se obstinan, asimismo, en imprimir a sus creaciones un sello caótico. En términos generales, sin embargo, la literatura aún no ha abandonado la línea de la razón. Eso no es óbice para que busque nuevas orientaciones. Observo, por ejemplo, que ahora le ha dado a la gente por hablar de las tendencias de la novela moderna como si la inclinación a la objetividad y a la socialización de los argumentos fuese la novedad del día. En realidad estas tendencias son ya lo bastante viejas como para que no nos asombrè su actual eco en España. La elusión del «yo» del novelista era uno de los cánones que Ortega señalaba hace ya una porción de lustros. Como lo era también la necesidad de que los personajes se definieran por sí mismos, actuando de cara al lector. Lo que ocurre hoy día es que se pretende llevar la objetividad al extremo de que el novelista se limite a reproducir los diálogos de los seres que pueblan sus libros. Todo esto no me parece mal como experiencia, siquiera siga pensando y admitiendo tantos procedimientos de hacer novelas como novelistas haya. Entiendo, en resumen, que hoy día se pueden escribir excelentes libros modernos, sin filiarlos a una rabiosa objetividad, y sin necesidad de repartir el tema equitativamente entre los habitantes de la novela. Que la novela moderna camina por ahí es evidente, más implica una tontería afirmar que sólo en esa dirección es posible hallar novelas de calidad. La categoría de un libro, me parece a mí, no depende de circunstancias tan ocasionales y deleznable.

En todo caso el verdadero peligro para la novela moderna no estriba en la objetividad, ni aun en la ausencia de auténticos protagonistas, sino en el escamoteo del tema. La elusión del tema sí constituye una experiencia arriesgada. Importa poco que lo concentremos en uno o lo desperdiguemos entre cien personajes, lo que no podemos hacer, si no queremos convertir la novela en experiencia de laboratorio, es eliminar el argumento. No hace falta decir que no soy aficionado al melodrama, a recargar los libros de efectos e incidencias, pero sí considero imprescindible que no sea la novela una pura forma, sin nada dentro. Ortega habló de las varillas del paraguas; vale la metáfora en cuanto ellas son imprescindibles. La novela puede sacrificarlo todo menos los personajes y el argumento. Aislarnos deliberadamente de los lectores, en atención a que el lector es vulgar, envuelve un movimiento de soberbia incalificable. Una buena novela sin público es tan inconcebible como un buen cuadro cuya calidad sólo acierta a discriminarla su propio autor.

MIGUEL DELIBES

12

DOMINGO 4 DE AGOSTO DE 1957

COLABORACION

MD

La cortesía del escritor

Según Jean Génét la oscuridad es la cortesía del autor hacia el lector. Esto quiere decir que dando por supuesto que el lector es un ser inteligente envuelve un desprecio olímpico darle todo migado. El segundo trabajo del creador de libros —el primero es escribirlos— consistirá, pues, en lo sucesivo, en poblarles de sombras y paisajes inextricables. Para la posteridad, Hemingway será el más grosero de los novelistas de nuestro tiempo y Ortega un filósofo perfectamente descortés. La literatura, como la pintura está abocada a la abstracción.

Antaño algún petulante confundía lo oscuro con lo profundo. Hogaño, el escritor impenetrable no es, por lo visto, sino un dechado de gentileza. Si algún día se resucitaran las viejas tertulias sería corriente escuchar frases como esta: «Fulano es un escritor de una finura exquisita; he leído su último libro y no he entendido una palabra». El escritor pretencioso cobrará alas y nadie puede predecir dónde iremos a parar por este camino.

El caso es que a uno le duele ahora, tras este descubrimiento, la incompreensión, la ligereza con que juzgó las obras didácticas de algunos autores que interpretados bajo esta nueva luz, no eran sino unos geniales precursores. El escritor hermético existió siempre, lo que ignorábamos al denostarlo es que estábamos pagando con el más ruin menosprecio la más almibarada de las cortesías. Aún es tiempo de enmendar necias posturas y promover una corriente de admiración y gratitud hacia aquellos seres que al torturar nuestro entendimiento no hacían sino obsequiarnos, a contrapelo, con un peloteo incesante de cortesés incoherencias.

Todo parece indicar que se aproxima una nueva era para la literatura. Las sabrosas, agudas e intencionadas entrevistas con los escritores, amagadas de monotonía, adquirirán facetas hasta ahora inéditas:

—¿Prepara usted algo nuevo?

—He puesto punto final a una novela. Ahora estoy con la cortesía.

—¿Le lleva a usted mucho tiempo oscurecer un libro?

—Depende. Hay días en que mi cerebro amanece despejado y me cuesta Dios y ayuda ensombrecer un capítulo. Otros, en cambio, aparece embotado y todo resulta fácil.

Jean Génét —no puede regateársele este mérito— ha alumbrado una frase redonda y hasta ingeniosa, pero ha obrado con una ligereza admirable. La república de las letras, como todas las repúblicas y aun es posible que más, cuenta con buen número de tontos que esgrimiran su célebre frase como suprema justificación. «Este bárbaro desconoce lo que ha dicho Génét» —dirán. Y se quedarán tan a gusto pensando que la ingratitud ha sido siempre la moneda con que fué pagado el genio en este mundo.

Si Génét quiso decir que el arte literario se ha sutilizado y que hoy se apunta apenas lo que ayer se describía prolijamente y que en nuestro tiempo el lector debe enriquecer un texto deliberadamente sobrio donde sólo se esbozan unas inteligentes sugerencias, debió decirlo más claro y dejarse de frases. El escritor sabe como nadie, sin embargo, la capacidad de renuncia que hace falta para tragarse una frase redonda, mas tampoco ignora que si el mundo anda revuelto, ello se debe antes que a los hombres eminentes a las frases redondas de los hombres eminentes. Las frases redondas deberían caminar por el mundo con collar y correa. Sería la única manera de garantizar la cordura de las multitudes.

MIGUEL DELIBES

Final de
impresión
dada
bruce

DOMINGO 4 DE AGOSTO DE 1957



COLABORACION

La cortesía del escritor

Según Jean Génét la oscuridad es la cortesía del autor hacia el lector. Esto quiere decir que dando por supuesto que el lector es un ser inteligente envuelve un desprecio olímpico darle todo migado. El segundo trabajo del creador de libros —el primero es escribirlos— consistirá, pues, en lo sucesivo, en poblarles de sombras y paisajes inextricables. Para la posteridad, Hemingway será el más grosero de los novelistas de nuestro tiempo y Ortega un filósofo perfectamente descortés. La literatura, como la pintura está abocada a la abstracción.

Antaño algún petulante confundía lo oscuro con lo profundo. Hogaño, el escritor impenetrable no es, por lo visto, sino un dechado de gentileza. Si algún día se resucitaran las viejas tertulias sería corriente escuchar frases como esta: «Fulano es un escritor de una finura exquisita; he leído su último libro y no he entendido una palabra». El escritor pretencioso cobrará alas y nadie puede predecir dónde iremos a parar por este camino.

El caso es que a uno le duele ahora, tras este descubrimiento, la incomprensión, la ligereza con que juzgó las obras didácticas de algunos autores que interpretados bajo esta nueva luz, no eran sino unos geniales precursores. El escritor hermético existió siempre, lo que ignorábamos al denostarlo es que estábamos pagando con el más ruin menosprecio la más almibarada de las cortesías. Aún es tiempo de enmendar necias posturas y promover una corriente de admiración y gratitud hacia aquellos seres que al torturar nuestro entendimiento no hacían sino obsequiarnos, a contrapelo, con un peloteo incesante de cortesías incoherencias.

Todo parece indicar que se aproxima una nueva era para la literatura. Las sabrosas, agudas e intencionadas entrevistas con los escritores, amagadas de monotonía, adquirirán facetas hasta ahora inéditas:

—¿Prepara usted algo nuevo?

—He puesto punto final a una novela. Ahora estoy con la cortesía.

—¿Le lleva a usted mucho tiempo oscurecer un libro?

—Depende. Hay días en que mi cerebro amanece despejado y me cuesta Dios y ayuda ensombrecer un capítulo. Otros, en cambio, aparece embotado y todo resulta fácil.

Jean Génét —no puede regateársele este mérito— ha alumbrado una frase redonda y hasta ingeniosa, pero ha obrado con una ligereza admirable. La república de las letras, como todas las repúblicas y aun es posible que más, cuenta con buen número de tontos que esgrimirán su célebre frase como suprema justificación. «Este bárbaro desconoce lo que ha dicho Génét» —dirán. Y se quedarán tan a gusto pensando que la ingratitud ha sido siempre la moneda con que fué pagado el genio en este mundo.

Si Génét quiso decir que el arte literario se ha sutilizado y que hoy se apunta apenas lo que ayer se describía prolijamente y que en nuestro tiempo el lector debe enriquecer un texto deliberadamente sobrio donde sólo se esbozan unas inteligentes sugerencias, debió decirlo más claro y dejarse de frases. El escritor sabe como nadie, sin embargo, la capacidad de renuncia que hace falta para tragarse una frase redonda, mas tampoco ignora que si el mundo anda revuelto, ello se debe antes que a los hombres eminentes a las frases redondas de los hombres eminentes. Las frases redondas deberían caminar por el mundo con collar y correa. Sería la única manera de garantizar la cordura de las multitudes.

MIGUEL DELIBES

MIÉRCOLES 21 AGOSTO DE 1957

COLABORACION



Actores españoles

Leo en unas peregrinas declaraciones de un nuevo director de nuestro cine que a los actores españoles les perjudica la competencia de los extranjeros que se exhiben en nuestras salas al mismo precio y hablando castellano gracias a los milagros del doblaje. Parece ser que nuestros actores de cine echarían más pelo si los extranjeros se expresasen en su lengua o exhibieran sus películas a doble precio que las propias; es decir, la exhibición de los maestros no sólo no sirve de nada sino que perjudica a los discípulos. Verdaderamente esta es una medida del talento bastante original y equivale a llevar a punta de lanza el aforismo de que todas las comparaciones son odiosas.

Uno está por pensar que lo que nuestros actores necesitan es vocación, estudio y dirección. Eliminar lo bueno del mercado, no ennoblece lo malo y el más perjudicado al prescindir de aquella competencia sería el actor español, incapacitado automáticamente de observar el nivel interpretativo alcanzado por el cine de otros países. Nunca nos parecerá aconsejable la táctica del avestruz.

Los españoles nos obstinamos en hablar de nuestro cine con la conmiseración y condescendencia que suele emplearse al hablar de un niño pequeño, siendo así que, en los últimos años, la cinematografía nacional ha dado, aunque no muchas, pruebas palpables de madurez. En otros aspectos, como por ejemplo el ciclismo, que somos aún más insignificantes, la puerilidad se comunica al espectador y ante una prueba internacional de envergadura no ocultamos nuestra euforia y aún llegamos a decir que nuestros representantes salen en plan de favoritos. De nada vale el escarmiento que recibimos años tras año. Unas veces a causa del calor y otras de los forúnculos, el caso es que siempre nos quedamos en la estacada. Estas brabuconadas previas dicen muy poco en nuestro favor y, pese a nuestras voces y aspavientos, el ciclismo español no ha salido aún de un plano modesto, siquiera en lo que a competiciones por etapas se refiere. Ni tanto ni tan poco, pienso yo. A menos que consideremos más estimable un primer puesto en Colombia que una discreta posición en Francia. Es incontestable que nuestros ciclistas parecerían mejores de lo que son si sólo entrasen en competencia con los segundones de otros países.

No hay razón para que nuestros actores de cine no puedan competir con los extranjeros. Recientes films nos dicen que este menosprecio es injustificado. Lo que sucede es que en nuestro país el talento cuenta poco para elevar a un hombre, y no digamos a una mujer, al estrellato. En España se seleccionan los actores y las actrices por fotografía y los directores se valoran al peso. Mas cuando sale un director estudioso, que arriba al cine con un bagaje de conocimientos, una inteligencia clara y un vehemente anhelo de hacer algo, resulta que los actores sometidos a una disciplina no son tan malos como parecían y las películas por ellos filmadas compiten, y con frecuencia triunfan, en los certámenes internacionales de más solera.

En todo caso, no creo que el camino para triunfar sea el de que nos dejen solos. Sin contrincantes no sólo desaparece la competencia, sino el estímulo. Nuestro fútbol llegó donde llegó porque desde su primera infancia consideró que el propinar puntapiés a una pelota con cierto arte y cierta precisión no tenía por qué ser monopolio de los anglosajones. La novela española ha superado en venta a la extranjera ganándole paso a paso su propio mercado. No olvidemos los años cuarenta y tantos, los años de Lajos Zilahy y Emily Brönte, donde cualquier conato de romper marcha por parte de un novelista español no pasaba de ser una pretensión irrisoria. Y no obstante nuestra novela se impuso sin necesidad de prohibir las traducciones, ni de elevar su precio. Es el elemento receptor, en definitiva, quien debe reclamar más cine español y menos películas dobladas.

MIGUEL DELIBES

COLABORACION

La sensibilidad creadora La



La Unesco reproducía hace pocas semanas en su publicación periódica «El Correo» unas pinturas y dibujos de escritores famosos de ayer y de hoy. Para los que creen en una estricta diferenciación del arte, en un arte de compartimientos estancos, incommunicados entre sí, la referida publicación constituirá una sorpresa. Por contra, para aquellos que estamos convencidos de que la sensibilidad creadora es una sola, susceptible de manifestarse en muy diversos sentidos, este número de «El Correo» no representa otra cosa que una confirmación de valor excepcional, dados no sólo el número sino también la calidad de los escritores cuyos dibujos se insertan.

Yo recuerdo que en la iniciación de mi carrera periodística tropecé un día con la necesidad de hacer una crítica teatral. Era la primera vez que me enfrentaba con semejante quehacer y así se lo comuniqué al entonces director, don Francisco de Cossío. Cossío me dijo: «Eso no importa nada. Si has hecho crítica de libros y de películas, sabrás hacerla de una comedia. Es cuestión de sensibilidad y la sensibilidad solamente es una».

En efecto, con los años he constatado esta verdad elemental. Para saber si una obra de arte es buena o mala, la erudición es un lujo inservible. Si se tiene la sensibilidad despierta, y afinada la facultad de discriminación, apenas hay riesgo de equivocarse. Otra cosa es efectuar una crítica de altura, encajar la obra de arte, filiarla, para lo cual se precisan conocimientos e incluso, en ocasiones, resulta muy socorrida la erudición.

En el aspecto creador puede afirmarse, asimismo, que la sensibilidad es una sola. «El Correo», de la Unesco, que tengo sobre mi mesa, me lo confirma. Yo pienso, a la vista de estos diseños, que si se quiere algún día fijar las fronteras del mundo de Hesse o Gogol, Andersen o Tagore, sus cuadros y dibujos servirían aún mejor que sus libros para determinar ciertos contornos e iluminar algunas zonas penumbrosas. Es muy probable que remontándonos a la infancia de estos hombres, encontrásemos que su dedicación a las letras, la concreción de su innato talento artístico en la literatura, se debiera a una circunstancia trivial. Es decir, que lo mismo que fueron gigantescos escritores pudieron llegar a ser preclaros pintores o excelentes músicos. Su sensibilidad sutil y afilada estaba abierta a los cuatro vientos. Lo demás fué oficio. La vida es demasiado breve para desarrollar todas las facultades insitas en nosotros. En el Renacimiento, donde los días, sin duda, eran más largos, el polifacetismo artístico fué una cosa natural. Rafael Alberti, que en la Argentina de Perón encontraba dificultades para publicar sus poemas, ha vivido varios años pintando biombo.

El artista verdad dispone de un mundo personal, insobornable; su único problema —y no baladí—, reside en la elección de voz. Esta elección, por otra parte, no supone castración del resto de sus facultades, sino embotamiento, que sólo el correr de la vida, decidirá si es provisional o definitivo. Al artista siempre le será factible derivar, iniciar un nuevo camino, poner en juego otros recursos expresivos. Lo único imposible será reducirle al silencio cuando verdaderamente tiene algo que decir.

Este número de «El Correo» me sumerge, asimismo, en el angustioso problema de la limitación del artista que, con frecuencia, se siente impotente para contemplar la exposición de su mundo. Todos los grandes genios sufrieron de esta limitación, si quiera el lector o el espectador rara vez lo sospechen. En estos esfuerzos de Tolstoi, de Lorca, de Cocteau, de Víctor Hugo, de Leví, con la plumilla no es difícil adivinar un ansia de perfección, de ir más allá, de añadir un nuevo matiz, de apurar un poco más una idea. La palabra ya no alcanza donde ellos pretendían llegar. A veces echan mano del pincel, de la misma manera que So-... de aprisionar más alma de Castilla con sus pince-... de completarse con la pluma.

... fenómeno común. El artista, para serlo de verdad, ... integral, por los cuatro costados. Ne hablemos de pin-... es, músicos o poetas, sino de artistas, es decir, de ... mundo propio para cuya exposición puede servirse

15
Si
Mill
tran
tera
ionof
que a
contra
cos,
caen
tiene
al ar
cienci
tudios
que e
de los
progr
Met
ser e
por c
vacos.
diense
países
encier
para
las qu
djar
chos
tas.
Los
toria
exenta
chicer
abund
peces
unos
ta, m
precis
de tre
bellera
brillar
forma
masa
tas de
sus di
ceder
tro. L
sisten
nosa
sigue
La
famili
y se h
manea
aquell
que s
respec
todos
tifica
te no

CARIDAD ESPECTACULAR

Por Miguel Delibes

Es curioso observar cómo va perdiendo actualidad aquella máxima que, aludiendo a la caridad cristiana, afirma que ésta debe ser tan discreta que la mano izquierda no se entere de lo que hace la derecha. Esta forma de caridad está en nuestros tiempos en desuso. Uno hace hoy caridad cuando está vencido de que no sólo va a enterarse de su gesto su mano izquierda sino la mano izquierda del vecino de enfrente, es decir cuando su nombre va a salir impreso en los papeles o voceado por la radio como ejemplo de generosidad y nobleza. De otro modo, apenas si se arriesgaría a ser caritativo a no ser que a cambio de unos billetes se le ofrezcan dos docenas de buenos escotes y una opípara cena fría. La otra caridad resulta en 1959 mortalmente aburrida y no poco trasnochada. La mano izquierda no soporta ignorar lo que hace la derecha. En definitiva uno llega a la caridad a caballo de la sensualidad o de la vanidad; de otro modo prefiere quedarse en el camino.

Yo no sé si con estos fenómenos de caridad colectiva organizada estamos dando al traste con el verdadero sentido de la caridad o, en todo caso, si con estos movimientos no tratamos de disfrazar de caridad la falta de justicia. Lo cierto es que este fenómeno de la caridad organizada, de la caridad a golpe de gong, va tomando carta de naturaleza en el país y la gente se divierte mucho viendo cómo se rasca el bolsillo el vecino dando ciento por lo que no vale uno o disfrazando de amor al prójimo la más cruda forma de vanidad que han conocido los tiempos.

El juego de azar ha adoptado en nuestra época una modalidad publicitaria muy bien orientada que dentro del espíritu comercial es perfectamente correcta. De este modo antes que la lotería, el español juega hoy al concurso X o al carrusel Z, ya que sin ningún desembolso se le ofrece la oportunidad

de hacerse rico o, siquiera, de atender una necesidad que con el trabajo de cada día sería muy difícil satisfacer. Todo esto está muy bien y es muy plausible dentro del ámbito mercantil para el que estos programas fueran creados. Lo malo empieza cuando se traslada el sistema a otros campos y el instituto de puja y emulación se utiliza, por ejemplo, para estimular la caridad, al socaire de la miseria de ciertas capas sociales o de una calamidad colectiva. Hay momentos en que la solidaridad humana debe manifestarse en silencio o porque no es lícito que con el dolor de los unos monten los otros un juego de sociedad. No obstante, y aunque tal vez todos estamos persuadidos de ello, cada vez pisamos menos firme en este terreno. La vida moderna se caracteriza precisamente por la inclinación a hacer frivolidad de las cosas que antaño se consideraban serias y respetables. Hoy son muchos los pasodobles que se marcan en España a costa de los habitantes de las chabolas y demasiadas las verbenas montadas, como un frívolo funeral, por los supervivientes de una catástrofe.

Es posible que estas medidas sirvan para juntar un dinero que sin ellas nunca se podría juntar. Es posible que esos dineros vengán luego a remediar necesidades urgentes o aliviar estremecedoras llagas sociales, pero es evidente una desproporción entre el fin y los medios; la incongruencia entre la manera de allegar esos fondos y su último destino. Esto equivale a afirmar que la caridad como tal está en nuestro país en franco declive y todo aquello de la «solidaridad» y el «desprendimiento de los españoles» no son sino frases acuñadas por nuestra pobre vanidad con la intención de ocultar pudorosamente nuestra frívola ligereza y ese exacerbado anhelo de divertirnos aunque sea bailando un chotis sobre el hambre y la desnudez de nuestros prójimos.

MD

ISLAS PROVINCIAS de Valencia

58

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

25 Abril "Diario Montañés" 17

PAGINA CUARTA

SANTANDER

58

La mantisa

Por Miguel DELIBES

MD

EN reciente ocasión he comentado el absoluto divorcio que existe en nuestro país entre los hombres de números y los hombres de letras una vez que sobre los diecisiete años se llega a la encrucijada y se hace indispensable la elección de camino. Tras la elección llega el olvido y, para el hombre de números, una vez afianzado, la lectura de un poema equivale a una claudicación, mientras para el de letras la resolución de una raíz cuadrada implica una tarea evidentemente superior a sus fuerzas. Existe entre ambos mundos, más que un encono, una feroz y displicente incompreensión.

MI asistencia ocasional a unos ejercicios de reválida de Comercio, me ha permitido escuchar la palabra mantisa, después de casi veinticinco años de no oirla, con la particularidad de que dicha palabra ha tenido la virtud de reavivar en mi sensaciones y aún emociones ya casi olvidadas, pero que afloraron en tal circunstancia como al conjuro de un aroma o una canción.

En la aridez enteriza, fría y práctica del área matemática, la palabra mantisa siempre me resultó como un viente-cillo sutil y liberador. Junto a voces tan rotundas y contundentes como ecuación y teorema; junto a palabras de tan desagradable sabor quirúrgico como quebrado y cálculo integral; junto a palabras de tan acentuado ritmo mecánico como media diferencial y potenciación; junto a palabras, en suma, ambiguas, vagamente taimadas, como característica y número E, impregnadas de un difuso y vergonzante tufillo literario, la mantisa comportaba la presencia del eterno femenino, de lo fragante y elástico, de lo noblemente sentimental, dentro del mundo de habas contadas, positivo y prosaico de las matemáticas.

La mantisa, en una palabra, y al margen de su significado —que jamás acerté a comprender del todo—, era la eufonía dentro de un mudo de aristas pugentes, rígido y despiadado.

Ahora la palabra, surgida al azar, en unos ejercicios de reválida, vuelve a producirme análoga impresión. Uno no acierta a comprender la presencia de una palabra tan sonora y eufónica, tan torneada y literaria, en el severo campo, inflexible y macizo, de la matemática. Puesto a reflexionar sobre ello, uno llega a la conclusión de que hasta los temas más ásperos y enconados requieren en la vida el contrapunto de la dulzura, el lubricante del sentimiento.

En este sentido la suavidad de la palabra mantisa viene a subrayar la rigidez mineral de las palabras binomio y polinomio, substracción y corolario; es su contraste. Así las cosas, la mantisa es a las matemáticas lo que la rubia del "saloom" a las películas de vaqueros, lo que el pájaro a la novela tremendista, lo que el oasis al desierto, lo que la enfermera al hospital de heridos de guerra, lo que el aceite al motor, lo que el hada benéfica, en suma, a un cuento de brujas horripilantes.

La mantisa —¡oh dulce y hermosa palabra!— anda perdida ahí, en el frondoso bosque de los coeficientes y los logaritmos, los axiomas y los postulados, como una Mata Hari de las bellas letras, paracaidista en la retaguardia de los números sin corazón; como una vaga promesa para quienes aguardan la liberación de su purgatorio matemático; como una presencia tonificante y esperanzadora.

Uno, que en el fondo no es más que un sentimental, cree honradamente que si ha de llegar el día en que entre el mundo de las letras y el de los números se haga la paz y brille la concordia, éstas no se lograrán a través del artero número E, ni a través de la taimada característica, con toda su carga de pretensiones, con toda su torpe y rastrera ambigüedad, sino a través de la candorosa, espontánea y sufrida mantisa, esa humilde palabra, exilada y perdida, a la cual rindo hoy aquí mi modesto homenaje de hombre de letras.



LA FALTA DE MEMORIA

Por Miguel Delibes

Con frecuencia se oye decir a personas en plena vitalidad que les falta la memoria. Tal lamentación responde en muchos casos a una inquietud sincera y en no pocos a una fatua pretensión. La falta de memoria no duele y vivimos una época en la que el hecho de no estar el hombre en perfecto uso de sus facultades físicas o mentales viste mucho; es signo de laboriosidad y espíritu emprendedor. Si hemos de espíritus emprendedores siempre será preferible aducir como justificación la falta de memoria que la falta de una pierna. Este fenómeno se manifiesta en la literatura y en el cine con la sustitución del héroe por el antihéroe. Antaño los protagonistas de las obras de ficción eran seres completos, de una perfección amerengada, empalagosa, en tanto hoy para que un libro o una película sean consideradas notables, es preciso que los personajes que viven la fábula tengan tantos defectos o más que los hombres en la vida.

Por otra parte, no creo que cuantos se quejan de pérdida de memoria respondan a esta inquietud «snob» tan lamentable. Hay muchas personas que creen honradamente que la memoria les falla cuando lo que acontece en realidad es que no la ejercitan. «De niño me acordaba de todo —suelen decir—. Ahora si no me hago un nudo en el pañuelo, soy hombre al agua». Estas personas son sinceras y, en apariencia, les sobra razón. Mas, de ordinario, son seres extravertidos incapaces de tomarse la molestia de analizar los motivos a que responde su presunta amnesia.

En realidad si el hombre fuese capaz de seguir mirando la vida con ojos infantiles, la memoria, entiendo yo, se conservaría fresca y sensible como en aquel tiempo. Consideremos, en primer término, que los ojos del niño y aún los del joven, se mueven en un campo reducido de seres y de cosas y, en segundo, que la intensidad de su mirada va enervándose con la edad, a medida que la curiosidad se sacia y el hombre empieza a encontrarse de vuelta de todas las cosas. Yo recuerdo el esfuerzo mental que se

nos exigía en la escuela para dominar, por ejemplo, las vastas familias de los insectos. Eran necesarias varias sesiones y, en última instancia, habíamos de recurrir a trucos nemotécnicos que, a su vez, exigían de nosotros un nuevo esfuerzo para más tarde recordar no ya las familias de los insectos, sino el truco nemotécnico en cuestión. Un hombre maduro es incapaz de este esfuerzo y si lee un libro por encima, se irrita con su memoria porque, al concluirlo, no acierta a revivir ciertos pasajes o nombres fundamentales. Con la madurez, el hombre amplía su campo de observación; se picotea en los más diversos caminos; la mirada, los sentidos en general, resbalan sobre las cosas, sin que en ningún caso les mueva una deliberada voluntad de captación. En consecuencia, ni los hombres ni sus problemas, ni los nombres, ni las cosas echan raíces y apenas si son, en determinados momentos, más que unas nebulosas imágenes fugitivas. Es decir, al hombre, sobre operar en un mundo mucho más complejo que los de la infancia y la juventud, le faltan la avidez y la curiosidad propias de esas edades que son, en definitiva, los que fijan en la mente imágenes e ideas. De poco sirve la memoria si no se ejercita, si está ausente la voluntad de recordar.

Nada digamos del hombre que entra en la senectud y cuyo presente se elabora con el pasado, se nutre exclusivamente de los recuerdos. Los viejos suelen decir que no recuerdan lo que ocurrió ayer y se acuerdan en cambio de lo que aconteció el día X en 1905. Fenómeno perfectamente comprensible si advertimos que ese viejo no vivió los acontecimientos de ayer, sino que su cerebro seguía anclado en el día X de 1905.

En suma, el hombre se lamenta hoy de falta de memoria en primer término porque resulta de buen tono quejarse de algo y, en segundo, porque la pereza mental se va enseñoreando del mundo; alcanza en nuestra época unas proporciones inenarrables.

(Exclusivo para «Las Provincias»)

MD

LA ESPAÑA CIVILIZADA

Por Miguel Delibes

Los españoles que, de un tiempo a esta parte, hemos empezado a asomarnos a otros países, experimentamos cierto rubor ante algunas de nuestras costumbres e instituciones con las que inevitablemente topamos a nuestro regreso. El español se siente, por lo general, muy poco seguro de sí. El hecho de que, de ordinario, otros países se muevan en un estado más avanzado de civilización material le hace pensar que todos sus caminos, los caminos propios por donde tradicionalmente ha discurrido su vida, son malos caminos, no conducen a ninguna parte. Sin preocuparse de reflexionar, cegado por los destellos de la técnica ajena, llega a la conclusión de que el día que se cierren las plazas de toros, se apaguen los jipíos de las nuevas andaluzas, se implante el almuerzo de mostrador y se ponga sordina a nuestra irrompible vehemencia, España habrá llegado a ser un país civilizado.

Uno, sin embargo, alimenta sus dudas a este respecto. Uno se convence cada día más de que lo primero que están consiguiendo los avances materiales es uniformar la vida. A mí me encanta por eso regresar a España tras una ausencia más o menos prolongada y comprobar que pese a todo las cosas siguen aquí en su sitio; que ante una avería en la lavadora eléctrica no cunde la consternación en el hogar sino que nunca falta una voz que con ibérico remango, no exento de desprecio ante las conquistas de la técnica, exclama: «Gracias a Dios todavía tengo dos manos».

El español —dicen los eruditos que por influencia árabe o por esos azares de la sicología meridional— tiende a la insolencia, es cierto, pero cuando se remanga la camisa es capaz de todo. El puntillo de honor, o de amor propio, el espíritu de emulación, el apasionamiento, la demostración de la pujanza muscular, siguen vigentes en esta tierra y si unas veces nos acarrear serios disgustos, otras, en justa reciprocidad, procuran al país laureles considerables. Esto que en el curso de la Historia ha quedado suficientemente demostrado, sigue observándose cada día en las más diversas competencias, sean deportivas o no.

De otro lado, he observado que lo que el extranjero admira más de España es naturalmente aquello que ellos no tienen. No hay, pues, razón para ruborizarnos sino, muy al contrario, la hay para envanecernos supuesto que en este mundo uniformado por la cacerola de presión, los trajes y la nevera, España continúa siendo un país con personalidad, un país con sus propios gustos y con sus virtudes y defectos peculiares. En general, yo encuentro que el mundo técnicamente supercivilizado resulta un poco como las frutas conservadas en frigorífico, es decir, muy sanas y brillantes por fuera pero carentes de aroma, con sus propiedades muy diluidas; los objetos envueltos en celofán y las cerezas de nevera solo saben a frío, siquiera resulten tentadores y sumamente decorativos. En una palabra, el extranjero admira nuestra pasión y, en secreto, la envidia tanto como nuestro sol porque comprende que ni las condiciones climatológicas ni el vigor temperamental son susceptibles de improvisarse.

Al regresar de mi última salida al extranjero me topé en el tren con dos letreritos que en otro tiempo me hubieran avergonzado; el uno prohibía que se arrojasen botellas y otros objetos contundentes a la vía y el otro suplicaba que por higiene, no se escupiera en el suelo, un suelo, por cierto, muy curiosamente tapizado de alfombras. Es obvio que si los españoles tuviéramos una educación cívica elevada sobrarían otras advertencias pero como sospecho que el día que el pueblo español alcance este nivel urbano habrá sido a costa de enajenar sus espontáneos arranques, su genio improvisador, prefiero seguir soportándolos estimulados por el convencimiento de que, a cambio, conservamos intacto nuestro nervio y viva nuestra personalidad.

Exclusivo para EL DIARIO PALENTINO-DIA DE PALENCIA
(Prohibida la reproducción)

16 = 0,9750 1,950

MIGUEL DELIBES

UNA HISTORIA COMUN

Por Miguel Delibes

20
AMD, 93,7



El esfuerzo de varios países europeos por crear un mercado común, demuestra hasta qué punto el hombre contemporáneo anhela una fórmula de convivencia. Tal esfuerzo no es desdeñable, más en todo caso se trata de un parche que no afecta para nada a la entraña de la cuestión. Peca de ingenuo todo procedimiento que pretenda expresar los lazos entre los hombres sin más que modificar las cosas en torno y la organización de las cosas en torno. Sin duda, éste puede ser un camino, pero existe otro más corto y plausible, cual es el de llegar a las cosas a través del hombre, es decir, reformar al hombre primero para que, a su tiempo, pueda éste estudiar y corregir serenamente los errores a que están sujetas las cosas que le rodean.

Un mundo poblado por hombres de buena voluntad sería un mundo sin problemas, puesto que es incontestable que no son los problemas los que engendran la mala voluntad de los hombres, sino que son los hombres de mala voluntad quienes engendran los problemas. A mi entender, lo sustancial es, pues, enmendar al hombre en la convicción de que lo demás se nos daría por añadidura.

Viene esto a cuenta de la particular y apasionada manera que hay de enseñar la historia en todos los pueblos del mundo. Y no me refiero tanto a lo que el historiador puede poner en la obra de su propia cosecha cuanto a la manera subjetiva de enfocar los acontecimientos.

A este respecto puede asegurarse que los párvulos de Chile y la Argentina tienen una idea de la dominación española radicalmente diferente de la que tienen nuestros párvulos. Otro tanto acontece con los párvulos italianos respecto al Gran Capitán o con los párvulos portugueses respecto a Felipe II y el Duque de Alba y con los párvulos franceses respecto a Francisco I. Esto quiere decir que cada cual habla de la Historia conforme le fué ella y que no es infrecuente que el héroe de unos sea un pirata para otros o el genio conquistador de éstos sea un déspota extraordinario para aquéllos, y un cobarde para los de más allá. El caso es calentar la imaginación de los pequeños desde que tienen uso de razón y enseñarles a odiar o despreciar a determinados pueblos desde que nace. A mi entender, ningún país del globo está libre de pecado, a excepción, tal vez, de esos pueblos inteligentes, meros espectadores del desarrollo humano, que si fueron felices, según ya es sabido, es porque no tuvieron historia. De este modo y abarrotando las jugueterías de soldados de plástico, ingenios atómicos y aviones de bombardeo, ya tenemos a nuestros niños dispuestos, desde su más tierna infancia, a aniquilar a cualquier «enemigo» secular.

Esto ocurre, antes que nada, porque los hombres hemos dado en llamar Historia, con mayúscula, al repertorio de violencias que han separado a los pueblos desde que el mundo es mundo. La Historia, por antonomasia, es la reseña de las guerras y crueldades que en el mundo han sido; la Historia que se enseña a los párvulos de todos los pueblos es la Historia de las diferencias habidas entre ellos. La Historia de las cosas que unen y compenetran, como puede ser la música, el comercio, o la literatura, o no se estudian nunca o se estudian ya por alumnos especializados, con un lastre de prejuicios, odios y menosprecios cuidadosamente asimilados en la primera infancia.

Antes que un Mercado Común —o además, puesto que este tampoco estorba— prohombres de la política mundial que cuanta mayor profesión de paz hacen, más nos aproximan a una nueva guerra, podrían convocar a una asamblea de intelectuales para estudiar la redacción de una Historia Común, una Historia para tirios y troyanos, en la que después de resaltar las cosas que a lo largo de los siglos unieron a los hombres, estudiarían objetivamente y sin cargar las tintas el repertorio de guerras y crueldades que los separaron.

Exclusivo para EL DIARIO PALENTINO-DIA DE PALENCIA
(Prohibida la reproducción)

= 22-10-59 =

REPORTAJES, COLABORACION

COLABORACION

Continuidad literaria

MD

Un reciente viaje por Alemania me ha servido para constatar la importancia que allí va adquiriendo la literatura española de la hora presente. De un solo salto, los lectores de aquel país han pasado de Baroja y Ortega a los hombres que no sólo están vivos y coleando, sino que apenas han cumplido los cuarenta años. Uno ojea los catálogos de las editoriales germanas más introducidas y raro será el que no cuente no ya con un nombre, sino con una colección dedicada a los jóvenes escritores españoles. Y si de Alemania pasamos a Francia o a Italia, los resultados serán los mismos e incluso puede afirmarse, habida cuenta de la gran actividad que los editores yanquis están desarrollando últimamente en nuestro país, que dentro de pocos meses serán pocos los escritores españoles de alguna valía que permanezcan ignorados en los Estados Unidos. Esto quiere decir que literariamente vive España un buen momento, tal vez, como me decía un famoso editor alemán, porque aún las comodidades materiales no han abotargado las facultades creadoras de nuestro espíritu. Sea como quiera, y pese al pesimismo de algunos compatriotas, es la literatura una de las pocas cosas que los españoles podemos exportar hoy en abundancia a las cinco partes del mundo.

Más siendo importante el fenómeno, es todavía más significativo que cuando aún la generación recién descubierta no ha rebasado los cuarenta años—es decir, no ha entrado en esa edad que Duhamel señala como inexcusable para poder ser un buen novelista—, nuevos libros, nuevos nombres, vienen a asegurar con toda dignidad el relevo. Y no hablo ahora de nombres consagrados con un solo libro—tal el caso de Luis Goytisolo—sino de esos otros que surgen en el panorama literario nacional sin escándalo de prensa, pero demostrando desde la primera página de sus obras iniciales que conocen el terreno que pisan. Tal el cuento «Jorobita», alumbrado en esmeradísima edición por el editor Gerper, o el libro de narraciones cortas «Esos que pasan. Y la muerte», presentado por Rocas, con el que se presenta como notable autor en prosa mi paisano, el gran poeta Manuel Alonso Alcalde. «Jorobita» es un cuento de niños escrito por un casi niño—Santiago Rodríguez Santerbás, 21 años—, que asombra por su madurez. Se trata, por tanto, de una obra inconsecuente, de la que yo he dicho que no parece su primer libro, porque los primeros libros suelen ir sobrecargados y su autor delata sus pocos años en un peregrino afán de no dejar nada en el tintero. «Jorobita» es un hermoso poema en prosa, ceñido y sobrio, que parece salido de una pluma experimentada. Andersen, sin duda, está ahí, pero lo importante es que, pese a este Andersen ahí, Santiago Rodríguez Santerbás no quede eclipsado por su presencia.

Alonso Alcalde no es, propiamente, un advenedizo. Alonso Alcalde es un viejo amigo, o mejor, quizá, un amigo de infancia, cuyo talento literario ya se barruntaba desde sus doce años. Antes de llegar a la novela y a la narración breve, Alonso Alcalde había recorrido con éxito todos los caminos: poesía, teatro, ensayo periodístico... Ahora Manuel Alonso encabeza un libro de relatos «Esos que pasan. Y la muerte», título un poco ambiguo que, sin embargo, queda claro después de leer la obra y, por añadidura, expresa a maravilla ese mundo agrídulce, fugaz y melancólico en que se mueven sus personajes y que es, en definitiva, nuestro propio mundo, el habitual mundo de todos los días, el abigarrado y desconcertante mundo de todos los hombres. Libro lleno de sensibilidad y amor. «Esos que pasan. Y la muerte», define a un nuevo narrador de viva garra sobre el que pesan—para su bien—sus antecedentes poéticos, toda su obra literaria anterior ajena al relato.

No trato de hacer en estas breves líneas una crítica, ni tan siquiera una glosa literaria. Pretendo solamente saludar la aparición de dos notables escritores que vienen a reforzar con dos primeros libros, que por su equilibrio y madurez no lo parecen, el nutrido plantel de jóvenes escritores españoles cuyos nombres suenan ya con fuerza más allá de nuestras fronteras.

MIGUEL DELIBES

Un
asc

en ll
Mery
Henr
tísim
puest
dre,
siden

jó ca
tando
naba
co fe
firma
se es
gació
A ca
cient
cos l

Sólo
Gabi
cant
perte
po
rios
cuent

Des
en es
tud.
pítali
a pre
reson
un

acent
La
naut
desta
form
lle,
inme

prop
señor
merio
en p
renta
que

ven
encar
tico
rublo
fuerza
La "s
conoc

REPORTAJES, COLAB

El tiempo es oro



El cambio de horario

A cuenta del cambio de horario, los periódicos españoles han consumido mucha tinta a lo largo de 1961. Los pros y los contras se han aireado con pasión y, como suele suceder en estos casos, los españoles nos hemos polarizado en posiciones antagónicas, de un radicalismo exacerbado. Y, por supuesto, cada reducto se ha defendido, antes que con las propias razones, con las sinrazones de los de enfrente. El resultado es que la vida española sigue sus cauces tradicionales, y fuera de los empleados de Banca, a quienes se les ha privado de la tranquila comida de mediodía, aquí no ha pasado nada. Lo único que se ha movido ha sido la tinta. Las alteraciones de los horarios han sido tan tímidas, tan cautas, que apenas han trascendido a la vida social. Quiero decir con esto que la pelota sigue en el tejado, puesto que el problema se ha aplazado, pero no se ha resuelto. ¿Horario americano u horario español? Es obvio que la cuestión sigue viva y pendiente.

Por mi parte, no puedo ocultar que toda actitud mimética me fastidia. El hecho de que nuestras pequeñas ciudades pretendan convertirse en nuevayores en miniatura se me antoja una aspiración pueril y sin sentido. No obstante, los tiros de los ediles españoles, en general, van por ahí. Esto, junto al creciente desarrollo del turismo —ocho millones de extranjeros dicen que nos visitaron en 1961—, viene provocando una pérdida progresiva de nuestra personalidad. De continuar así, nuestro celtiberismo entrará muy pronto en coma. Mas lo curioso es que, como contrapartida, esos ocho millones de extranjeros que cada año nos visitan, se contagian un tanto de nuestras costumbres y hoy, por ejemplo, aún es posible comer en París a las dos y media y cenar a las diez, cosa que, hace un par de años tan sólo, era poco menos que inconcebible. Esto quiere decir que, de seguir con esta calma, la adopción por los españoles de la jornada de trabajo continuada puede sorprender a los americanos durmiendo la siesta. Unos van y otros vuelven y el progreso viene a ser algo así como una pescadilla que se muerde la cola. De hecho, a los españoles lo que más nos impide rendir es, precisamente, el hecho de estar todo el día pensando en la mejor manera de sacar a nuestro trabajo un rendimiento. Ocupar nuestra cabeza en otros menesteres resultaría para el país mucho más provechoso.

En cualquier caso, entiendo que el caballo de batalla en el problema del cambio de horario lo constituyen la entrada y salida de los espectáculos. Pretendo decir que mientras el español no pueda salir del cine a las ocho, o entrar, en función de noche, a las nueve, nunca lograremos hacerle cenar a las ocho y media. El hecho de que el funcionario de Banca sustituya su sopita y su cocido por un frío bocadillo, a las dos de la tarde, podrá resultar provechoso para las úlceras, pero pongo muy en duda que redunde en beneficio de la economía nacional. Al español dele usted su cine o su «tele» a las seis, y a las diez le tendrá en la cama. La vida es un hábito, pero si el nuevo hábito que pretendemos crear ha de alterarse cada jueves y cada domingo para ir al cine, la vieja rutina, mucho más ahincada, terminará por prevalecer.

Entiéndase bien que uno no aboga por un horario o por otro, pero si lo que se quiere de verdad es adoptar un nuevo plan de trabajo, ha de ser sobre la base de que ni al obrero, ni al industrial, ni al comerciante se les resten posibilidades de esparcimiento y, en consecuencia, que no sea el empresario de espectáculos quien pague los platos rotos. Por otra parte, el acoplamiento de horarios no creo represente un rompecabezas. En todas partes donde existe jornada laboral continuada, las gentes van al cine. Ahora bien, lo imprescindible es decidirse; optar por un sistema o por otro. Una solución timorata no sólo no resuelve nada, sino que agrava el problema. Si uno cambia de postura ha de ser para adoptar otra más cómoda o, al menos, más conveniente. Pero hay que decidirse, eso sí, después de reflexionar sobre si interesa o no al país dar el salto. Mas, llegados a la conclusión de que dar el salto resulta ventajoso, démosle sin vacilar y con todas las consecuencias. Ahora bien, reducir la revolución del horario español —tras largos meses de discusiones y consultas—, a cambiar el cocido calentito de los empleados de Banca por un bocadillo, constituye una nueva versión, risible y casi sarcástica, del parto de los montes.

MIGUEL DELIBES

xin
ter
gin
sos
vis
"je
La
Mi
do
I
ma
con
lid
tón
cia
tas
No
ne
co
mi
no
ve
ne
ses
ma
pa
ña
un
tie
te
es
ce
tia
rr
tr
go
la
me
ña
nu
ot
ta
de
p
m
ar
fa
br
pe



JUEVES 22 FEBRERO DE 1962

REPORTAJES, COLABORACIONES

EL TIEMPO ES ORO

LOS ENTIERROS La

De la vieja costumbre que tenemos los españoles de asociar la muerte con el negro hablaré otro día. Hoy sólo quiero ocuparme de los entierros; de los entierros a la Federica, con carrozas barrocas y caballos empenachados y aurigas con peluca, que es como se hacen los entierros en mi pueblo. He aquí un buen motivo de contacto social que todavía facilita nuestro país. En España, proscritas las huelgas y las manifestaciones públicas, apenas resta otra posibilidad de concentración multitudinaria que el fútbol y los entierros. De este modo hay amistades de fútbol y amistades de entierro; amistades agudadas ante un gol o ante un féretro de caoba con herrajes de oro.

El caso es que cuando en España comenzó a decirse que era necesario trabajar para levantar el país de su postración, se pensó que los entierros constituían un lastre y que aunque el ejercicio de las obras de misericordia estaba muy bien, era preciso reducir el tiempo empleado en ellas, para lo cual las despedidas de los duelos se efectuarían en lo sucesivo en la parroquia del difunto en lugar de en la última parroquia del trayecto hacia el cementerio. «De este modo—se decía— si el acompañamiento es de trescientas personas y se reduce en media hora la duración del ceremonial y la ciudad da una media de siete entierros diarios, tendremos—en nuestra capital solamente, señores!—más de treinta mil horas mensuales que revierten en beneficio de la economía nacional».

Es decir, se trataba de simplificar la muerte de los muertos para mejorar la vida de los vivos. Un objetivo sumamente práctico sin duda, pero que falló por error de cálculo. En efecto, al español una vez que sale de sus casillas no le basta un esparcimiento de media hora, entre otras razones porque media hora apenas da para cruzar cuatro palabras con nuestros amigos de «entierro», de ordinario nuestros amigos más trascendentes, esos amigos que nos dicen: «No somos nadie», o «Cómo se va la vida», o «Dentro de cien años todos calvos». Uno no sabe cuántos entierros serán precisos para volver a encontrar a ese amigo y hay que aprovechar la ocasión porque a «Pepe no se le entierra todos los días y la oficina puede aguardar». De otro lado, la complicación del ceremonial en la parroquia del difunto y la inevitable aparición del espontáneo en pésames, han dado al traste con esas bonitas treinta mil horas mensuales que iban a redimir nuestra economía.

El espontáneo en pésames es, sobre todo, una rémora que convendría proscribir. El espontáneo en pésames es ese señor que siente más que nadie, y que al llegar el turno de dar el cabezazo de solidaridad, que nadie, y que al llegar al turno de dar el cabezazo de solidaridad, no se conforma con ello y se aproxima a los deudos del finado y estrecha sus manos, cálidamente, de uno en uno. Lo peor es cuando un espontáneo en pésames le gana la acción a otro espontáneo en pésames, en cuyo caso, el segundo espontáneo en pésames que siente, naturalmente, más que el primero, que quiso al difunto más que el primero y que se conduce de la desgracia más que el primero, abrazará y achuchará, entre sonoros palmetazos, a los supervivientes de la familia, entre la decepción de quienes desfilaron ya humildemente y manifestaron su pesar de una manera tan tímida y cicatera como una inclinación de cabeza. Por contra, los que aún aguardan, vistas las efusivas muestras de condolencia del espontáneo, ya no suelen conformarse con menos y entre abrazos, palmetazos y achuchones se va al diablo la mañana y se va el ahorro de las treinta mil horas y se va el despertar de la economía del país.

Uno, naturalmente, no está contra los entierros. Uno está, más bien, contra los formalismos y la hipocresía. Uno aboga, en suma, por los entierros sencillos, minoritarios, donde el que vaya, vaya por sentimiento y no por educación. Tal vez así se evitaría que en los entierros se hablara tanto de fútbol y que a la hora de partir, el difunto se encontrara solo por aquello de que los muertos son los únicos hombres puntuales del país. Y tal vez así, también, lograríamos ahorrar estas treinta mil horas y despertar la economía nacional, que buena falta le está haciendo.

MIGUEL DELIBES



hija
ren
ma
vive
su

El
casa
jud
ring
ple

ler
el
su
ún

Edo
A

ca
ña
mi
La
sid
En
pu
de
ta
pr
de

los
no

pr
ca
ve

de
ni
es

su
m
ra

ta
Hi
in

Ri
tal
de

pa
int
sal

po
de
pill
lac
ba
liza
nis
Co
del

REPORTAJES, COLAB

COLABORACION

DOS PELICULAS

Hace pocas semanas, he visto en París dos películas que demuestran que, pese a la mediocridad deleznable de lo que diariamente se proyecta en nuestras pantallas, el cine no ha dicho aún su última palabra y que su estancamiento, su pretendida crisis, es más aparente que real. Acontece, sin embargo, que los productores de aquí y de allá no pueden olvidar que el cine es para ellos un negocio y consecuentemente los directores han de plegarse a las exigencias—cortas y poco depuradas exigencias—de las salas. Ello no es obstáculo para que, de vez en cuando, surja un director dispuesto a decir lo que le da la gana decir, orillando cualquier clase de presiones y comprometiéndose en el empeño, si es preciso, su propio dinero.

Las dos películas a que me refiero son la japonesa «La isla desnuda» y la francesa «El último año en Mariembad». Al emparejarlas no pretendo decir que su nivel artístico sea semejante, pero sí que ambas se esfuerzan por abandonar viejos caminos trillados e imprimir al cine un viento renovador. En el caso de «La isla desnuda»—película que, según tengo entendido, se exhibirá por primera vez en España en la Semana de Cine Religioso y de Valores Morales, de Valladolid—, los procedimientos de renovación, valga la paradoja, no pueden ser más viejos. Es éste un film cuya valor reside en su simplicidad; es decir, un film al que se le ha despojado del artificio, del accidente—diálogos, color, carteles explicativos, etc.—, para dejarle reducido a la imagen escueta. Esto, sin duda, es el huevo de Colón, pero en una época en que los progresos del cine se orientan hacia el acrecentamiento de sus posibilidades acústicas, cromáticas, e incluso, olfativas, este retorno al origen encierra un valor innegable. «La isla desnuda» es una película que se explica sola; una sucesión de imágenes, cuya elocuencia resulta tan viva, directa y explícita, que el espectador vive el drama y se conmueve. La plástica recobra la primacía para comunicarnos una hermosa lección de tesón, renunciamiento y amor a la tierra; una hermosa lección moral que el público de París aplaude, sesión tras sesión, con encendido entusiasmo.

«El último año en Mariembad» es la última película de Alain Resnais, el celebrado director de «Hiroshima, mon amour». El autor del guión es Alain Robbe-Grillet, el paladín del «anti-roman» en Francia. A mi juicio, el principal valor de este film reside en la propiedad con que Resnais ha traducido a imágenes el mundo literario, caótico y desconcertante, de Robbe-Grillet. Y lo curioso del caso es que esta película prueba que lo que literariamente está abocado a un callejón sin salida, puede resultar, para el cine, una fórmula aprovechable. Tiene, es cierto, muchos puntos de contacto con el surrealismo y, en consecuencia, «El último año en Mariembad» es, antes que una historia real, una historia ensoñada, una sucesión de escenas que, como diría Brétón, parecen entrevistas en plena «embriaguez de opio». La película es, en efecto, un auténtico laberinto, una especie de pesadilla freudiana, pero no otra cosa son «La celosía», «El mirón» y otras novelas de Robbe-Grillet. Quiero decir con esto que la objetividad a ultranza, el tedio, la elusión del sentimiento y del os personajes, la ausencia de un problema novelesco, propiamente dicho, inconcebibles en un relato—por mucho que se quiera justificar esta literatura como definidora del hombre—masa de nuestro tiempo—, pueden significar para el cine un camino viable, supuesto que la representación dominante—y casi exclusiva—del objeto, parece más adecuada servida por medios plásticos que por medios literarios.

En todo caso, se trata de dos películas excepcionales, dentro del panorama gris que hoy ofrece la cinematografía mundial. Y, por otro lado, «La isla desnuda» y «El último año en Mariembad»—acogida ésta muy desigualmente por la crítica francesa—, constituyen dos muestras de talento que prueban que éste existe aún en el mundo del cine, siquiera las más de las veces se vea estrangulado por las apétencias comerciales de los productores.

MIGUEL DELIBES

REPORTAJES, COLABORACION

COLABORACION

MD

Camba o la sobriedad

Ha muerto Julio Camba. Julio Camba fué un periodista corto en palabras o, dicho de otra manera, un excelente periodista. Porque las facultades de un escritor de periódicos deben medirse antes que por su retórica y por lo que dice, por el número de palabras que precisa para decirlo. Y Julio Camba fué un hombre que no necesitó jamás demasiadas palabras para exponer una idea o contarnos un cuento divertido. No otra cosa, creo yo, debe encerrar un artículo de periódico.

En este sentido, Camba fué un precursor. Quiero decir que en los tiempos en que Julio Camba nació a la literatura, la literatura era todavía el ropaje verbal, la grandilocuencia. Fué Camba quien advirtió que el periodismo es sobriedad. En buena parte, los destinatarios de los periódicos son gentes apresuradas, que gustan de los titulares gruesos, los anuncios grandes y los artículos chicos. De esta manera, los escritores inteligentes, en plena euforia retórica, se identificaron con el viejo aforismo: lo bueno, si breve, dos veces bueno. (Este aforismo era, sin embargo, muy repetido, en aquel tiempo, por periodistas cuyos artículos llenaban siete columnas y por conferenciantes cuyas disertaciones rara vez duraban menos de hora y media. De ordinario, los escritores como Camba —de chispazo fulgurante, pero efímero— no recurrían a ese aforismo; sencillamente, lo ponían en práctica.) Es decir, en una época en que el periodismo, la literatura y la dialéctica venían crecidos, abombados de retórica, Julio Camba fué un escritor sobrio y eficaz. Este ha sido, a buen seguro, su legado.

En nuestros días, las modas artísticas se suceden sin que su destinatario —el hombre de la calle— tenga tiempo de digerirlas. El artista, el escritor, rara vez aspira hoy a mejorar lo presente, sino a llamar la atención ejecutando algo distinto. Julio Camba no fué tan ambicioso o, si se quiere, tan pretencioso. Julio Camba se limitó a hacer lo que hacían los demás, pero intentando superarlo, por medio de la síntesis. He aquí una lección de humildad —y de buen sentido— que a los escritores de las nuevas generaciones nos convendría tener en cuenta.

MIGUEL DELIBES

"Li



mente
tomad
poner
aconse
sin d
humo

El
Robert
fumar
tigaci
Lewis
un p
Londr
tor S
de p
Perte
la R
es el
en M
cuela
mode
sus
docto
cho
tales
mado

Lo
recol
nien
los
hasta
muy
camb
mad
al c
de
tens
drár
co
efec
a d
ro,
jove
E
215
los
trei
enc

REPORTAJES, COLABORACION

COLABORACION

MD

Los premios literarios El

A cuenta de los premios literarios se ha consumido mucha tinta en el país: La tinta consumida «para» los premios y la tinta consumida «sobre» los premios. Esta, de ordinario, se ha polarizado en posiciones antagónicas: los premios son nocivos y los premios son beneficiosos. Es ahora cuando surge una peregrina tercera posición: Los premios de instituciones no mercantiles son beneficiosos porque son desinteresados y los premios de entidades mercantiles—léase editoriales—son nocivos porque son interesados.

He aquí una valoración de los premios literarios tan radical como simplista. Este criterio diferenciador se asemeja bastante al utilizado por los autores de «westerns», según los cuales los tipos del sombrero tejano son buenos, y malos los que llevan plumas en la cabeza. Tal disposición, cuando la adopta un galardón por entidades no mercantiles es pareja a la de aquel padre de cinco criaturas cetrinas, agitanadas, para quien los niños morenos eran indefectiblemente más fuertes y despabilados que los niños rubios.

¿Y qué es lo que se achaca a los premios literarios otorgados por editoriales? Sencillamente, que son—o aspiran a ser—un negocio, y en los negocios—ya es sabido—operan circunstancias ajenas a la literatura. Uno, con sus modestas entendederas, imagina precisamente lo contrario, es decir, que el hecho de que los premios de editoriales aspiren a ser un negocio representa para el concursante una sólida garantía. Su libro, a buen seguro, será leído. Uno está por ver a un comerciante que adquiriera su mercancía entre un centenar de modelos que se le ofrecen al mismo precio sin tomarse la molestia de echar antes un vistazo sobre el muestrario.

A uno se le ocurre pensar que son muy pocos los que al hablar de los premios literarios aciertan a desentenderse de su circunstancia personal. De ordinario, cada cual habla de los premios conforme le fué en ellos. Mas uno no considera difícil ser objetivo al abordar esta cuestión. Por de pronto, a estas alturas, juzgo inservibles los elementales criterios estimativos de nuestras abuelas tanto para juzgar a los hombres como para juzgar a las instituciones. Hoy son ya muy pocos los que se decidirían a determinar la calidad moral de un hombre por los colores de su bandera. Así, uno considera que hay premios poco honestos entre los concedidos por instituciones y premios honestos entre los discernidos por editoriales. Y a la inversa. Y por lo que se refiere a la influencia de los premios en la marcha literaria del país, habrá que establecer una diferencia; es decir, los premios, como todas las cosas, tienen su cara y su cruz.

Cara: Los premios han servido para encauzar el relativo interés de los lectores españoles hacia los autores nacionales. (Recuérdese que las librerías españolas en 1944 estaban en manos de los Lajos Zilahy, André Maurois, Margaret Mitchell, Daphne du Maurier, las hermanas Brönte, etc....) Los premios han estimulado a los jóvenes escritores españoles. Los premios, en fin, han servido a menudo para realizar pingües negocios editoriales. En suma, el triángulo autor-editor-lector se ha beneficiado con ellos.

Cruz: Los premios han proliferado tanto en poco tiempo, que a estas alturas es materialmente imposible destacar en cada premio una obra meritoria. Consecuencia: La masa lectora que hace pocos años pedía en las librerías premios y no novelas, solicita hoy novelas y no premios. Los premios, en virtud de la frecuencia con que han servido gato por liebre, se han desprestigiado. Quiere esto decir que la recuperación del propio mercado realizada paulatinamente por los novelistas españoles a raíz de 1940, está a punto de perderse por la proliferación excesiva de los premios literarios. Hoy (día un premio literario ya no consagra a un autor. Dicho todo en palabras simples: los premios literarios que fueron ayer la cuna de la novela española, pueden ser mañana su sepultura.

MIGUEL DELIBÉS



católica
Grande
en mov
cosa de
aspecto
refiere
En los
Vatican
mo Pap
ponder
tiempo
Roma.
mas pa
ticos.

Denta
día 11
en Ron
teólogo
órdenes
bren e
respons
remoní
ciliares
cual se
examen
encierr
tas de
un con
que le
decía a
lo que
mento
ción d
present
de un
miemb
al de
reunido
rio acc
se nec
apropa
lo se
los (pa
tomar
miend
no exi
tido e
al obj
nes y
Por ot
pos no
uoché
cesis,
cuestio
puesto
sesione
son jó
del tu
trata
ven a
hacerl
nificar
sos, a
edad.
cuene
interv
ánimo

REPORTAJES, COLABORACION

COLABORACION

MD

Algo más sobre premios Más

En reciente artículo hablé de los premios literarios españoles y a juzgar por tres cartas recibidas con motivo de ese trabajo, creo no me expresé entonces lo suficientemente claro o tal vez estos espontáneos comunicantes no comprendieron lo que yo entonces quise decir. Lo cierto es que yo señalaba en aquel artículo las ventajas y los inconvenientes derivados de los premios literarios, es decir, su cara y cruz, pero por aquello de que cada cual habla de los premios conforme le fué en ellos, hay quien atribuye ahora las virtudes que yo señalaba al premio X y las fallas al Z, siendo así que yo me libré muy mucho de concretar.

Pero puesto que, al parecer, es preciso poner algunos puntos sobre algunas cosas, yo no voy a escurrir el bulto ni a morderme la lengua. Vaya, pues, por delante que cuando yo dije que los premios activaron la afición del escritor y despertaron el interés del lector por los novelistas indígenas, me refería, ante todo, al Premio Nadal. Quiero decir que antes de 1944 la novela española estaba bien muerta y que en su resurrección jugó el Nadal una baza importante. Y con el Nadal, tres libros y tres autores que no es justo silenciar: «Mariona Rebull», de Ignacio Agustí; «La Familia de Pascual Duarte», de Camilo José Cela, y «Nada», de Carmen Laforet. Nos guste o no, la recuperación de la novela española de la postguerra va indisolublemente unida a estos cuatro nombres.

Ahora bien, sé que al pronunciarme de este modo algún maledicente —que nunca faltan— aducirá que soy un autor vendido a «Destino», cuando, en realidad, yo no me he vendido a nadie; me limito a vender mis libros, uno a uno, a la editorial que me dió a conocer. Pero, en este país nuestro, la relación autor-editor no se concibe sino bajo un clima de tensión. Todo autor que se precie debe andar con su editor como el perro y el gato. Los sentimientos de gratitud, fidelidad y confianza no existen en este terreno; resultan, hoy —como casi todos los sentimientos—, un anacronismo inadmisibles. A este respecto, el autor se considera siempre un explotado y de poco valen las manifestaciones de los escritores-libreros, como mi amigo Manolo Arce, cuando afirma que «a esos autores que se sienten perpetuamente estafados les invitaría a revisar las cuentas de su negocio para que vieran por sí mismos lo que sale su novela a lo largo de un año y recibieran con ello una lección de humildad».

Quede, pues, bien sentado que yo no hablo como un estómago agradecido, sino como un escritor de provincias agradecido que salió del oscuro pozo del anonimato gracias al Premio Nadal. Y es precisamente este hecho el que me da pie para afirmar la absoluta independencia de este premio, independencia que junto al hecho de una venta sustanciosa del libro galardonado, ha atraído sobre sí los celos, las envidias y las iras de los pobres de espíritu.

Otra cosa es que los jurados del Nadal nunca se equivoquen o que destaquen cada año una obra meritoria. En cuanto a lo primero, cabe decir que la falibilidad humana alcanza también a los jueces del Nadal y que yo mismo estoy sorprendido de que autores que estimo como a los primeros no pasaran nunca de finalistas. Respecto a lo segundo, resulta obvio que de donde no hay, nada se puede sacar y hemos de convenir en que los jueces del Nadal lo pueden todo menos escribir la obra que ha de premiarse. Es decir, que si hay años en que sin desdoro podrían los jurados otorgar cuatro premios, habrá otros en que nadie lo merezca y, en consecuencia, habrán de conformarse con galardonar al menos malo.

Sea como quiera, y por encima de posibles errores y de valoraciones desproporcionadas —por altas o por bajas— nadie podrá regatearle al Premio Nadal el hecho de haber sido el despertador literario del país. El país debería, pues, agradecerle a la gente del Nadal su aportación a las letras españolas, en el supuesto de que en el país se agradecieran estas cosas, que ya es mucho suponer.

MIGUEL DELIBES



ha acusa
poco por

Lo qu

trabajado

que deb

mente se

mos mes

de un as

salarios

de las n

de junio

to popul

del pasa

mania d

cauteloso

de las n

ese laps

soviética

mente, l

se, fugá

malas co

rante es

también

Según d

medios

dores y

ciones e



po, pla

tas rec

Faculta

agradar

ESTUD

INDUS

tos pa

cafefer

brar co

de sus

número

REPORTAJES, COLABO

COLABORACION

MD

¿Qué hacemos con la siesta?

Es evidente que las ciencias siguen adelantando que es una barbaridad. El hombre de nuestro tiempo impulsado por un ansia de progreso no encuentra pausa. Mejor dicho, no la encuentra porque no la puede encontrar; porque no existe. El hombre moderno ha desterrado las pausas; las ha borrado del globo. El hombre de nuestro tiempo ha acelerado hasta el tope y ha roto después los frenos. Dios sabe dónde, cómo y cuándo podrá detenerse.

Pero por de pronto el hombre de nuestro tiempo ha inventado el modo de destripar el viejo, higiénico y acreditado horario de los tres ochos: Ocho horas de trabajo, ocho de esparcimiento y ocho de sueño. El inventor —un hombre de nuestro tiempo, uncido al apremio de todos los hombres de nuestro tiempo— se llama Engherard y, tras muchas cavilaciones, ha llegado a la definitiva conclusión de que dormir es perder vida. Es decir, el sistema de los tres ochos es hoy un anacronismo y puesto que el hombre necesita más de ocho horas para trabajar y bastantes más de ocho para divertirse, dejémonos de dormir y aprovechemos el tiempo. El profesor Engherard, tras muchas cavilaciones, ha descubierto un sistema de sueño eléctrico que permite eliminar en tan solo dos horas toda fatiga muscular o nerviosa. Esto, a primera vista, representa un progreso. Mas, a segunda vista, ya no lo parece tanto. Es decir, hoy que media humanidad lleva en el bolsillo del chaleco sus píldoras para dormir, el verdadero progreso sería reinventar el sueño natural, tal como Dios nos lo dió. Pero no. Ese sería un invento anticientífico, retrógrado, baldón de los hombres de nuestra época.

Nuestra suerte, pues, está echada. El sabio descubridor del sueño eléctrico se llama Engherard. El profesor Engherard ha terminado, tras muchas cavilaciones, con los barbitúricos... pero también con el sueño. Es algo así como concluir con las jaquecas cortando las cabezas de los pacientes. Pero no seamos derrotistas. El hombre de nuestro tiempo siente prisa y el profesor Engherard ha inventado los días de treinta horas. ¿Qué más vamos a pedir? Dejémonos llevar por la corriente y no nos detengamos a reflexionar. No hay tiempo para ello. Chaplin ya reflexionó sobre nuestra suerte en «Tiempos modernos» y, luego, reflexionó Tati en «Mi tío», pero sus reflexiones nos han servido de bien poco. Hay que seguir inventando. Y el profesor Engherard, tras muchas cavilaciones, ha mecanizado el sueño. Ya dispondremos de más tiempo para trabajar y, sobre todo, para divertirnos. ¿Que después de la jornada de doce horas nos sentimos fatigados? Un calambrito y al baile. ¿Que después del baile nos encontramos derrengados? Otro calambrito y a beber vino hasta las tantas. A estas alturas iba resultando risible la expresión esa de descabezar una siesta. En la era atómica, en esta era super-técnica en que vivimos no es congruente que el hombre descabece siestas sino calambres.

Se conoce que el profesor Engherard no estaba muy conforme con la idea del robot-hombre y, tras muchas cavilaciones, ha inventado el hombre-robot. Todo muy de agradecer en nombre del progreso. Lo verdaderamente terrible es pensar que en el futuro uno no dispondrá sino de dos horas diarias para olvidarse del átomo, de la guerra fría, de las matanzas de negros por los blancos, de las matanzas de blancos por los negros, del odio, de la frenética frivolidad, del hambre, de la miseria... Pero no desesperemos. Tras el profesor Engherard, vendrá otro profesor Engherard, otro hombre de nuestro tiempo que borrará —¿con otra descarga eléctrica?— toda preocupación de nuestra mente y toda angustia de nuestro corazón. Habremos alcanzado entonces una automatización perfecta, la cumbre del progreso y a esas alturas de civilización el hombre de nuestro tiempo ya no experimentará angustia ni, a buen seguro, echará de menos su siesta ni el anacrónico horario de los tres ochos.

MIGUEL DELIBES

Ter



cesidade
conduce
y el Est
yor pes
mente c
fusión d
bloque c
prácticar
grande c
se proye
tercambi
tratamiento

MAQ

Pero M
reses con
tación de
disminuy
sumo pr
tiene que
ción de r
logos par
ra las



av. Gra

MIGUEL DELIBES

REPORTAJES, COLABO

COLABORACION



Un escritor de provincias

Ha muerto —inesperadamente— Sotero Otero del Pozo, un escritor de provincias, que, aunque otra cosa parezca, no es lo mismo que un escritor provinciano. De provinciano tachamos al escritor de vuelo corto —en extensión e intensidad—, mientras que escritor de provincias es, al menos para mí, aquel que vive y escribe fuera de Madrid, actividad, por cierto, difícil y poco grata, puesto que los medios de difusión son así más escasos. Con todo, estimo que la literatura, aunque otra cosa digan las apariencias, no está en España centralizada y por esas capitales de Dios viven y mueren grandes poetas y juristas que si meten menos ruido que los de Madrid no es porque sus voces sean más opacas, sino porque los amplificadores son menos potentes.

Con Sotero Otero del Pozo me veía poco. Apenas si hemos charlado media docena de veces en la vida. He aquí otra ventaja del escritor de provincias: su independencia. En provincias, los escritores rehuyen el cenáculo, entienden que su misión no es hablar, sino escribir, y cuando dos escritores se encuentran a la vuelta de la esquina su objetivo no es despellejar al prójimo, ni siquiera hablar de un escritor, sino cambiar una impresión sobre las grandes y pequeñas cosas del mundo que les rodea.

Yo conservaré siempre viva una anécdota de Sotero Otero del Pozo, acaecida hace ya algunos años en el vecino pueblo de Laguna de Duero. Yo había llegado allí con mi mujer en una motocicleta, y en el bar de Miguel Hernando —¡oh, Señor, otro muerto prematuro!— nos encontramos con el matrimonio Otero del Pozo. Un chaval de Miguel Hernando estudiaba conmigo en la Escuela de Comercio, y Miguel Hernando, siempre obsequioso, extremaba sus atenciones por aquellos días. El caso es que en aquella fecha yo ya había molido las costillas a un recadero de Miguel Hernando, arrojándole desde un cuarto piso un cordero desollado que él se empeñaba en regalarme y que yo me empeñaba en no aceptar.

Fué una tarde grata aquélla de Laguna, a la que Miguel Hernando quiso poner adecuado colofón regalándonos unas lechugas de su huerto. Con un puntillo pueril de hombre insobornable —y vivo aún el recuerdo del cordero—, yo rehusé las lechugas, mientras Sotero Otero del Pozo, hombre más dúctil, comprensivo y humano que yo, se hizo cargo de las verduras, prometiéndole al bueno de Miguel Hernando que llegarían a mi mesa. En efecto, al entrar en Valladolid, Sotero me esperaba al pie de la pasarela del Arco Ladrillo, y blandiendo un par de lechugas —una en cada mano— hizo ademán de detenerme. Yo había hecho del asunto de las lechugas una cuestión de honor y pasé de largo con la motocicleta, sorteando a Sotero, inconsolable en el centro de la calzada.

Ya en casa, después de la cena, sonó el teléfono. Era Paco Martín Abril:

—¿Eres tú, Miguel?

—Sí, ¿qué ocurre?

—Nada, hombre. Unicamente quería darte las gracias por las lechugas.

Me eché a reír. Sotero Otero del Pozo le había enviado a Paco las lechugas con una tarjeta mía, que por alguna razón tenía en su poder.

Es curioso cómo a la hora de la muerte de Sotero Otero del Pozo es esta anécdota la que viene a mi memoria con mayor nitidez e intensidad que otros recuerdos. Empero la cosa tiene su justificación. Esta pequeña historia de las lechugas revela mejor que nada el agudo sentido del humor de Sotero Otero del Pozo, el hombre y el escritor, virtud hoy muy poco apreciada y cuya decadencia, para nuestra desgracia, se hace notar cada día más en la vida y la literatura de nuestro tiempo.

MIGUEL DELIBES

LA A



cantida
estado
motivac
al exte
de fran
tra 9.30

Por t
lanza o
tradicio
pasado-
francos
millone

Las e
arrollac
los rest
cado C
millone
1959 a

Como
miento
tarse e
nes ag
nes de
589,8
cos en
1960 y

En
indivi
agrico
censo
en 19
ha sic
recup
tracto
contr

Esta
con u

El

Cuar
nos an
do C o
opusie
que, s
france
cultur
tir a
De ell
prolon
des d
riados

REPORTAJES, COLABO

COLABORACION

MD

LOS SIGNOS EXTERNOS

Las circunstancias nos empujan en todos los órdenes de la vida hacia una política de hechos consumados. De chicos solíamos decir: «El que avisa no es traidor», pero tal gentileza ha perdido ya toda vigencia. Y no es lo malo que no se avise sino el hecho de que sin avisar uno pueda vivir tranquilo, respetado y, por supuesto, sin que nadie le haga reo de traición. Las cosas vienen así e incluso pienso que la elusión del aviso no implica una descortesía, sino que viene a ser una manifestación más del practicismo de nuestra época.

El caso es que hace pocas semanas China y la India se enzarzaban en una guerra feroz y que yo sepa a nadie se le ocurrió decir antes esta boca es mía. Tal cosa hace apenas quince años era algo inconcebible. Una guerra no podía existir sin una declaración previa, de la misma manera que no podía existir un noviazgo:

—¿Eres ya novia de Pepe?

—No, todavía no se me ha declarado.

El proceso de una guerra o de un noviazgo respondía a unos trámites y hasta el más feroz o el más tímido habían de pasar por el aro. Recuerdo, incluso, que había hombres tan tímidos, tan tímidos, que ante la amada no se atrevían a despegar los labios:

—Me he declarado por carta —nos decían un día, al fin.

—Entonces, ¿sois novios?

—No lo sé; aún no me ha contestado.

Las cosas requerían un plazo, unas formalidades más o menos rigurosas. Pero esto es el pasado, la historia. Y la historia, como los vehículos a motor, va cada día más de prisa, de forma que estos fenómenos apenas sorprenden ya más que a aquellos a quienes el flujo de los tiempos ha pillado dormidos.

Con el Fisco, hace relativamente pocos meses, ocurrió algo semejante. El Fisco puso en circulación un sistema, el de los signos externos, no del todo ajustado a la realidad, pero tan simple, tan evidente, que también aquí empezaron a sobrar las declaraciones, lo mismo que en la guerra y en el amor. Esto de los signos externos que, como vemos, va haciendo escuela, es algo así como la elocuencia de los hechos, una manera, como otra cualquiera —más directa que otra cualquiera— de expresarse. Y ante esto, ¿para qué malgastar palabras? ¿Para qué andarse con retóricas si la retórica jamás altera los hechos? Es obvio que los signos externos se imponen: «¿Anda usted de la manita con Pepe? ¿Le pone Pepe ojos tiernos? ¿Le paga el cine Pepe? ¿Sí? Pues es usted novia de Pepe». «¿Anda usted a mamporro limpio con el vecino? ¿Le coloca usted en el punto de mira de su fusil? ¿Aprieta el gatillo luego? ¿Sí? Pues está usted en guerra con el vecino.»

Con el recurso de los signos externos desaparecen del mundo los últimos vestigios de un secular protocolo social que le iba bien a la época del cuplé, pero no a nuestro tiempo, tan enfebrecido, tan afanado el pobre.

MIGUEL DELIBES

E
d

hacer
Sindico
admini
más in
deliber
que ha
mente.
condic
amplio
ganiza
Todo
en el
comun



emuncie

MIGUEL
LIBES

av. G

P. 140

31

LA GACETA DEL NORTE Bilbao	LA VOZ DE GALICIA La Coruña
EL CORREO ESPAÑOL - EL PUEBLO VASCO Bilbao	EL IDEAL GALLEGO La Coruña
HIERRO Bilbao	FARO DE VIGO Vigo
DIARIO VASCO San Sebastián	EL PUEBLO GALIEGO Vigo
LA VOZ DE ESPAÑA San Sebastián	EL PROGRESO Lugo
UNIDAD	HERALDO DE ARAGON

8 ENE. 1964

Los pueblos y sus hombres

31



Por Miguel DELIBES

(Exclusivo para HERALDO DE ARAGON)

EN más de una ocasión me he ocupado —y preocupado— de la despoblación acelerada del agro castellano. La gente joven, los mozos de Castilla la Vieja, no se avienen a competir con las veleidades meteorológicas, ni se resignan a una vida monocorde, precaria, sin el menor incentivo. De ahí que, a lo largo de este último verano, haya podido comprobar en la provincia de Burgos cómo, día a día, se van quedando desoladamente vacíos, pueblos que en un ayer próximo ofrecían una estimulante estabilidad demográfica: Cortiguera, Huidobro, Valdelateja, Mozuelos, etc. En estos lugares únicamente van quedando los viejos —los viejos más viejos— y en algunos de ellos —Cortiguera, Huidobro— no está lejano el día en que se producirá una escalofriante situación límite: el vecino que queda solo entre las mudas piedras del pueblo; el último superviviente.

Esta situación dramática me ha empujado una y otra vez a pedir ayuda para los pueblos de Castilla; a denunciar la injusticia que supone el que las grandes ciudades tengan tanto y estas villas y lugares, tengan tan poco. Es claro que para adoptar esta actitud hace falta llevar el pueblo —su tenacidad, su esfuerzo, su resignación— en la masa de la sangre supuesto que, a la postre, únicamente el aplauso de unos pocos —muy pocos— le compensa a uno de muchos disgustos y sinsabores.

No obstante me consta que aún quedan arreos y entusiasmos en nuestros pueblos; que todavía hay gente joven dispuesta a morir donde nació, a dignificar su existencia pueblerina y, para ello, no sólo dan ejemplo con su constancia y su trabajo sino que consumen sus ocios allanando una tierra para levantar un campo de fútbol o abriendo una zanja en la roca viva para disponer de agua en sus casas. Esto de ganarse a pulso, con la prestación personal abnegada y sin tasa, las más elementales comodidades, resultará incomprensible para el hombre de asfalto pero al propio tiempo confirma que en 1963 todavía continúa Castilla «haciendo sus hombres y gastándolos».

A este respecto yo quiero rendir hoy aquí un homenaje emocionado a los jóvenes de Sedano y Covanera, dos pueblos burgaleses que, en su aislamiento, continúan bregando por mejorar, luchando solos por ennoblecer sus pueblos y, en consecuencia, ennobleciéndose a sí mismos. No puedo ocultar que cada vez que veo a Paco Padilla, el de Covanera, torcer el gesto y vocear a sus compañeros cuando el equipo de su pueblo encaja un gol, experimento un súbito entusiasmo. Paco, el de Covanera, tiene muy mal perder pero esto que cuando viene dictado por un amor propio excesivo es un feo defecto, se trasmuta en una cualidad no desdeñable cuando en lugar del amor propio es el amor al pueblo el que lo provoca. (A estos efectos, yo diría que la caída en barrena de la furia española, profesionalismo aparte, se produjo el día que enseñamos a perder a nuestros representantes sin arrugar el ceño). Pues bien, Paco, el de Covanera, me sorprende cada verano con un nuevo proyecto. Proyectos abrumadores para un muchacho que como él sólo cuenta con sus manos y su entusiasmo y las manos y el entusiasmo de una docena de amigos. Y si el verano pasado Paco Padilla estaba despedrando y alisando con sus amigos un yermo y dando vuelta a un cartelón de carretera para imprimir aires de estadio a un solar impracticable, éste le encontré cavando la tierra, junto al Rudrón, para dotar a su pueblo de una piscina.

Lo mismo —aun sin vocear, que a la sotana no le va— podría decir aquí de don Salvador, el joven cura párroco de Sedano. Don Salvador, con sencilla sabiduría, ha puesto a los muchachos de Sedano en pie de guerra. Y los muchachos de Sedano para quienes su pueblo, pese al abandono oficial, sigue constituyendo un valor permanente, se han entregado a él con espontáneo entusiasmo: campo de fútbol, tiro al plato, tenis de mesa, cine con películas de setecientas pesetas:

—Mire usted, las de cuatrocientas fallan; o no se ven o, si se ven, no se oyen. Una pena. Pero el caso es que las taquillas no alcanzan para películas de setecientas.

Ante problemas de esta cuantía, de cuya solución depende a veces la alegría de todo un pueblo y acaso su supervivencia, uno no puede menos de estremecerse. Porque resulta incuestionable que los Pacos Padilla y los don Salvador —en mayor o menor medida— existen en casi todos los pueblos de Castilla y sus nobles y pequeñas aspiraciones —por los esfuerzos de organización no se lamentarían ni habrían de pasar la cuenta— se alcanzarían con una modestísima ayuda oficial. Que en este asunto de multiplicar las pesetas nos dan también ejemplo los hombres de los pueblos a los hombres de las ciudades.

(Colaboración «Logos». — Prohibida la reproducción)

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

D.140

10 ENE 1964

A B C	Madrid	EL CORREO CATALAN	Barcelona
ARRIBA	Madrid	DIARIO DE BARCELONA	Barcelona
MARCA	Madrid	EL MUNDO DEPORTIVO	Barcelona
YA	Madrid	VANGUARDIA ESPAÑOLA	Barcelona
EL ALCAZAR	Madrid	SOLIDARIDAD NACIONAL	Barcelona
INFORMACIONES	Madrid	LA PRENSA	Barcelona
MADRID	Madrid	NOTICIERO UNIVERSAL	Barcelona

NUESTROS COLABORADORES ESCRIBEN

REQUIEM POR UN MUCHACHO

MIGUEL DELIBES



EN estos días navideños, tan alejados, en esencia, de todo, carácter fúnebre, ha muerto un adolescente, apenas un muchacho, Juan Arias. Por si el hecho — la muerte extemporánea, si es que la muerte puede serlo — no envolviese en sí mismo un signo paradójico, ahí tenemos, como complemento, la circunstancia de que el óbito se produzca en unas fechas en las que los cristianos conmemoran la arribada al mundo de la Luz y la Vida. No obstante, para Juan Arias la Navidad de 1963 ha sido su última Navidad y quizás haya en todo esto, en la oportunidad del tránsito, una de esas misteriosas decisiones con que el Señor distingue a sus elegidos. El caso es que Juan Arias ha muerto entre música de villancicos, de zambombas y panderetas, es decir, como deben morir los muchachos que no debieran morir.

Juan Arias vivía en mi casa, como quien dice pared por medio y era amigo de mis hijos. Y ya es sabido que los amigos de nuestros hijos son un poco como hijos nuestros. De ahí este dolor vivo y lacerante que la noticia me ha producido.

A Juan Arias le falló el corazón. Yo ignoro si algún día los hombres de nuestra época habremos de rendir cuentas por haber creado un mundo excesivamente tenso y trepidante, un mundo sobrecargado para los frágiles corazones de nuestros hijos. En este punto, Juan Arias es un ejemplo. Se diría que Juan Arias, consciente de lo que le aguardaba tras de la puerta, se negaba a abandonar la infancia, a romper con ella y echar sobre sus débiles hombros eso tan pesado y tan arduo, y tan inconsistente como es la responsabilidad. Y, sin embargo, Juan Arias no tuvo una infancia como las demás infancias; el corazón le fallaba. El corazón en su tic-tac implacable, se obstinaba en conducirlo a ese turbio mundo de los adultos, y él se resistía. (Esta era — diga lo que quiera la ciencia — la discrepancia, y, de ahí, la raíz del mal). Por eso Juan Arias no podía correr, ni hacer ejercicio, y, últimamente, ni siquiera dormir. No obstante, Juan Arias sonreía siempre:

—¿Cómo va eso, Juan?

— Mejor.

Juan Arias, desde hace muchos meses, no podía trabajar, ni estudiar como los demás chicos. Llevaba adosada a su adolescencia, como un quiste, una gravedad prematura; una incómoda, desproporcionada gravedad. Era un muchacho con vida de viejo, pero con una interioridad pueril, explosiva y abigarrada, como correspondía a su edad. El sufría, sufría terriblemente, pero su sufrimiento no trascendía, no rebasaba su corazón enfermo. Había alcanzado la elegancia suprema — el pudor del dolor — que muy pocos seres, así vivan cien años, alcanzan:

—¿Cómo va eso, Juan?

— Mucho mejor.

Y Juan sonreía; con una sonrisa cada vez más pálida, más afilada, más evasiva, pero sonreía. Todo iba mejor; siempre iba mejor. ¿Es que, acaso, intuía Juan Arias, adónde iba? ¿Qué es lo que iba mejor? ¿Su progreso gradual, su paulatina maduración hacia la muerte? ¿Quién lo sabe? ¿Quién sabe lo que Juan Arias, el muchacho, pensaba en estos últimos meses? En tanto, su cuerpo se tornaba enjuto, transparente, mientras dentro se ensanchaba — donde parece que los muchachos aun no tienen hueco para ello — una precoz, resignada conformidad.

—¿De veras te encuentras mejor, Juan?

— Pues claro.

Pero al día siguiente de Navidad, Juan Arias amaneció muerto; dulcemente muerto, como mueren los muchachos; como sueñan los niños: sonriendo. Tal vez Juan Arias en esos instantes, acababa de recuperar su libertad, la infancia que nunca llegó a perder pero tampoco a disfrutar del todo. Juan Arias se iba en el umbral, sin conocer la mezquindad ni el odio, sin recoger sobre sus frágiles hombros esa carga tan ardua, tan enojosa, que es la responsabilidad. Es decir, Juan se iba justamente en la frontera de la infancia, la misma noche de Navidad, entre músicas de zambombas y panderetas, como deben morir los niños que no debieran morir:

—¿Cómo te encuentras, Juan?

— Ahora, mucho mejor.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

P. 140

LA VOZ DE GALICIA La Coruña	DIARIO DE PONTEVEDRA Pontevedra
EL IDEAL GALLEGO La Coruña	LA VOZ DE ASTURIAS Oviedo
FARO DE VIGO Vigo	LA NUEVA ESPAÑA Oviedo
EL PUEBLO GALLEGO Vigo	REGION Oviedo
EL PROGRESO Lugo	EL COMERCIO Gijón
LA NOCHE Santiago de C.	VOLUNTAD Gijón
EL CORREO GALLEGO Santiago de C.	LA VOZ DE AVILES Avilés
LA REGION	

4 FEB 1964

Libros de memorias

MD

Por Miguel DELIBES

Confieso mi debilidad por los libros de "Memorias". Ignoro si es un fenómeno debido a la edad —rebasados los cuarenta años uno empieza a equilibrarse entre el pasado y el futuro, entre el fabricante y el rumiador de recuerdos— más que una buena novela y un mediano libro de memorias más que una novela mediana. (Claro es que para uno, que anda en el oficio, la novela ya no es sólo una historia más o menos fascinante, sino un problema técnico, y un repertorio de palabras bien o mal colocadas, y un ejercicio de síntesis y otras muchas cosas que le dispersan a uno de la pura anécdota). En cualquier caso, los libros de Memorias encierran, para mi, un atractivo especial. Y tal porque uno no ha escrito sus Memorias, los recuerdos de los demás no le estimulan a plantearse problemas de estilo, de construcción, de resolución, etc., etc., sino que se limitan a ser la exposición de un cuadro —que ya es historia— y sobre cuyo fondo divaga nuestro personaje. En suma, la memoria ajena se ayuda a reconstruir un tiempo desconocido o activa la mía para completar unos episodios que viví o de los que tuve referencia directa. Mas lo importante no es tener una visión del pasado a través de un solo evocador, sino poder contrastar esta evocación con otras evocaciones de una misma época y de unos mismos personajes para extraer nuestras propias conclusiones.

Tal confrontación es, sin duda, un juego apasionante, porque resulta que lo que un evocador vió blanco, lo vió negro su coetáneo, y al personaje X o Z que Fulano lo juzgó como benévolo y comprensivo, lo enjuicia Zutano como un ser perverso y malintencionado. Y resulta obvio que si tal diálogo sale a la luz, de estos monólogos nace la más abstrusa y disparatada confusión. Quiero decir con esto que ni los grandes personajes del arte, la política y la literatura se ven libres de ese dicho tan afortunado de que cada cual habla de la feria conforme le fué en ella.

Estas consideraciones me las sugiere el segundo volu-

men de las memorias de Bartolomé Soler, libro que viene a ser un "Yo acuso" denso y tenso —con cierta propensión, hábilmente reprimida, al melodrama— que su autor ha tenido la gentileza de enviarme. La pieza es dura y su autor no se muerde la lengua, hecho, este, poco frecuente, y que el lector de Memorias, aquejado indefectiblemente de una curiosidad morbosa, agradece en todo caso.

Ahora bien, se me hace que Bartolomé Soler es sincero, o pretende serlo, pero con una sinceridad altiva y orgullosa que le induce a enjuiciar su contorno con acritud, con el apasionamiento propio de los seres incomprendidos y no me parece a mi que este sea su caso. De todos modos Bartolomé Soler se muestra iconoclasta y en sus devaneos evocativos deja pocos titeres con cabeza. Eso sí, amigo de sus amigos, no puede decirse que pague nunca a aquellos con la moneda de la ingratitud.

Ya sé que es muy fácil decir estas cosas desde un despacho confortable, cuando uno no ha padecido las morderuras del hambre y la vida no le ha brindado los altibajos desoladores que al autor del libro que comento. Mas en cualquier caso, la generalización no es nunca aconsejable y, tras la lectura de la obra de Bartolomé Soler, resulta, por ejemplo, que los gremios de cómicos, críticos, editores, libreros, etc., etc., son muy poco de fiar, actitud, a mi entender, un tanto gratuita y despiadada, supuesto que aquellos gremios, como todos los gremios, son muy complejos y lo obligado, en cualquier caso, es separar el grano de la paja.

Este es el reparo fundamental que me sugiere la lectura de este libro de Memorias paradójicamente juvenil, recio, bronco y desabrido. Un libro de recuerdos iniciado, sostenido y rematado a muy elevada temperatura. La vida azarosa de Bartolomé Soler, la intransigente posición que adopta ante las debilidades ajenas, hacen de él una pieza infrecuente, de apasionante lectura.

P. 140
33



Los cargos y los hombres

A uno, la verdad por delante, nunca se le hubiera ocurrido pensar que entre los bienes codiciables por el prójimo pudiera contarse el señor alcalde de la población donde uno nació y reside. Le ha bastado, sin embargo, un corto viaje por diversas ciudades españolas, desazonadas con todo esto de los polos y del desarrollo, y a usted le toca mucho y a mí no me toca nada, para convencerse de lo contrario:

—¡Eso es un alcalde y lo demás son cuentos!

—Sí, señor; hombres así son los que necesita el país. Uno convenía modestamente:

—Sí, sí, evidentemente es un hombre que se mueve.

—¡Cómo! ¿se mueve? Y tiene iniciativas, y hace cosas que entran por los ojos, y empuja en Madrid y les está cambiando a ustedes la ciudad...

Uno, la verdad por delante, se acobardaba ante tanto elogio porque a un alcalde, se quiera o no, uno ha de considerarlo un poco como cosa propia y familiar. Es diferente que un gobernador civil o un delegado de sindicatos, pongamos por caso. Pero un alcalde, repito, es como de casa, y ya es sabido que cuando a uno le elogian sus hijos, o sus obras, o su corbata, así de sopetón, y achuchando, no es fácil evitar el sofoco.

Pero, bien mirado, el alcalde de mi ciudad es uno de esos "aborrecibles hombres de las nueve" que tanto precisa el país; o para ser más exacto, un hombre de su tiempo, dinámico y eficaz. Esto, naturalmente, no quiere decir que "su tiempo" no dé otro tipo de hombres, poco dinámicos y eficaces, ni, por supuesto, que este otro tipo de hombres, poco dinámicos y eficaces, no se encaramen más arriba que el alcalde de mi ciudad.

—Bueno, eso es cosa sabida. Lo da la tierra.

Lo que queda por saber es por qué a la hora de elegir hombres para los cargos —los hombres nacen para los cargos; nunca deben nacer los cargos para los hombres— que requieren dinamismo y eficacia, se repara antes que en el hombre inquieto, agudo y emprendedor, en aquel otro, con facetas más o menos meritorias y dolientes, pero que al cargo —al cargo para servir, no para vestir— no le van. (1)

A estas alturas, resulta obvio que si aspiramos a un buen pasar en el orden administrativo, habrá que

ir pensando en la conveniencia de elegir para cada puesto al hombre más adecuado, sin reparar en sus avatares ni en sus cicatrices. Este es un asunto, creo yo, que no tiene vuelta de hoja. Al buscar al hombre que sirva a la comunidad, nunca deben pesar en nuestro ánimo sus desdichas. No se trata de compensar a nadie de las amarguras sufridas —para eso están las medallas—, sino de encauzar la administración del país por unas vías operantes y plausibles.

Don Miguel de Cervantes, ilustre ex combatiente y ex cautivo, hubiera hecho, muy probablemente, un pésimo alcalde, lo que equivale a decir que nos hubiera fastidiado directamente y de rechazo, ya que de ser alcalde don Miguel, muy posiblemente don Quijote no hubiera salido del tintero.

Cuando uno propugna la conveniencia de que todo hombre se realice partiendo de cero, no le mueve solamente un prurito de equidad social, sino el egoísmo como miembro de una comunidad: que la colectividad esté mejor servida; que la sociedad rinda cuanto pueda. Pues bien, en este asunto de los cargos —que deben ser cargas— uno piensa que debiera regir la misma ley. Y si existen hombres municipalmente incompetentes, provincialmente incompetentes, o nacionalmente incompetentes, sustitúyanse por otros cuyo rendimiento y eficacia se presuman. Uno no cree demasiado difícil el acertar con este tipo de hombres, la verdad. Y el alcalde de mi pueblo es un ejemplo.

—Así que ¿contento con su alcalde?

—Mire, para mí este señor sólo tiene una pega: que su sueño dorado sea hacernos una urbe de medio millón de habitantes.

¿Y eso es malo?

—Ni bueno, ni malo, pero a decir verdad yo me conformaría con que consiguiera que los habitantes que hoy tiene mi ciudad vivieran satisfechos y felices. ¿Para qué más?

—Pero, bueno es lo que vale en la vida, Miguel DELIBES
— ¡malísima! Pero es me don A. ex cautivo
— Ah!

R-1410

35

18 OCT. 1964	LA GACETA DEL NORTE Bilbao	PENSAMIENTO ALAVES Vitoria
	EL CORREO ESPAÑOL EL PUEBLO VASCO Bilbao	DIARIO DE NAVARRA Pamplona
	HIERRO Bilbao	PENSAMIENTO NAVARRO Pamplona
	DIARIO VASCO San Sebastián	ARRIBA ESPAÑA Pamplona
	LA VOZ DE ESPAÑA San Sebastián	NUEVA RIOJA Logroño
	UNIDAD San Sebastián	HERALDO DE ARAGON Zaragoza

EL ARTICULO
DE LA SEMANA

Goldwater en su salsa

Por MIGUEL DELIBES

MD

A NOCHE tuve oportunidad de ver en su salsa al líder republicano, Barry Goldwater. No era una noche muy apacible, que digamos, pero el espectáculo, norteamericano cien por ciento, bien valía la pena. Estos americanos imprimen a todas sus manifestaciones un aire tan deportivo, que si uno se detiene en los aspavientos y entusiasmos de la multitud, de espaldas al acto en cuestión, difícilmente podría adivinar si lo que se desarrolla tras él es un mitin político o un partido de rugby. El caso es que sobre Washington caía una lluvia menuda y, sin embargo, en la gran Plaza de Colón, en torno a la estatua del descubridor, se habían congregado aproximadamente un millar de personas. El líder salía en tren, en viaje de propaganda, por las ciudades de los alrededores. Estos desplazamientos preelectorales de los candidatos están montados sobre los pilares del practicismo que es, en general, sobre los que está montada la vida norteamericana toda. El líder viaja en su confortable vagón, acompañado de su esposa —la vistosidad y simpatía de la mujer del líder puede acarrear, en su momento, un buen montón de papeletas para la causa del marido—, de tal forma que al llegar a una estación determinada a la plataforma y soltar el espiche de turno. Así, esta noche desapareció, Goldwater marchaba y sus partidarios washintonianos le despedían. Allí estaba la sucinta tribuna, adornada con banderas y laureles, espalda con espalda del genial descubridor. Colón y Goldwater cobraban bajo los focos una altura similar. Después de todo, si Colón descubrió América, Goldwater venía a descubrir que un apreciable sector americano todavía puede vibrar a impulsos de la discriminación, la violencia y un conservadurismo a ultranza. En suma, dos descubridores espalda con espalda.

Me bastó una ojeada para comprobar en qué sector se polariza la popularidad de Goldwater. Allí había jóvenes de ambos sexos,

muy distinguidos ellos, muy monas ellas, con sus distintivos bien visibles: botones de solapa con los emblemas republicanos, cinturones rojos donde se leía: "Goldwater 64", pequeñas pancartas con la fotografía del líder y un contundente "Vota a Goldwater" o un familiar "Queremos a Barry". Y, a la izquierda, una banda de música que entretenía la espera con compases tan al margen de la concentración como pueden serlo "Por ser tan buen muchacho" o la versión inglesa de "En la casa de Pepito". Una humorada, en suma; buena prueba de que el norteamericano tiene fe en sus instituciones y la secreta convicción de que poco van a cambiar las cosas pese a los disparates de los discursos electorales. A mi lado, dos negros y una negrita, con abigarrados atuendos, observaban la tribuna más bien sombríamente. Y de cuando en cuando, el grupo, fatigado de cantar, cambiaba de tono y gritaba a voz en cuello rítmicamente: "Queremos a Barry", "Queremos a Barry".

Entre número y número, unas muchachitas con una banda roja y sombreros de ala ancha sonreían desde la tribuna, y un hombre con sombrero tejano impecable entonaba por los micrófonos canciones banales. La cosa comenzaba a resultar monótona cuando las sirenas anunciaron la llegada del líder. Entonces, el entusiasmo del grupo se desbordó. El flamear de pancartas y los gritos de "Barry", "Barry", "Barry" corearon su descenso del "Cadillac" y su ascensión a la tribuna. Delante subió Mrs. Goldwater —traje negro, abrigo verde vivo, guantes blancos—, muy sonriente, entregada al fervor de sus partidarios. Detrás, el líder —corbata negra, gabardina azul marino abotonada hasta el cuello— saludaba deportivamente con el brazo derecho, un poco como saludan los boxeadores. A mi lado, los dos negros y la negrita continuaban más bien sombríos, impasibles ante el líder republicano y ante el entusiasmo que le rodeaba. De pronto, Goldwater se sentó, y el inevitable zascandil trató de cu-

brirle la entrecana cabeza con un paraguas; pero el líder rechazó esta protección con un gesto profesional, lo que desató de nuevo las gargantas de la multitud. (Estos líderes tienen siempre a punto un gesto de valor o de humanitarismo que enardece a sus correligionarios. En estas circunstancias, rara vez falta un niño a quien besar o una lluvia a la que desafiar para caldear el ambiente, para facilitar el contacto.)

Goldwater, visto así, cara a cara, es un hombre de aspecto distinto, más joven de lo que sugieren las fotografías, quizá porque su cabeza —demasiado blanca— le imprime un aire de prematura senilidad. No obstante, su físico, sus ademanes —secos y reprimidos—, son de hombre joven y vivaz. Su mentón es pugnaz y todo él comunica una impresión de potencia, de agresividad controlada. Su tez curtida, su voz jácil y contundente, coadyuvan a esta impresión. El caso es que el líder se sentó y rechazó el paraguas, y la gente se animó de nuevo para ya, a lo largo de su discurso, no cesar de interrumpirle con gritos de "Queremos a Barry" y "Nos veremos en la Casa Blanca". Que ¿qué dijo Goldwater? Pues sí, hizo unos juegos de palabras que se celebraron mucho y dijo cosas así como que "en cinco semanas devolvería el país a las muchachas guapas y a los jóvenes distinguidos", que "barrearía a los ladrones de la administración" y que "Johnson apenas hacía otra cosa que pasear a sus perros por los jardines de la Casa Blanca". Sus frases, en verdad, salvo por el eco que despertaban en la concurrencia, no parecían demasiado trascendentales. A mi lado, los dos negros y la negrita de abigarrados atuendos, continuaban impávidos. El del bombo subrayaba cada frase del discurso con un "pom-poong" estruendoso, y cuando, finalmente, el líder estrechaba su mano fervorosamente, como si ya les hubiera devuelto el país, las muchachas de las bandas rojas y los sombreros muchos desfilaban marcialmente y el hombre del sombrero tejano ayudaba a Mrs. Goldwater a descender de la tribuna. El líder volvió a subir al "auto", la concurrencia a gritar "Nos veremos en la Casa Blanca", mientras los dos negros de mi lado recogían parsimoniosamente una de las fotografías del líder, caída en el suelo, parsimoniosamente la hacían dos pedazos y, al concluir, con no menos parsimonia, se sacudieron una mano con otra, en actitud de limpiarse, ignoro si por el barro.

Sobre Washington y sobre el otro descubridor continuaba diluviando.

(De "La Vanguardia")

35

LA VOZ DE GALICIA La Coruña	DIARIO DE PONTEVEDRA Pontevedra
EL IDEAL GALLEGO La Coruña	LA VOZ DE ASTURIAS Oviedo
FARO DE VIGO Vigo	LA NUEVA ESPAÑA Oviedo
EL PUEBLO GALLEGO Vigo	REGION Oviedo
EL PROGRESO Lugo	EL COMERCIO Gijón
LA NOCHE Santiago de C.	VOLUNTAD Gijón
EL CORREO GALLEGO Santiago de C.	LA VOZ DE AVILES Avilés

19 DIC 1964

Nuestros libros en América

MD

POR MIGUEL DELIBES

CUANDO uno arriba a los Estados Unidos por primera vez, con su innata capacidad de asombro, irá, a buen seguro, de sorpresa en sorpresa. Sorpresas gratas y sorpresas ingratas pero, en definitiva, habrá que admitir una cosa: este país donde el tono de vida se ha puesto a nivel del peón, de forma que para comer y vestir apenas si encuentra dificultades, dispone lógicamente de una juventud apta para ennoblescarse o para descarriarse. Pretendo decir que el americano, que a los 18 años camina en automóvil podrá tirar para arriba o para abajo pero, en ningún caso, se verá obligado a contrariar su vocación por premios de necesidad. La vida fácil explica, pues, de una parte, el aumento de la delincuencia juvenil y, de otra, el incremento de la inquietud científica y humanista que se observa entre los muchachos en todas partes.

Esta inquietud, para nuestra satisfacción, se ha encauzado en un elevado porcentaje hacia el hispanismo. El estudio de nuestro idioma y de nuestra literatura, despierta hoy en Norteamérica auténtico entusiasmo. Y si tenemos en cuenta que el número de profesores de español rebasa la cifra de siete mil y el de alumnos se aproxima al medio millón, llegaremos a la conclusión de que los españoles estamos obligados a velar no ya porque estas confortadoras cifras se conserven sino porque se acrecienten.

Es ésta, por otra parte, una grata tarea que no nos exige grandes esfuerzos sino un poco de buena voluntad. Quiere decir que el hispanista norteamericano no se arredra ante las dificultades y si necesita, digamos un libro, revolverá Roma con Santiago antes de darse por vencido.

Lo español es no sólo en él una posible profesión, sino una auténtica pasión. Prueba de ello es que, aparte los infinitos españoles que hoy despliegan una actividad profesional asidua en los catedráticos, escritores y novelistas españoles que son invitados a pronunciar conferencias aquí.

En pocos días he tenido noticia del paso por las tribunas yunquis de los profesores Aranguen y García Blanco, de los escritores Julián

Marias y Díaz Plaja y de los novelistas Ana María Matute, Ignacio Aldecoa y Antonio Ferrer. ¿Qué quiere decir esto? Sencillamente que nuestro idioma y nuestra cultura interesan a No temérica cada día más y que este gran país no regatea esfuerzos para ponerse en contacto directo con las fuentes.

Ahora bien ¿cómo correspondemos nosotros a esta adhesión? Aun llevo pocas semanas en los Estados Unidos, pero me han bastado para repetir en una lamentable deficiencia: el abastecimiento de libros. Es cierto que en Washington —en Georgetown— hay un librero especializado en libros españoles, y otro —u otros en Nueva York— y otro en California... Más estos librerías reciben su mercancía con un mes o dos, cuando no seis, de demora. Trabas aduaneras o administrativas, de aquí o de allá, frenan la fluidez de este tráfico.

La cosa es grave, porque con frecuencia, la demanda de libros es urgente. ¿Qué hacer para resolver este problema? Bien mirado, la cuestión no parece difícil. Bastaría con que las editoriales españolas nombraran conjuntamente un depositario aquí, depositario que no es preciso radicarlo en Nueva York o Washington, donde los locales son caros, sino en un pueblecito estratégicamente situado, a Ytiro —de dos o tres días— de todas las bibliotecas y Universidades del país. De este modo, la reposición de mercancías no apremiarían tanto y los solicitantes serían inmediatamente atendidos. Por otra parte, el sostenimiento de tal depositario no representaría un desembolso exagerado, desembolso que incluso podría ser cubierto con el incremento de operaciones que una medida de esta naturaleza acarrearía sin duda alguna. En fin, la idea es apresurada y sobre la marcha —inspirada por el hecho de haber tocado directamente el problema— y, por tanto, susceptible de ser madurada y orientada en el sentido más conveniente. Lo incontestable es que hay que hacer algo para evitar que cuando una Universidad pide al librero una docena de volúmenes españoles no tenga éste que contestar: Le envío dos. Los otros diez los recibirá dentro de un mes.

Un mes, que, como digo, se transforma con frecuencia, en dos meses cuando no en medio año.

PUNTO DE VISTA

DESCONGELACION, REACTIVACION Y DESARROLLO ESTABLE

La descongelación de las rentas salariales decretada en el último Consejo de Ministros pudiera significar el fin de un período abierto en noviembre del pasado año con el proceso devaluatorio y sus medidas complementarias. Un período de nuestro devenir económico que ahora, con la perspectiva de casi once meses, creemos puede seguir siendo calificado como de frenazo brusco en el hasta aquel momento alegre y un tanto incontrolado proceso de expansión y desarrollo.

De una forma u otra, la historia económica nacional pudiera dividirse fácilmente en tres períodos claramente diferenciados que comenzarían con el estabilizador que representó un indiscutible éxito, una brillante planificación aun a nivel internacional — éxito y previsión aún más valorables si se piensa en posteriores imprevisiones y fracasos — y en la que el equipo Navarro Rubio-Ullastres consiguió plenamente colocar a nuestra economía en las puertas del desarrollo.

El segundo período correspondería a ese desarrollo, en principio algo más que espectacular, superando en sus índices de expansión todo lo previsto, colocándose en el segundo lugar mundial tras el Japón. Luego la situación fue degradándose, los oropeles del desarrollo, del «boom» expansivo se trocaron en atonía en diversos sectores, proceso inflacionario, disparo de los precios y desaceleración del ritmo expansivo. Ello merced a que ese desarrollo no estaba sustentado en bases firmes. Los soportes estructurales de nuestro montaje económico

Un pleito siempre vigente



EL CRISTO DEFENESTRADO

No es aconsejable ni en la mesa ni en el periodismo servir ciertos manjares excesivamente calientes, aunque, por supuesto, tampoco fríos. De aquí que, deliberadamente, haya dejado transcurrir unos meses desde el aireado suceso del Cristo de la Universitaria de Madrid, para comentarlo; es decir, lo suficientemente a tiempo para que no haya perdido vigencia —estas implicaciones político-religiosas, por otra parte, siempre están de actualidad en el país— y lo suficientemente distante para que las pasiones se hayan aquietado. Y puesto que mi objetivo no es echar leña al fuego sino intentar clarificar el ambiente hosco y enrarecido en que nos hallamos inmersos, me ha parecido prudente aguardar a las vacaciones estivales para redactar estas líneas.

Ante todo, un hecho hay cierto: un crucifijo salió por una ventana durante los incidentes registrados hace unos meses en la Universidad de Madrid. La cosa, en sí, para un espíritu religioso es lamentable, pero para un espíritu religioso medianamente sensible resulta aún más lamentable la proyección dada al suceso. Porque a la vista de los hechos caben tres posibilidades: Que el Cristo no fuese lanzado por un universitario sino por persona interesada en atribuir el lanzamiento a un universitario (a este respecto, tengo entendido que nadie puso mayor empeño en identificar al autor del hecho que los propios estudiantes). Que el crucifijo fuera arrojado por un universitario en plena ofuscación y sin reparar en el objeto que lanzaba, y, por último, que la defenestración fuese efectivamente sacrilega, esto es, perpetrada con pleno conocimiento de causa y, por añadidura, por un universitario. Huelga decir que en el segundo caso no existió sacrilegio y sí en los otros dos, en los que procedía un desagravio a Cristo en el último caso y dos desagravios en el primero: uno a Cristo y el otro a la Universidad. Mas, en cualquier caso, los desagravios religiosos, si pretendían ser verdaderos desagravios, debieron realizarse en un acto íntimo, un acto interior, de la misma manera que los cristianos suelen realizarlos ante los actos sacrilegos de que la prensa nos informa a diario y que nada tienen que ver con la política ni con la Universidad. Sin embargo, el desagravio en el caso del Cristo de la Universidad se revistió de una solemnidad y de un aparato publicitario totalmente encontrado con su supuesta finalidad. ¿Por qué?

Hace pocas fechas, el gobernador de una provincia española prohibía un funeral por entender que ocultaba una disculpa para provocar manifestaciones de carácter político. Posiblemente este gobernador no iba descaminado, pero si los hombres que nos administran piensan así, ¿por qué no ya tolerar, sino informar y propagar el famoso desagravio del Cristo de la Universitaria? ¿Es que éste no recataba, en su trasfondo, un claro alcance político que desbordaba ampliamente lo religioso?

Sin meternos en mayores honduras, los españoles estamos ávidos de consecuencia y juego limpio. Y la realidad es que en nuestro país se está utilizando con demasiada frecuencia la ley del embudo y en esta efervescencia política, más o menos soterrada, en que nos movemos, se pretende utilizar la religión —poderosa palanca todavía en nuestro país— como instrumento de persuasión; de atracción de la opinión pública. Nada importa, ya lo sé, que yo dude mucho de las convicciones religiosas de quienes esto hacen, puesto que a quienes esto hacen lo único que les interesa es la rentabilidad de su conducta. Y en el caso del crucifijo defenestrado y del subsiguiente desagravio, no ofrece duda, el objetivo: persuadirnos de algo que anda, afortunadamente, muy lejos de ser cierto; a saber, que los estudiantes descontentos son sacrilegos. Tal supuesto, habida cuenta de que el español, por definición, aunque sumariamente, es un hombre religioso, lleva aparejada otra finalidad muy concreta: atraer al pueblo a nuestro lado; ganarnos al neutral.

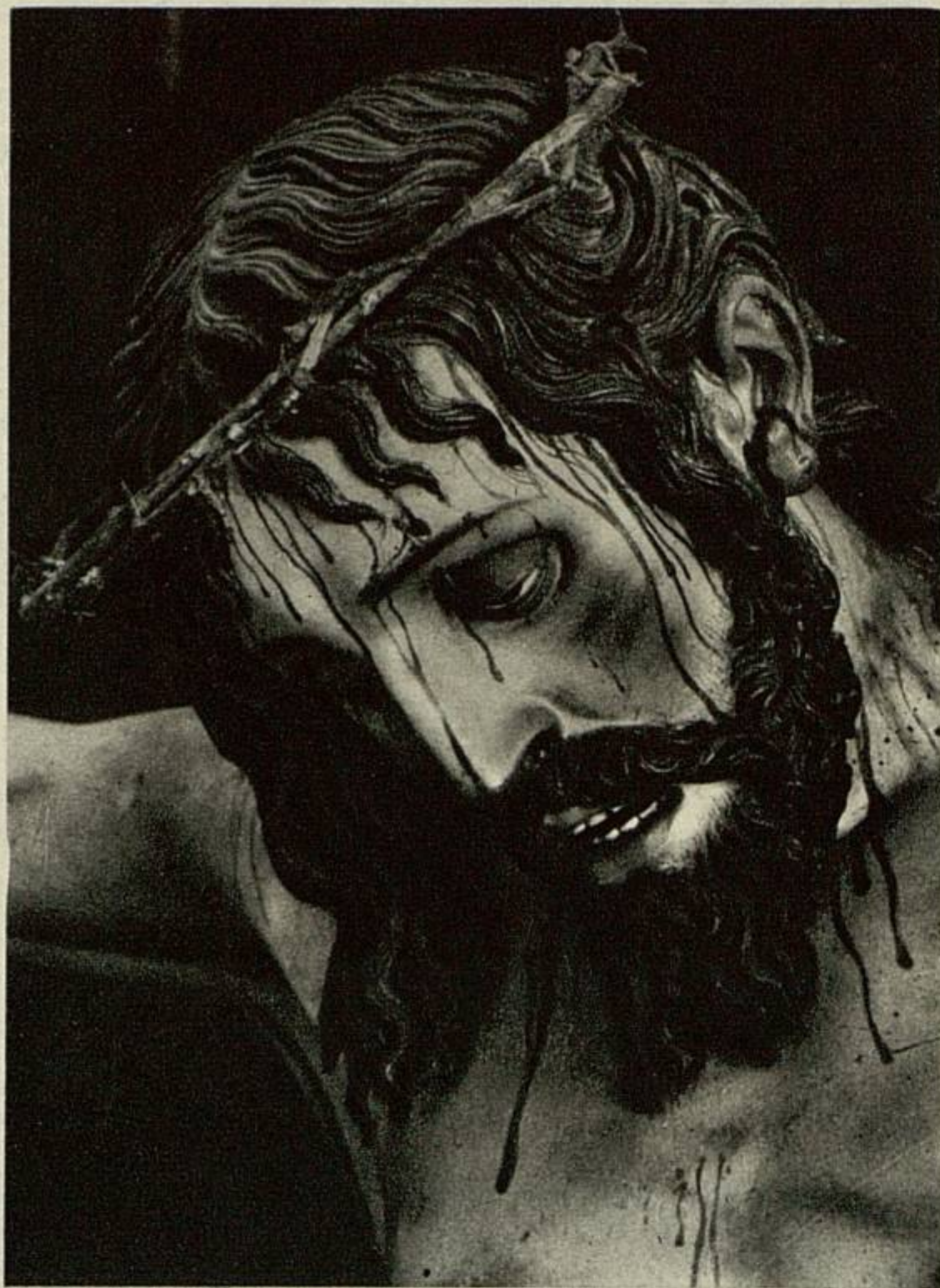
La táctica es tan vieja como el mundo y, como otras muchas falacias, totalmente desacreditada en nuestro tiempo. Desde que se armó la primera marimorena, el principal empeño de los beligerantes —antes aún que ocuparle terreno y ganarle batallas al enemigo— consistió en atraerse a la opinión pública. El «ustedes empezaron» y el «ellos asesinan a mujeres y niños y bombardean poblaciones indefensas» han sido las viejas cantinelas en que se nos ha educado tanto cuando fuimos parte en una guerra, como cuando asistimos a ellas en calidad de espectadores. Es claro que quien inicia una guerra, viola doncellas o bombardea poblaciones indefensas va a tropezarse con la repulsa de la opinión, de modo que como táctica psicológica lo importante no es que aquellas afirmaciones sean ciertas —siempre habrá en ellas un adarme de verdad— sino que los neutrales se las crean. Tal actitud no es noble, y trasladada la táctica a los problemas universitarios —asunto si se quiere menos grave— no por ello resulta más excelsa. Y hasta tal punto considero importante esto, que desde estas líneas me atrevo a sugerir a los nuevos rectores de la vida universitaria, llenos a lo que se ve de celo y de buenas intenciones, que con los jóvenes esgriman antes que nada el arma de la sinceridad. El uso de ciertos subterfugios no nos ayudará ciertamente a edificar una nueva sociedad ni, por desconfado, a resolver los problemas estudiantiles.

—¿Y a qué ton saca usted ahora a colación este viejo pleito? ¿No será cierto eso de que a usted lo que le gusta es meterse en líos?

—Los líos no me agradan, créame. Pero puestos a elegir, prefiero buscarlos fuera que crearlos en mi conciencia. Cuando algo me rasca dentro o estallo, con todos los riesgos que esto trae consigo, o me reconcomo. Usted me comprende, ¿no?

—Allá usted; a mí que me registren.

Miguel Delibes



«EL CRISTO DE LA LUZ». GREGORIO FERNANDEZ EXPRESA CON PATÉTICO REALISMO LA AGONIA DEL SEÑOR EN ESTA BELLA IMAGEN, QUE SE VENERA EN LA CAPILLA UNIVERSITARIA DEL COLEGIO MAYOR DE SANTA CRUZ.

SEMANA SANTA EN VALLADOLID



Por MIGUEL DELIBES

PARA facilitar las cosas, empecemos por decir que Valladolid, aunque a algunos les asombre, es una ciudad importante. Importante con esa importancia sería que dan las cosas fundamentales: Historia, Religión, Economía, Arte. Puede que, en su forma, Valladolid no sea espectacular y ni aun siquiera importante; mas, a la hora de definir la estructura de España o de buscarle sus esencias, toparemos ineluctablemente con la vieja ciudad castellana vivificando las raíces y regulando el pulso de la nación. Por ejemplo, Valladolid cuenta con una hermosa Semana Santa y un Museo Nacional de Escultura incomparable, y si el turismo internacional ha necesitado siglos para advertirlo, ello no demuestra otra cosa sino que el turismo se mueve un poco a impulsos ciegos y elementales, carece a menudo de una experta y eficiente orientación.

En cuanto a lo que hay y no hay en nuestra Semana Santa, ya es cuestión más compleja y engorrosa. Un andaluz amigo mío me dijo en 1947: «Desengáñate, esto no tiene color.» Y yo no creo que todos los andaluces piensen lo mismo, pero sí me explico en cierto modo que, para un hombre del Sur, nuestra Semana Santa no tenga color. Hay que haberse asomado a Sevilla para comprender que el hombre del Sur, en general, necesita de la luz y la estridencia como del agua el pez. No es defecto eso, sino una manera de ser, como es una manera de ser nuestra proverbial llaneza y sobriedad. Yo estimo que de todo necesita el mundo; pero si hay momentos en la vida en que el silencio vibra activado por el ardor de la fe y la devoción, la Semana Santa vallisoletana es uno de ellos, tal vez el primero de ellos. Todo es cuestión de medio, y hay que reconocer que en Valladolid la «saeta» no se aclimata.



LA SOBRIEDAD DE LA SEMANA SANTA VALLISOLETANA SE REFLEJA EN ESTA FOTOGRAFIA, TOMADA DURANTE LA PROCESION DEL SANTO ENTIERRO EN LA NOCHE DEL VIERNES SANTO. NO CABEN AQUI LAS PIADOSAS ESTRIDENCIAS DE OTRAS GEOGRAFÍAS NI EL SUPERFLUO ADORNO DE VIRGENES Y CRISTOS. VALLADOLID PASEA SU ARTE AL DESNUDO, COMO PODEMOS COMPROBAR EN EL ADJUNTO GRABADO: UN MARAVILLOSO CRISTO DE JUNI —DEL CONVENTO DE LAS CATALINAS—, CORRESPONDIENTE A LA ÚLTIMA FASE DE SU RECIO Y SINCERO ESTILO.

Otra cosa es buscarle a un pueblo un común denominador. El español es una mezcla explosiva de razas, individualista y, a menudo, contradictorio; no es sencillo verdaderamente hallar dos españoles que piensen de la misma manera. Por eso sorprende la rara y entusiasta unanimidad de los vallisoletanos ante su Semana Mayor. Unanimidad no creada por una colectiva conciencia artística, sino más bien por una colectiva conciencia religiosa, en la que coinciden, pongo por caso, los más extremos criterios políticos o sociales. Toda barrera desaparece aquí en tan grande ocasión, y Castilla es un bloque aglutinado y sin fisuras, una única entidad corpórea y un solo y sólido espíritu religioso. Y aun en los años de más esquinada pugna políticosocial, la Semana Santa siguió agrupando a los vallisoletanos, y la supresión de las manifestaciones externas, que en otras partes procedió de abajo arriba, en Valladolid procedió de arriba abajo y la disposición prohibitiva topó con una unánime y vehemente repulsa popular. Si de cualificar, pues, la Semana Santa vallisoletana se trata,

ya tenemos sus tres principales matices definidores: sobriedad, popularidad y recogimiento.

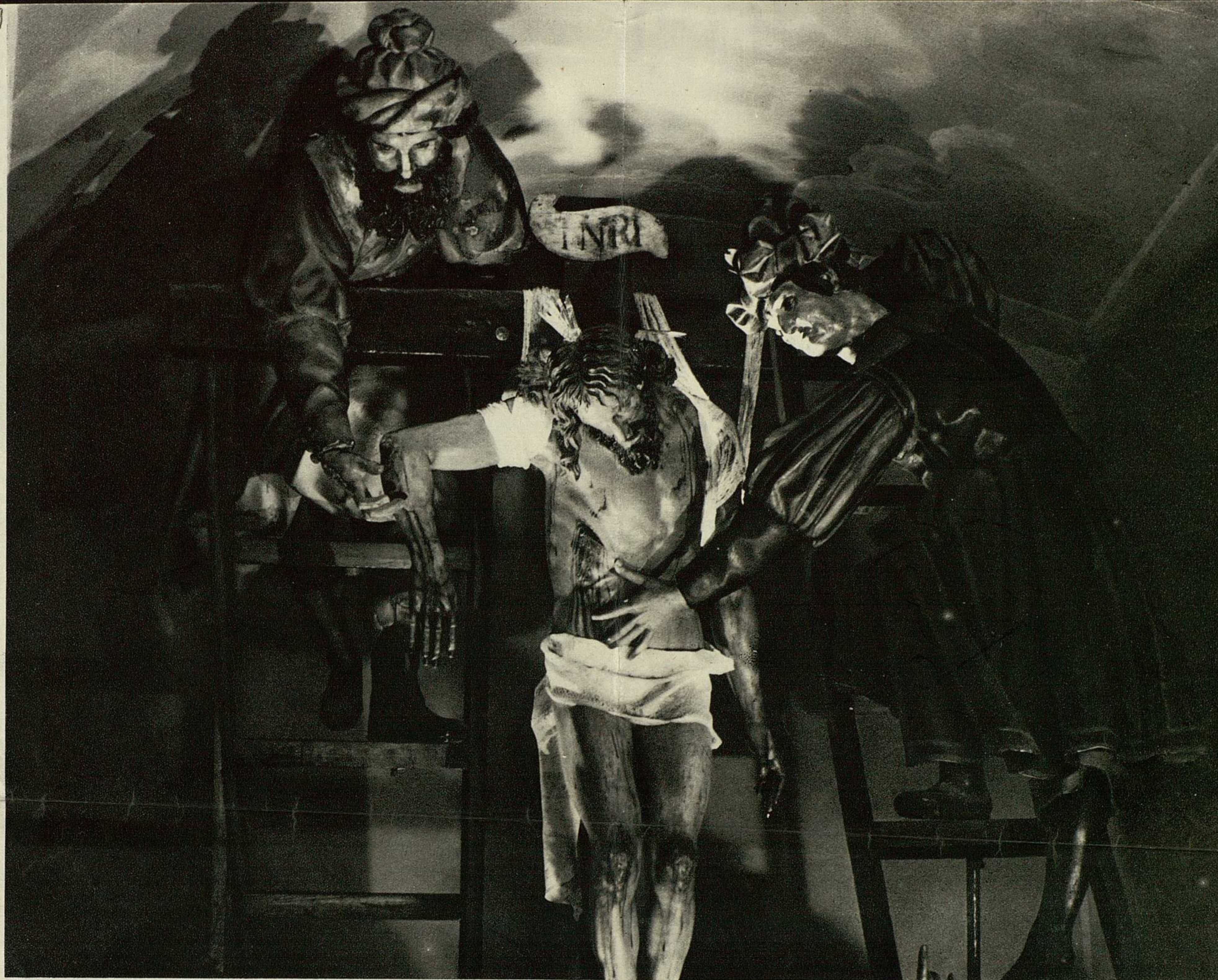
Claro que hay más, y en cierto sentido sería cosa de investigar si fué el entusiasmo religioso castellano quien movió a los Gregorio Fernández, Juni, De la Maza, a crear sus portentosas tallas, o fueron éstas las que promovieron aquél. Quizá exista en todo esto una oculta y vivificante reciprocidad. En todo caso, los siglos se eslabonan antes que nada por los sentimientos, y en Castilla el sentimiento religioso es no sólo el sentimiento más puro, sino también el más arraigado. No tiene nada de extraño que Castilla vibre hoy ante las tallas de sus imagineros, ni tampoco que los imagineros presintiesen en sus pulsos, hace siglos, esta vibración. Existe en todo esto, entiendo yo, algo de esa misteriosa comunicación, no por imprecisa menos notoria, que da la continuidad de la fe.

De todos modos conviene hacer resaltar la parte activa que las imágenes toman en las manifestaciones religiosas de nuestra Semana Santa. Ellas constituyen el núcleo fundamental de atracción. Bien entendido que

MOMENTO CRUCIAL DE LA PROCESION DE LOS DOCENTES. «EL CRISTO DE LA LUZ», ANTE LA UNIVERSIDAD, RECIBE HOMENAJE DE DESAGRAVIO DE LA SCHOLA CANTORUM DEL SEMINARIO. AL FONDO, LA TORRE DE LA CATEDRAL.

IMAGEN CENTRAL DEL «PASO» «JESUS ATADO A LA COLUMNA», QUE SOBRESALE, POR SU VIGOROSA PLASTICA, COMO UNA DE LAS COMPOSICIONES MAS INTERESANTES QUE FIGURAN EN EL DESFILE DEL SANTO ENTIERRO.





la imagen tiene en Castilla un valor escueto y no precisa de aditamentos superfluos para despertar el fervor popular. A los castellanos les admira y sobrecoge la recomposición plástica y escalonada del drama del Gólgota. Ello exige en ciertos casos una agrupación de figuras, habitualmente dispersas, para formar los «pasos» procesionales, composiciones que se logran, en todo momento, buscando el contraste más elocuente entre la bondad suprema de Jesús y la perversidad ^{diabólica} de los sayones. Esta oposición inconciliable de buenos y malos, ostensible en el desfile de los «pasos», es, sin duda, lo que más directamente llega al pueblo y le conmueve. Merced a este contraste, adquieren también toda su grandeza y dignidad artística las Virgenes y Cristos.

A este respecto, no podemos dar de lado a las figuras señeras de Gregorio Fernández y Juan de Juni; la Semana Santa castellana no es concebible sin ellos. Prescindiendo del factor humano, nada desdeñable en su aliento religioso y su organización, los «pasos» de Fernández y Juni constituyen el elemento espectacular por excelencia. Es su plástica la que se impone, haciendo vibrar las almas en un trémulo sentimiento de desagravio. Ante un Cristo o una Virgen de Juni o de Gregorio Fernández, uno piensa si no sería el mismo Dios quien inspiró directamente a nuestros imagineros tallas tan sublimes y portentosas.

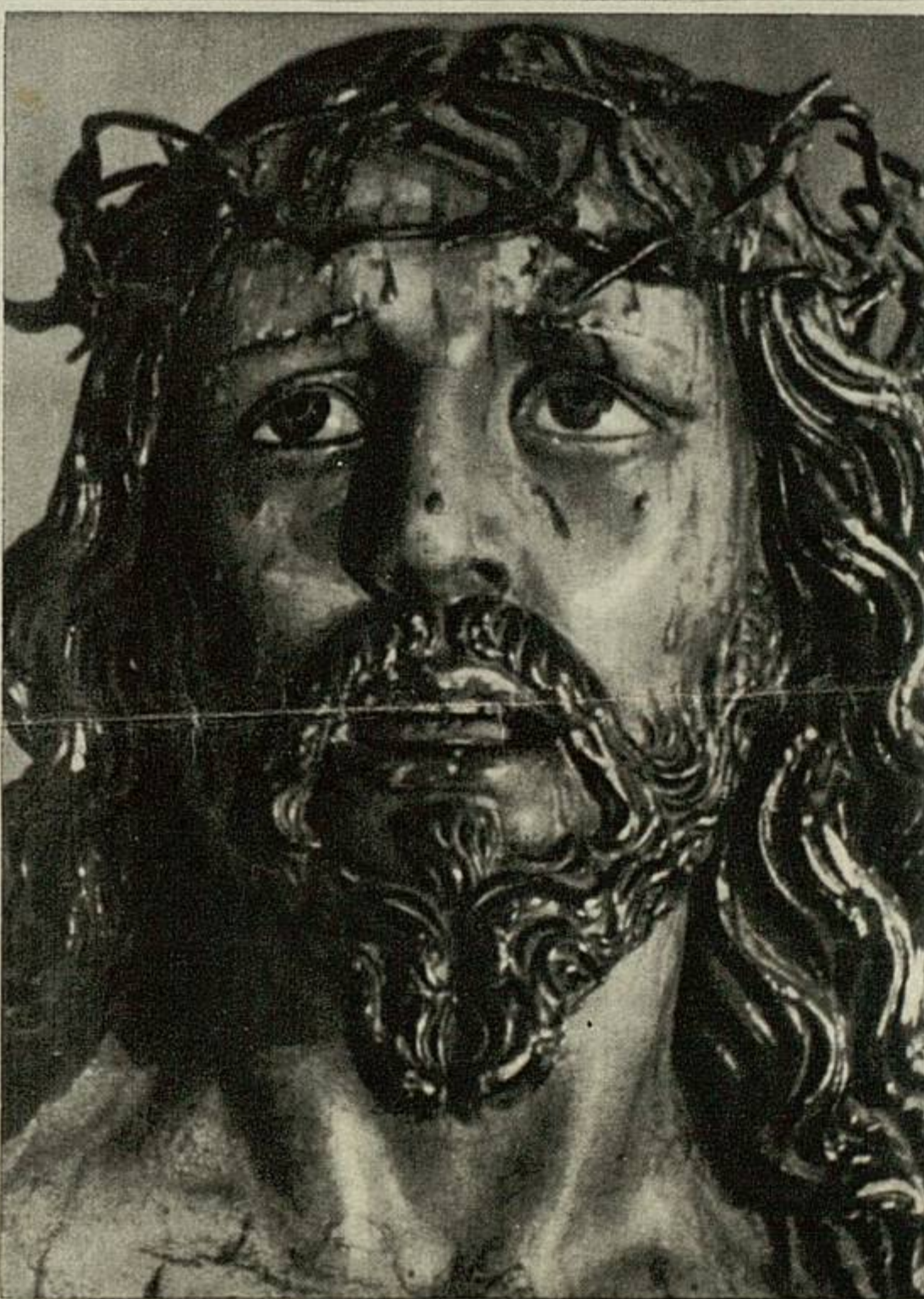
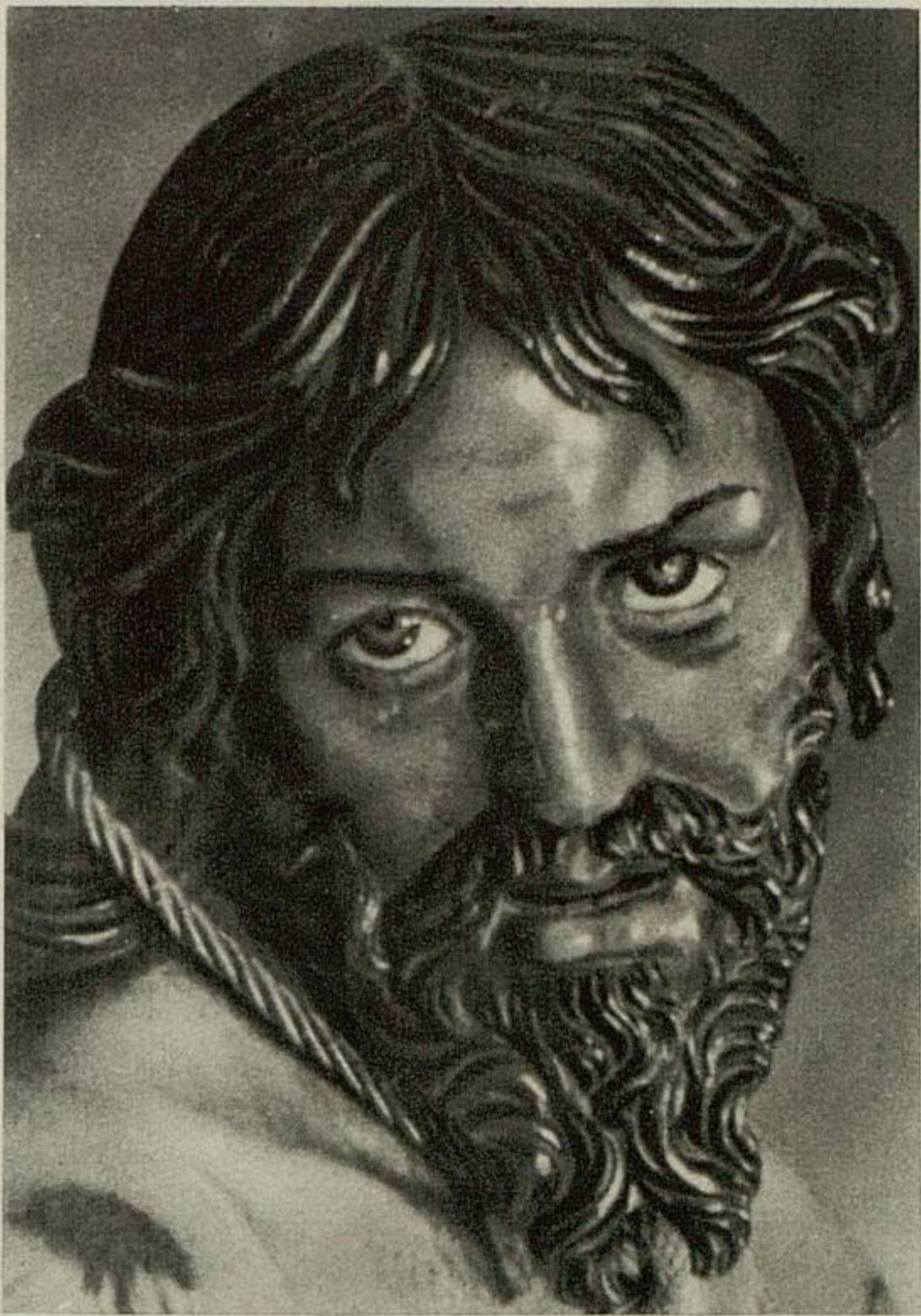
Se ha dicho que Valladolid, en Semana Santa, es un gigantesco templo. La metáfora es certera. Los hombres y mujeres de Valladolid viven esas fechas agrupados en Cofradías, y un sano y estimulante sentimiento de emulación hace que nuestra Semana Santa no sea un algo estancado y muerto, sino efervescente y progresivo. Cofradías que, como las de la Oración del Huerto, de los Artilleros, de la Sagrada Cena, de Jesús Nazareno, del Discípulo Amado, de la Exal-

DETALLE DEL «PASO» «EL DESCENDIMIENTO»—CONOCIDO VULGARMENTE CON EL NOMBRE DE «REVENTÓN»—, COMPUESTO POR SIETE COLOSALES FIGURAS, ENCAJADAS EN EL CONJUNTO CON UN DIESTRO Y ASOMBROSO EQUILIBRIO.

CABEZA DEL CRISTO YACENTE DE GREGORIO FERNÁNDEZ, QUE SE CONSERVA EN EL CONVENTO DE LAS CATALINAS. SE ADVIENE EN SU PATÉTICO ROSTRO EL SUFRIMIENTO, EN CONTRASTE CON LA SUAVIDAD DEL MODELADO.



MD



EL DOLOR DE CRISTO FUE PRODIGIOSAMENTE CAPTADO POR NUESTROS IMAGINEROS DEL SIGLO DE ORO. LAS DOS PRIMERAS CABEZAS SON DE GREGORIO FERNANDEZ. LA OTRA PERTENECE AL GRUPO ESCULTORICO DE JUNI.

LA SEMANA SANTA VALLISOLETANA SE INICIA CON ESTE BRILLANTE DESFILE DE LAS PALMAS, EN EL QUE PARTICIPAN MILLARES DE NIÑOS. INEFABLE ALDABONAZO DE LAS PROXIMAS JORNADAS DE AMARGURA Y DOLOR.

tación de la Cruz, de la Preciosa Sangre, de las Siete Palabras, del Desprendimiento, de la Piedad, de la Santa Vera Cruz, del Santo Sepulcro, de Nuestra Señora de las Angustias, jalonan la Pasión del Redentor y le acompañan en cada una de las fases específicas de su Calvario.

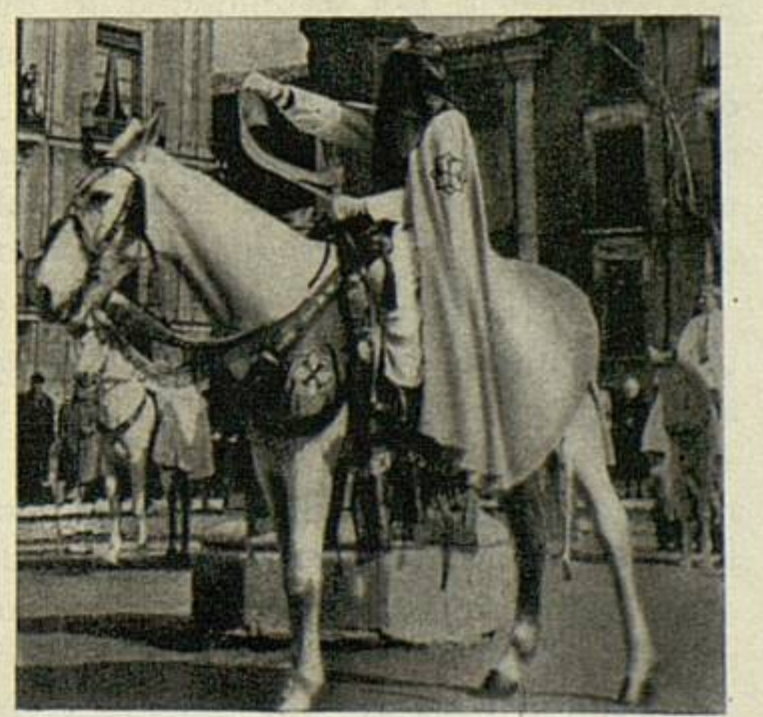
Por lo demás, entre el conmovedor desfile de las Palmas, del Domingo de Ramos, y la patética procesión de la Soledad en la madrugada del ~~Viernes Santo~~ ^{Sábado de Gloria}, Valladolid es un semillero de fe. Fe ostensible en la procesión del Santísimo Rosario del Dolor, en la procesión del Encuentro, en el Vía Crucis procesional, en la procesión de Caridad y Penitencia, en el desfile procesional de la Santísima Virgen de la Amargura, en la procesión del Cristo de la Luz—o de los Docentes—, en la procesión general de la Sagrada Pasión del Salvador o del Santo Entierro, y, por último, en ese grandioso acto del sermón de las Siete Palabras, en la plaza Mayor, de vagas reminiscencias medievales.

Analizando el fondo de las cosas, quizá se advierta una identidad insospechada en lo que se refiere a

las Semanas Santas de las diversas geografías peninsulares. Ello no es sorprendente, puesto que en lo sustancial coincidimos y las diferencias regionales radican en puntos accesorios, de mera matización.

En este sentido, Castilla se muestra como lo que es: sobria, lacónica y llana. La belleza de su Semana Santa, de sus procesiones, ha de buscarse, pues, en su sobriedad, su llaneza y su laconismo. Otra cosa sería una inconsecuencia, incompatible con nuestro temperamento.

HE AQUI EL PREGON QUE RECORRE LA CIUDAD ANUNCIANDO EL SERMON DE LAS SIETE PALABRAS EN LA MAÑANA DEL VIERNES SANTO.



COLABORACION

Periodismo de ayer y de hoy

No hace falta llegar a ser lo que con cierta sorna condescendiente llamaban los gacetilleros de antaño una persona proveccta para observar lo deleznable y efímero de toda actitud humana, la rapidez vertiginosa con que pasan las modas, los modos y las costumbres. Esto, que ya no sorprende cuando se trata de manifestaciones más o menos frívolas como el sombrero femenino o la línea del automóvil, no deja de causar en el ánimo de las personas sensibles una suerte de desencanto y hastío, cuando afecta a cosas que, tal vez un poco vanidosamente, consideramos serias y fundamentales.

Concretamente en lo que se refiere al periodismo podemos asegurar que la técnica o el arte del oficio ha dado un viraje radical en los últimos cincuenta años. El redactor de sucesos de hace medio siglo no se sentiría hoy tan desplazado en ninguna parte como en la mesa de redacción de un periódico y a la inversa. Esto equivale a decir que nada hay tan diferente al periodismo de ayer como el periodismo de hoy y que los progresos en los medios informativos han dado al traste con aquel hermoso oficio, hermoso y hasta cierto punto creador, de los hinchadores de telegramas.

Hace 50 años las mesas de redacción estaban encargadas de llenar las planas de un periódico con docena y media de escuetos telegramas, razón por la cual la plantilla de los periódicos se componía de personas cuya cualidad esencial era algo así como una suerte de automatismo imaginativo. Era aquél un arte que ha pasado a la historia y que no andaba lejos del arte del actual fabulador. El corresponsal madrileño facilitaba un argumento esquemático al que el redactor provinciano había de añadir ambiente, circunstancias y escapés laterales. En una palabra, la labor del periodista de antaño consistía en hinchar y en adobar noticias. Las columnas de un periódico resultaban demasiado largas y había que arreglárselas para llenarlas sustanciosamente. No hay que decir que la fantasía, la Enciclopedia Espasa y la Geografía del Instituto Gallach, constituían unos auxiliares inestimables en las mesas de redacción.

Pero como todas las cosas, y aun en grado más agudo que las demás cosas, el periodismo ha ido dando la vuelta de una manera insensible y hoy nos encontramos con que los corresponsales, los teletipos, el teléfono y la radio unido a la escasez y carestía del papel, hacen las columnas de los periódicos insuficientes y el periodista en lugar de hinchar y adobar debe aprender a deshinchar, a podar la abrumadora información diaria de ambiente, circunstancias y escapés laterales. El periodismo del día es sinónimo de sobriedad y a mayor número de noticias corresponde menor lujo de pormenores. La Enciclopedia Espasa y la Geografía del Instituto Gallach duermen, en consecuencia, su polvoriento sueño en las estanterías, mientras el redactor extracta las informaciones, descarna la noticias hasta dejarlas reducidas a un puro, aunque bien articulado, esqueleto. El periodismo provinciano ha dado un viraje de 180 grados; el procedimiento, el arte del periodista de hoy es inverso al periodista de ayer. Antaño había que transformar el rígido telegrama que llegaba de Madrid en frondosa literatura, en noticia pormenorizada; hogaño, la frondosa literatura, la noticia pormenorizada que arriba de Madrid hay que convertirla en rígido telegrama.

He aquí una manifestación más de la despótica dictadura de la época; de la dictadura del vértigo y el apremio, siquiera hoy como ayer, las mesas de redacción continúen siendo un auténtico laboratorio de taumaturgos que hinchan, o deshinchán de acuerdo con las exigencias del tiempo y de los lectores.

CRONICAS, R

COLABORACION

CAMPEON DE TAQUILLAS

Como discreto aficionado al fútbol, como uno de esos aficionados modestos que superan el «hinchismo» desaforado y estridente una vez alcanzada la adolescencia, he sentido una profunda satisfacción deportiva con el tercer triunfo consecutivo del Real Madrid en la Copa de Europa. Las victorias del equipo madrileño han reverdecido los laureles del fútbol español tan a punto de agostarse después de las torpes exhibiciones del conjunto nacional por esos campos de Dios. Este hecho me ha llevado a pensar si no sería más eficaz para el deporte balompédico-español echar mano a cada momento del equipo de club más en forma, con un par de interpolaciones a lo sumo, para representar a España en cualquier choque internacional. Esta decisión, supongo yo, nos colocaría a cubierto de todo ensañamiento en el caso de un revés y aumentaría nuestro mérito en el caso de un triunfo.

Mas a lo que iba, el partido de Bruselas me hizo vibrar de admiración y entusiasmo, al escuchar por la radio, cómo por dos veces el Real Madrid remontaba un tanteo adverso para acabar derrotando a un conjunto de méritos similares. Esto quiere decir que el Real Madrid ha logrado conjugar un grupo muy diestro y eficaz en eso de propinar patatas a un balón; el grupo más diestro y eficaz de Europa si juzgamos, como debe hacerse, por los tanteos parciales y por el tres a dos definitivo.

Ahora bien, tras el triunfo me llegan los rumores de que el Real Madrid, en un impulso exaltado de euforia económica y con la pretensión de dar carácter vitalicio a su título bien ganado, no se apresta a reforzar su cuadro con savia nueva sacada de sus propios viveros, sino que pretende incorporar al club dos figuras de relieve mundial a costa de un buen puñado de millones de pesetas. En una palabra, el flamante campeón de Europa pretende eliminar de sus filas los Pérez y los Rodríguez para injertar «kas» y «uves dobles» a todo pasto. De este modo el Real Madrid asegurará su posición no sólo fortaleciendo su cuadro, sino debilitando los ajenos, aquellos a quienes va a privar de sus «kas» y sus «uves dobles» a partir de la próxima temporada.

A mi entender, esta actitud ha venido a empequeñecer la brava proeza del once madrileño. Esta actitud no supone desprendimiento, ni espíritu deportivo, sino tan sólo potencialidad económica. Y esto en el deporte, me parece a mí, no debe contar o debe contar muy poco. Como español me duelen los comentarios que presiento. En las capitales europeas no se dirá ya que un equipo de fútbol español es el más diestro en el arte de patear una pelota, sino el más poderoso en recursos financieros. Un equipo cuajado de «kas» y «uves dobles» y «eses líquidas» no puede representar, me parece a mí, en ninguna parte, al balompié nacional.

Yo me temo que, por este camino, el Real Madrid acabará demostrando solamente que su club es el campeón europeo de taquillas, pero nada más; es decir, que los verdaderos campeones son los espectadores españoles, o si se quiere madrileños, que se rascan el bolso con mayor facilidad que los espectadores del resto de Europa.

Esto es muy triste y quienes creemos aún que el profesionalismo no destruyó totalmente el deporte, no podemos por menos de clamar contra esta lamentable orientación de nuestro fútbol. Estos millones podrían ser muy útiles, a mi juicio, para formar a las nuevas promociones, para desarrollar la cantera futbolística de Vallecas y otros barrios madrileños, pongo por caso, incluso para acabar de poner a punto y en disposición de alcanzar categoría de fenómenos a los muchachitos de Baracaldo y Ondárroa que esperan, pacientemente, su oportunidad. Todo menos adulterar ahora una limpia trayectoria, cuyo último eslabón ha sido Bruselas, para que los aficionados europeos en lugar de hacerse lenguas de fútbol español, puedan recibir en lo sucesivo los triunfos guas del fútbol español, puedan recibir en lo sucesivo los triunfos drán!»

H2

MARTES 11 SEPTIEMBRE 195

COLABORACION



LA COMPETENCIA

Una noticia de León habla de una general renovación de las fachadas de los comercios y establecimientos públicos de la ciudad, y aclara que el fenómeno no es debido, como podra suponerse, a un movimiento de euforia mercantil, sino a la competencia. Glosar en estas líneas la tan cacareada crisis comercial no es asunto que me incumba, si bien no deja de ser significativo el hecho de que a un buen año agrícola haya correspondido un mal año mercantil. El fenómeno no deja de ser infrecuente, mejor diría insólito, y uno no puede menos de pensar que nuestros campesinos han terminado por aceptar el ahorro como una virtud.

En nuestro país, la competencia se ha exacerbado en los últimos años. La competencia es un hecho en todas las actividades del hombre y si bien en principio este sentimiento de emulación puede rendir positivos frutos ayudándonos a distinguir lo mejor de lo bueno, no deja de ser inquietante cuando quien compite no trata de prosperar, sino simplemente de sobrevivir. Dentro de una jerarquización de valores la competencia es buena, ya que quien no sirve para lo más, sirve de ordinario para lo menos. Merced a la competencia establecemos una gradación de posibilidades de forma que el mecanismo social está siempre ajustado y en su punto. Lo malo es cuando la oferta, en cualquier aspecto, queda muy por bajo de la demanda, supuesto que en ese caso la competencia se convierte en una feroz lucha a vida o muerte. En ocasiones en que veo ofertas de trabajo de cuarenta y sesenta duros mensuales o que un muchacho con matrículas de honor en cinco años de bachillerato no es aceptado para «botones» de un Banco porque hay otro aspirante con mayores méritos, pienso que la competencia ha entrado en nuestro país en un difícil terreno, o siquiera que la orientación de la juventud no es todo lo práctica que requiere nuestro tiempo. Cuando los últimos pierden pie y se hunden, sean hombres o establecimientos, algo no marcha en el mecanismo económico-social como debiera.

Se aducirá que siempre la competencia constituyó una criba de la que salvaron los mejores, los más hábiles o los más poderosos. Esto que hasta cierto punto es cierto en lo que se refiere a la vida mercantil, no podemos admitirlo en el campo intelectual, máxime cuando la penuria de cargos es tan acusada que hoy día sobran buenas cabezas para cargos mediocres y aun para cargos malos. Esto quiere decir que las cabezas mediocres y las cabezas malas, que no las malas cabezas, no encuentran sitio en la sociedad actual y se ven obligadas a sucumbir.

La competencia ha llegado a ser en nuestro tiempo total y extremosa. La competencia no respeta nada, mas no se trata en este caso repetimos, de una cuestión de supremacía sino de una cuestión de supervivencia. El fenómeno bien merece ser considerado con atención.

MIGUEL DELIBES

El Norte

SABADO 5 DE OCTUBRE DE 195



COLABORACION

La falta de curiosidad

Llevamos unos años tratando de dar al país un espolazo que le arranque de su secular trotecillo apagado. Se han puésto en juego numerosos resortes sin que ninguno, que yo sepa, aborde de frente la cuestión. Nuestro país adolece de una pereza mental exacerbada por una notable falta de curiosidad. A nadie le interesa nada fuera de lo que conoce que, de ordinario, es muy poco. A menos conocimientos, menos curiosidad.

Es muy posible que esta absoluta falta de curiosidad por las cosas venga dictada por el escepticismo que despierta una prolongada etapa de vida mediocre y sin horizontes. En tiempos de nuestras abuelas era frecuente escuchar consejos como éste, tratando de estimular a la chica de servicio que se iniciaba en sus labores:

—Trabaja, hija; afina tus modales, esmérate, y, a la vuelta de diez años, podrás llegar a ser una buena cocinera.

Ante estas perspectivas no es fácil que nadie se encandile. Con los escalafones acontece algo semejante. El escalafón viene a decir, más o menos:

—Paciencia, muchacho. Aguarda a que desaparezcan cincuenta funcionarios de los que te preceden, trabaja con tesón y entusiasmo y, dentro de veinte años, ganarás cuarenta duros más de los que ganas.

Conclusión: el trabajo no rinde; la curiosidad por ampliar nuestros conocimientos desaparece automáticamente.

En los países prósperos no se desdeñan los menesteres humildes tal vez porque las más grandes figuras de su historia contemporánea empezaron vendiendo periódicos o lustrando zapatos. En nuestro país resulta arriesgado buscar una colocación provisional; pronto se hace rodera y todos sabemos que para salir de una rodera hace falta algo más que buen deseo. Tratar de hacerlo sin una cierta habilidad es hacer oposiciones al batacazo.

En nuestra vieja piel de toro, la rutina, la carencia de fe en la propia redención, ha matado la curiosidad. Una amiga mía llevó a un puerto de mar a su sirvienta de tierra adentro, una muchacha sin otra experiencia viajera que el teso y el río que se dominan desde la torre de la iglesia de su pueblo. Pues bien, la muchacha tardó cinco días en asomarse a la playa y, cuando lo hizo, casi a la fuerza, todo lo que se la ocurrió preguntar —y ya es algo— es si ese agua, no se salía nunca.

Proporcionalmente con nuestros grandes ricos, con nuestros ricos sórdidos y tradicionales, acontece otro tanto. Hoy que al rico se le ofrecen a cada paso oportunidades de asomarse al mundo, él no pone de su parte nada porque no siente curiosidad por conocer otras gentes ni otros horizontes. A lo sumo, nuestros proverbiales ricos, en un gesto dispendioso, se llegan a Toledo o a las cuevas de Altamira, pero de ahí no pasan. Con frecuencia, los escritores y caricaturistas del país afilamos nuestras plumas para ironizar a costa del nuevo rico, del improvisado de la fortuna, cuando, puestos en lo justo, el nuevo rico le da ciento y raya al viejo rico, al rico sórdido y tradicional, en punto al arte de gastarse veinte duros con salero. «Con lo que sé me ha ido muy bien», suele oírse a las mujeres de cierta edad. Y a lo mejor tienen razón. A lo mejor todo eso del progreso y la cultura no es más que un espejismo.

Se ha dicho que nuestra época se distingue por la crisis del diálogo. No sólo han desaparecido las tertulias de los antiguos salones, sino hasta los clásicos cafés de divanes de peluche. Para lo que hoy tenemos que desirnos sobra con las ortopédicas banquetas de las cafeterías. Mas esta crisis del diálogo es una consecuencia más de nuestra notoria falta de curiosidad por los problemas ajenos. A poco observador que se sea, se advertirá que los hombres y mujeres que llamamos «con conversación» son los menos aptos para el diálogo. Puestos a ello, se limitarán a dar vueltas en torno a sus problemas particulares. Son aburridos monologistas; jamás escuchan la réplica. Y es que los problemas ajenos no les interesan; falta curiosidad por las cosas.

Hoy se trata de despertar al país de su tradicional abulia poniendo en juego nuevas leyes y dictando disposiciones más o menos revolucionarias. La lucha —nunca se dijo mayor verdad, puesto que el analfabeto suele defender su ignorancia con el mayor tesón— contra el analfabetismo alcanza auténticos caracteres épicos. ¿Y qué? Yo entiendo que enseñar a leer al que no sabe representa un esfuerzo estéril si aquél no lo hace conscientemente, movido por el anhelo de conseguir un acceso al periódico o al libro, es decir por satisfacer su propia curiosidad. Hay que provocar ésta, no tratando de desengañar —tarea inútil— a la oronda señora que afirma que con lo que sabe la ha ido muy bien, sino haciéndola ver que sabiendo un poco más podría seguramente haberla ido mucho mejor.

MIGUEL DELIBES

COLABORACION

La sensibilidad creadora



La Unesco reproducía hace pocas semanas en su publicación periódica «El Correo» unas pinturas y dibujos de escritores famosos de ayer y de hoy. Para los que creen en una estricta diferenciación del arte, en un arte de compartimientos estancos, incommunicados entre sí, la referida publicación constituirá una sorpresa. Por contra, para aquellos que estamos convencidos de que la sensibilidad creadora es una sola, susceptible de manifestarse en muy diversos sentidos, este número de «El Correo» no representa otra cosa que una confirmación de valor excepcional, dados no sólo el número sino también la calidad de los escritores cuyos dibujos se insertan.

Yo recuerdo que en la iniciación de mi carrera periodística tropecé un día con la necesidad de hacer una crítica teatral. Era la primera vez que me enfrentaba con semejante quehacer y así se lo comuniqué al entonces director, don Francisco de Cossío. Cossío me dijo: «Eso no importa nada. Si has hecho crítica de libros y de películas, sabrás hacerla de una comedia. Es cuestión de sensibilidad y la sensibilidad solamente es una».

En efecto, con los años he constatado esta verdad elemental. Para saber si una obra de arte es buena o mala, la erudición es un lujo inservible. Si se tiene la sensibilidad despierta, y afinada la facultad de discriminación, apenas hay riesgo de equivocarse. Otra cosa es efectuar una crítica de altura, encajar la obra de arte, filiarla, para lo cual se precisan conocimientos e incluso, en ocasiones, resulta muy socorrida la erudición.

En el aspecto creador puede afirmarse, asimismo, que la sensibilidad es una sola, «El Correo», de la Unesco, que tengo sobre mi mesa, me lo confirma. Yo pienso, a la vista de estos diseños, que si se quiere algún día fijar las fronteras del mundo de Hesse o Gogol, Andersen o Tagore, sus cuadros y dibujos servirían aún mejor que sus libros para determinar ciertos contornos e iluminar algunas zonas penumbrosas. Es muy probable que remontándonos a la infancia de estos hombres, encontrásemos que su dedicación a las letras, la concreción de su innato talento artístico en la literatura, se debiera a una circunstancia trivial. Es decir, que lo mismo que fueron gigantes escritores pudieron llegar a ser preclaros pintores o excelentes músicos. Su sensibilidad sutil y afilada estaba abierta a los cuatro vientos. Lo demás fué oficio. La vida es demasiado breve para desarrollar todas las facultades insitas en nosotros. En el Renacimiento, donde los días, sin duda, eran más largos, el polifacetismo artístico fué una cosa natural. Rafael Alberti, que en la Argentina de Perón encontraba dificultades para publicar sus poemas, ha vivido varios años pintando biombos.

El artista verdad dispone de un mundo personal, insobornable; su único problema —y no baladí—, reside en la elección de voz. Esta elección, por otra parte, no supone castración del resto de sus facultades, sino embotamiento, que sólo el correr de la vida, decidirá si es provisional o definitivo. Al artista siempre le será factible derivar, iniciar un nuevo camino, poner en juego otros recursos expresivos. Lo único imposible será reducirle al silencio cuando verdaderamente tiene algo que decir.

Este número de «El Correo» me sumerge, asimismo, en el angustioso problema de la limitación del artista que, con frecuencia, se siente impotente para contemplar la exposición de su mundo. Todos los grandes genios sufrieron de esta limitación, si quiera el lector o el espectador rara vez lo sospechen. En estos esfuerzos de Tolstoi, de Lorca, de Cocteau, de Víctor Hugo, de Leví, con la plumilla no es difícil adivinar un ansia de perfección, de ir más allá, de añadir un nuevo matiz, de apurar un poco más una idea. La palabra ya no alcanza donde ellos pretendían llegar y entonces echan mano del pincel, de la misma manera que Solana, incapaz de aprisionar más alma de Castilla con sus pinceles, trataba de completarse con la pluma.

Es éste un fenómeno común. El artista, para serlo de verdad, ha de ser integral, por los cuatro costados. No hablemos de pintores, escultores, músicos o poetas, sino de artistas, es decir, de seres con un mundo propio para cuya exposición puede servirse de los más variados instrumentos. Este número de «El Correo» de la Unesco es, en suma, al tiempo que un claro exponente de la insatisfacción del genio, un testimonio fidedigno de la dura, implacable limitación humana.

DOMINGO 24 DE NOVIEMBRE 195

COLABORACION



La calefacción y el rigor

Socialmente hablando los españoles somos poco rigoristas. En general nos mostramos demasiado amplios; nos sale todo por una friolera. La puntualidad es una virtud muy poco estimada en el país. De ordinario el español considera al individuo puntual con una suerte de conmiseración despectiva; algo así como los jóvenes de hoy suelen mirar al hombre ahorrador de todos los tiempos; es decir, como un fenómeno anómalo, fuera del curso razonable de las cosas.

En otra ocasión hablé de la improvisación. La improvisación suele tener muy mala prensa, pero lo cierto es que a la improvisación debemos los españoles nuestros mejores éxitos. Cuando a los españoles se nos ha querido meter en cintura, imponernos una determinada disciplina corporal o espiritual, el tiro, a la larga, ha salido por la culata. Es algo así como si pretendiéramos alejar a una rana de su charca con el pretexto de que al conejo el secano le va muy bien. Cada hombre precisa un medio para desenvolverse; en otro podrá vivir, pero posiblemente no consiga desplegar en él todas sus facultades.

Teniendo esto en cuenta resulta sorprendente la inflexibilidad que se observa en el país con respecto al calor artificial, es decir a las épocas, escrupulosamente calculadas, en que deben encenderse las calefacciones. Al parecer, lo único puntual en España, con los entierros, es el frío. El frío parece ser que dispone de un margen oficial que va de noviembre a abril y el hecho de que nieve en octubre o de que maduren las cerezas en el mes de marzo no altera para nada nuestras costumbres. Este fenómeno me llama la atención todos los años. En el cine o en la Universidad, en el café o en el Ministerio, si usted es capaz de alegar cierta destemplanza o aludir al clima inhóspito del local, le arguirán que aún es octubre y que la calefacción no se enciende hasta noviembre, porque hasta noviembre «no hace frío». Por la otra punta le acontecerá lo mismo solo que al revés.

En suma, en el país la disciplina más estricta y rigurosa se reserva para la caldera de calefacción. Es una de las cosas para la que no existe la vista gorda, la posibilidad de improvisar. Su actividad está prevista, trazada de antemano y a ella se sujetan los calefactores con honestidad digna de mejor causa. El frío real no manda; manda el calendario aun cuando todos sabemos que el calendario nos juega con frecuencia malas pasadas.

Es evidente que las cosas irían mejor si se incrementase el rigor en ciertos aspectos y se atenuase en otros varios. Buscar el punto medio para todo representaría, casi, casi, la felicidad. Por de pronto al sugerir que se debiliten ciertos rigores y se refuercen otros damos por supuesto que con los actuales mantenedores del rigor de que hoy disponemos hay suficientes. Es decir, que las cosas podrían arreglarse sin necesidad de montar nuevas oficinas ni de alumbrar nueva burocracia. Simplemente quitando de aquí y poniendo allá; repartiendo equitativamente el rigor.

La calefacción, por supuesto, debería ser uno de los liberados. O de someterla a una disciplina mejor, acudir a la exigencia racional del termómetro que no a la arbitraria y caprichosa del calendario.

MIGUEL DELIBES

JUEVES 19 DE DICIEMBRE 1966

REPORTAJES, COL

COLABORACION

LOS PUEBLOS Y SUS HOMBRES

MD

En más de una ocasión me he ocupado —y preocupado— de la despoblación acelerada del agro castellano. La gente joven, los mozos de Castilla la Vieja, no se avienen a competir con las veleidades meteorológicas, ni se resignan a una vida monocorde, precaria, sin el menor incentivo. De ahí que, a lo largo de este último verano, haya podido comprobar en la provincia de Burgos cómo, día a día, se van quedando desoladoramente vacíos pueblos que en un ayer próximo ofrecían una estimulante estabilidad demográfica: Cortiguera, Huidobro, Valdelateja, Mozuelos, etc. En estos lugares únicamente van quedando los viejos —los viejos más viejos— y en algunos de ellos —Cortiguera, Huidobro— no está lejano el día en que se producirá una escalofriante situación límite: el vecino que queda sólo entre las mudas piedras del pueblo; el último superviviente.

Esta situación dramática me ha empujado una y otra vez a pedir ayuda para los pueblos de Castilla; a denunciar la injusticia que supone el que las grandes ciudades tengan tanto y estas villas y lugares, tengan tan poco. Es claro que para adoptar esta actitud hace falta llevar al pueblo —su tenacidad, su esfuerzo, su resignación— en la masa de la sangre, supuesto que, a la postre, únicamente el aplauso de unos pocos —muy pocos— le compensa a uno de muchos disgustos y sinsabores.

No obstante, me consta que aún quedan arrestos y entusiasmos en nuestros pueblos; que todavía hay gente joven dispuesta a morir donde nació, a dignificar su existencia pueblerina y, para ello, no sólo dan ejemplo con su constancia y su trabajo, sino que consumen sus ocios allanando una tierra para levantar un campo de fútbol o abriendo una zanja en la roca viva para disponer de agua en sus casas. Esto de ganarse a pulso, con la prestación personal abnegada y sin tasa, las más elementales comodidades, resultará incomprensible para el hombre del asfalto, pero, al propio tiempo, confirma que en 1963 todavía continúa Castilla «haciendo sus hombres y gastándolos».

A este respecto, yo quiero rendir hoy aquí un homenaje emocionado a los jóvenes de Sedano y Covanera, dos pueblos burgaleses que, en su aislamiento, continúan bregando por mejorar, luchando solos por ennoblecer sus pueblos y, en consecuencia, ennobleciéndose a sí mismos. No puedo ocultar que cada vez que veo a Paco Padilla, el de Covanera, torcer el gesto y vocear a sus compañeros cuando el equipo de su pueblo encaja un gol, experimento un súbito entusiasmo. Paco, el de Covanera, tiene muy mal perder, pero esto, que cuando viene dictado por un amor propio excesivo es un feo defecto, se transmuta en una cualidad no desdeñable cuando en lugar del amor propio es el amor al pueblo el que lo provoca. (A estos efectos, yo diría que la caída en barrera de la furia española, profesionalismo aparte, se produjo el día que enseñamos a perder a nuestros representantes sin arrugar el ceño.) Pues bien, Paco, el de Covanera, me sorprende cada verano con un nuevo proyecto. Proyectos abrumadores para un muchacho que como él sólo cuenta con sus manos y su entusiasmo y las manos y el entusiasmo de una docena de amigos. Y si el verano pasado Paco Padilla estaba despedrando y alisando con sus amigos un yermo y dando vuelta a un cartelón de carretera para imprimir aires de estadio a un solar impracticable, éste le encontré cavando la tierra, junto al Rudrón, para dotar a su pueblo de una piscina.

Lo mismo —aun sin vocear, que a la sotana no le va— podría decir aquí de don Salvador, el joven cura párroco de Sedano. Don Salvador, con sencilla sabiduría, ha puesto a los muchachos de Sedano en pie de guerra. Y los muchachos de Sedano, para quienes su pueblo, pese al abandono oficial, sigue constituyendo un valor permanente, se han entregado a él con espontáneo entusiasmo: campo de fútbol, tiro al plato, tenis de mesa, cine con película de setecientas pesetas:

—Mire usted, las de cuatrocientas fallan; o no se ven o, si se ven, no se oyen. Una pena. Pero el caso es que las taquillas no alcanzan para películas de setecientas.

Ante problemas de esta cuantía, de cuya solución depende a veces la alegría de todo un pueblo y acaso su supervivencia, uno no puede menos de estremecerse. Porque resulta incuestionable que los Pacos Padilla y los don Salvadores —en mayor o menor medida— existen en casi todos los pueblos de Castilla y sus nobles y pequeñas aspiraciones —por los esfuerzos de organización no se lamentarían ni habrían de pasar la cuenta— se alcanzarían con una modestísima ayuda oficial. Que en este asunto de multiplicar las pesetas nos dan también ejemplo los hombres de los pueblos a los hombres de las ciudades.

MIGUEL DELIBES

AVISO A LOS PADRES DE FAMILIA NUMEROSA 47

Para uno constituye un deber advertir a sus colegas, los padres de familia numerosa, que a la hora de hacer efectiva la protección oficial que, al parecer, trata de ayudarnos a resolver los arduos problemas del vivir, tomen toda suerte de precauciones para que la cacareada protección no se vuelva contra ellos.

Me explicaré. Hace pocos días, con ocasión de un viaje Valladolid-San Sebastián estrené el talonario que da derecho a un descuento del 20 por 100 en los billetes de ferrocarril. Muy satisfecho —con esa satisfacción pueril que nos desborda a los españoles cuando en lugar de cobrarnos 1.000 por un artículo nos lo ceden en 999— tomé posiciones en el tren después de asegurarme de que el carnet de identidad, el carnet de familia numerosa, la tarjeta sin la cual este último carnet es papel mojado, el billete, la reserva y el suplemento de velocidad, figuraban en mi cartera.

Tal precaución resultó superflua, cuando a los pocos minutos el revisor me hizo ver que la tarjeta de familia numerosa que acompañaba al carnet de familia numerosa, al billete de familia numerosa, al suplemento de velocidad y a la reserva, estaba caducada, o sea que uno en lugar de tomar la tarjeta recién renovada había tomado la anterior. Echándolo a barato le dije al revisor que donde hay chicos ya se sabe y que al regreso lo tendría en cuenta, pero él, muy celoso de su deber, tiró de talonario y me dijo que tenía que extenderme el suplemento. Me resigné a pagar 1.000 por lo que me habían cedido a 999, pero mi asombro llegó al colmo cuando el revisor me dijo que el suplemento ascendía a trescientas siete pesetas con veinticinco céntimos, es decir, que por ser padre de familia numerosa descuidado en lugar de pagar 200 pesetas por el billete a San Sebastián, como todo hijo de vecino, la Renfe

Por Miguel Delibes

me castigaba y tenía que pagar 500. El motivo para entablar el españolísimo debate estaba más que justificado y, naturalmente, lo entablamos.

Indagué el por qué de esa cantidad y el revisor explicó que en lugar de pagarle el 20 por ciento que me habían descontado en atención a mis muchos hijos debía abonarle el 40 y, además, para que no volviera a tomar una tarjeta por otra, tenía que desembolsar otro billete entero.

Traté de hacerle ver que el hecho de tomar una tarjeta de familia numerosa por otra tarjeta de familia numerosa obedecía precisamente a la familia numerosa que le atosiga a uno antes de partir y le pone nervioso y que de esto, entendía yo, debía protegerme el Estado.

El hombre, sin descomponer la figura, me dijo que a él no le afectaban las cuestiones sentimentales y que el reglamento era el reglamento. Confieso que perdí los estribos y le dije que en mi caso no había dolo, culpa ni mala fe y que la sanción, por tanto, no estaba justificada y que todo esto no era más que un atropello.

El revisor seguía sin descomponer la postura y sin descomponer la postura me recomendó que dejara quieta la lengua por si las moscas. Naturalmente su recomendación fue un nuevo espolazo y entonces voceé que en la taquilla me habían despachado el billete con la tarjeta caducada y que él tenía que aceptaría así le gustara o no.

Llegados a este punto el hombre, que continuaba, por cierto, sin descomponer la postura, me hizo el peregrino descubrimiento de que en la taquilla no tienen por qué mirar la tarjeta al despachar el bi-

lete y para reforzar su afirmación me pasó por las narices una circular que, por lo visto, circuía entre los interventores de ferrocarriles pero no entre los padres de familia numerosa que son los interesados y en la que, en efecto, se legitimaba su bonita operación.

Ofuscado le dije que aquello era una perfecta ratonera y ante esto el hombre me hizo una expresiva seña y me dijo que «sin faltar, ¿eh?» y uno, como buen padre de familia numerosa cuando le mientan la trena aunque sea con un gesto, se suavizó y abonó las trescientas siete pesetas con veinticinco céntimos sin rechistar.

Liquidado el incidente, a mí se me ocurre que en el país hemos llegado a un límite; que en España sobran hijos o sobran papeles; que las preocupaciones que unos y otros dan no caben en una cabeza normalmente constituida, es decir, que la familia numerosa y los papeles numerosos son de todo punto inconciliables y que si uno además de velar por sus hijos y por sus papeles y por la renovación puntual de sus hijos y de sus papeles, tiene que desarrollar cualquier actividad profesional, puede tener por seguro que, a pesar de los notables progresos de la medicina, no alcanzará la jubilación. Esto es muy triste y ante un hecho así la protección oficial debería extender un poco más su compasivo manto y decretar:

a) Una protección especial para los poseedores de papeles numerosos.

b) Que ningún padre de familia numerosa sea sancionado por el hecho de retrasar la renovación de sus papeles, tomar un papel por otro, un hijo por otro o extraviar bien sea uno de éstos o uno de aquéllos. y

c) Que el padre de familia numerosa y el poseedor de papeles numerosos sean tratados, en el peor de los casos, como un don Juan particular.

Las Provincias 4 Junio



UN LIBRO DE MEMORIAS 48

Los libros de memorias cuando se proponen justificar una conducta o exaltar el relieve humano o histórico de su autor suelen pecar de apasionados o subjetivos. De esto se deduce que no todo aquel que se decide a hilvanar sus recuerdos pretende subrayar el valor de sus actos o la importancia de su persona. Hay autores para quienes su vida no es sino una vida más y cuando se deciden a referirnos sus impresiones a lo largo de ella no es tanto para informarnos de su autobiografía como de la biografía eslabonada de los seres y las cosas que alentaron en torno suyo. Es decir, los libros de memorias pueden aspirar bien a explicar un personaje, bien a reproducir un lapso de tiempo a través de un personaje. Es obvio que para el lector siempre será preferible la objetividad de un testigo que la pasión de un protagonista. El rigor histórico y una suerte de delicadeza espiritual nos llevan a desdeñar la obra de aquel hombre que, con fundamento o sin él, viene a considerarse a sí mismo como el ombligo del mundo.

Dentro de los biógrafos laterales, de los biógrafos-testigos, es forzoso prescindir todavía de esa pléyade de escritores oportunistas que cambiaron el cepillo de lustrar o la sartén por la pluma, espoleados por la curiosidad morbosa de la mesa. Me refiero a esa profusión de biógrafos de grandes personajes, surgidos en los últimos tiempos, cuyo conocimiento del prohombre no va más allá del hecho de haberle lustrado las botas o afeitado la barba cada mañana. He aquí unos testigos de la Historia cuyas memorias son deleznable. supuesto que los tales sobre preocuparse antes que nada de arrimar el ascua a su sardina, carecen, en general, de la agudeza de visión, de la serenidad de juicio que requiere delicada tarea.

Por Miguel Delibes

Me saltan estas reflexiones al filo de la lectura del hermoso libro de Francisco Cossío, «Confesiones; mi familia, mis amigos y mi época», obra en la que el autor analiza la historia de un modo tan genial y, por descontado, sin otra mira que la de dejar constancia de unos hechos de los que fue testigo de excepción. Porque Cossío no ha pretendido aquí autorretratarse sino hacerse traslúcido y aun transparente para que a través de él, conducidos por su mano, contemplemos el flúido histórico en los años que median entre 1887 y 1936, cincuenta años cargados de acontecimientos políticos y auténticamente revolucionarios en lo que atañe a los progresos de la ciencia y de la técnica. Consecuentemente los diez lustros que Cossío abarca en sus «Confesiones» pueden considerarse decisivos para la historia de la Humanidad, sin olvidar que la profunda mutación operada en el aspecto civilizador comporta una radical, curiosísima, transformación de la vida social, las modas y las costumbres.

Cossío ha vivido —como corresponde a un periodista de su talla— ojo avizor, de cara a las incidencias de cada día, con ánimo deliberado de captación, erigiéndose en observador profesional. Poco importa que en el correr de su vida no haya tomado notas. A estos efectos, la memoria y una imaginación mesurada son elementos suficientes para montarse al pasado y, en hábil juego de sensibilidad, separar, llegado el momento, el grano de la paja.

Cossío escribe desde la madurez confortable y reposada de sus 70 años. Pulsa el latido del pasado con

delicado tacto, a fin de que la fronda de lo accesorio no dificulte el hallazgo de la corriente vital de la historia. «Evocar no es fácil», advierte Cossío de entrada. Y esto que, como norma general, es incontestable —supuesto que ninguna tarea más ardua que ésta de echar la vista atrás, recopilar datos, seleccionarlos y, finalmente, enhebrarlos en un hilo común, sin descuidar la continuidad del proceso ni la armonía del conjunto— no rige con él, ya que si hay en España un escritor nacido para evocar, ese escritor es él.

Cossío siente la voluptuosa voz del pasado, como dice Ortega, con mayor frecuencia y claridad que otros escritores y, de otro lado, la recreación del ayer adquiere en los puntos de su pluma un mágico poder de seducción. De ahí el pleno acierto de este libro; un libro donde los acontecimientos están vistos con mirada próxima y su exposición, transida de nostálgica ternura, envuelve el pasado en una especie de halo neblinoso que imprime a las escenas retrospectivas un entrañable relieve. A este respecto, es oportuno registrar el indefinible encanto de las estampas provincianas de los felices veintes, conmovedoramente matizadas, lo que equivale a afirmar que la ambientación de los hechos alcanza en esta obra mayor sabor y tanto interés como los hechos mismos.

Se trata, en suma, de una obra densa, de infrecuente amenidad, escrita con esa prosa sencilla y brillante, diáfana y expresiva, familiar a los lectores de casi todos los diarios de España y, en especial, a los de «El Norte de Castilla», periódico que Cossío dirigió durante mucho tiempo y atalaya desde la que captó el devenir histórico de estos diez lustros, tan magistralmente reflejados en el libro que comentamos.



Bas Provincias
25 Febrero

ARTE A LA MEDIDA

Esta pretendida oleada de refinamiento que nos invade junto a los progresos de la ciencia y de la técnica hacen, de un lado, que el hombre sea cada día menos resistente al dolor y, de otro, despiertan su avidez por las cosas a la medida. Tales actitudes están provocando una serie de fenómenos a cual más lamentable que se traducen en una subversión de valores o en una corrupción de los que hasta el día fueron considerados como intocables.

El egoísmo de nuestro tiempo adopta formas que serían risibles o simplemente ridículas si no atentan contra los verdaderos fundamentos de la tradición y la cultura. Y si por un lado asistimos a una dolorosa proliferación de la literatura melodramática de la más baja estofa porque el pueblo lo quiere así surgen, por otro, los adaptadores del arte grande a los pequeños gustos de la masa, originando la desorientación consiguiente.

Esto quiere decir que ya existe el arte a la medida y que si a uno Mozart le cae grande, Chopin árido o Beethoven profundo, la cosa tiene fácil arreglo. El hombre no tiene más que pedir por esa boca:

—¿Podría usted servirme la Rap-

Por Miguel Delibes

sodia Húngara de Liszt en fox? Compréndame, de otro modo no la digiero.

Y con la misma frívola ligereza, el cliente exigirá mañana un Chopin más ameno, un Mozart menos frondoso o un Beethoven más superficial.

En el ambiente de inestabilidad que vivimos ha llegado a juzgarse meritoria no sólo la creación caótica, ininteligible, sino las reelaboraciones que vienen a enmendar la plana de artistas considerados como clásicos. Con la particularidad de que estos «rehacedores de música», lejos de ocultar su torpeza, se jactan de poner al nivel del hombre actual estudios y composiciones que ya tienen un sitio en la Historia de la Cultura. A lo que parece Chopin, Beethoven y compañía están por encima de la media de comprensión estética del hombre contemporáneo y aquellos —los rehacedores de música— al recortar las alas de los maestros y rebajarles el vuelo realizan una tarea de auténticos benefactores. La Pastoral de Beethoven con ritmo de bolero, o la «Bohème» con rit-

mo de fox, se aproximan más a los gustos del melómano actual y, al parecer, no existen obstáculos de monta para satisfacer sus deseos. A este paso pronto veremos invadidos los museos por artistas de vanguardia que nos darán una interpretación no figurativa de «Las Meninas» de Velázquez y otra abstracta del «Moisés», de Miguel Ángel.

Tengo entendido que la única razón para desposeer a los herederos de los artistas de su propiedad intelectual estriba en que nadie puede privar a la posteridad del disfrute de la obra de arte. Mas si éste es el empleo que se da a este privilegio, bienvenida sea una profunda revisión de aquella ley. A no ser que carezca de importancia el hecho de oír a Chopin en su salsa o maltratado por los compases jactanciosos de un pasodoble.

En la actual coyuntura es admisible que haya quien se tome en serio el arte abstracto y quien dándose las de avisado, rechace de entrada esta caprichosa interpretación de la belleza. Cada cual es muy dueño de hacer de su capa un sayo; lo que ya no es tolerable es que algunos pretendan hacerse un sayo con la capa de los demás.

"Por Miguel Delibes"
18 Marzo



LIBROS CON SANTOS

MD

Por MIGUEL DELIBES

AMD, 9317

ULTIMAMENTE se percibe en el mundo editorial español una inclinación creciente hacia los libros ilustrados. Mas ya no se trata de obras literarias con algunas fotografías, sino de auténticos álbumes fotográficos con alguna literatura. En realidad, el fenómeno no es español, sino que lo que acontece en España es sólo un eco retardado de lo que acontece en Europa y América. Orientación que, por otra parte, coincide con la aparición de buenas películas literarias, es decir películas que como "Proceso en Nuremberg" o "El Presidente", encuentran en el diálogo uno de los más eficaces recursos expresivos. Esto nos lleva a pensar si la relativamente vieja competencia "palabra"- "imagen" no se habrá resuelto partiendo la diferencia. Sea como quiera, la literatura, como tal literatura, va derivando hacia un género híbrido o, para decirlo con palabras más simples, la literatura requiere hoy un soporte plástico para llegar a las multitudes.

ESTO equivale a reconocer que, intelectualmente, el mundo retorna a la infancia. El hecho de que el hombre exija para su recreo los libros con "santos", demuestra que su curiosidad se ha hecho preferentemente visual y que es lógico, por tanto, que los editores hayan llegado al convencimiento de que hacer "tebeos" para mayores constituye un buen negocio. La gente nueva precisa informaciones que le entren por los ojos, tal vez porque la pugna Este-Oeste ha desprestigiado la palabra llevando al mundo al escepticismo. Esto, sin olvidar la baza importante que en esta disposición del hombre nuevo hayan jugado los modernos medios de difusión: cine, televisión, re-

vistas gráficas. Lo cierto es que el hombre de hoy nace con una curiosidad visual inagotable. Y no deja de ser peregrino el hecho de que el libro ilustrado, que debió ser lógicamente el arranque de este proceso, sea, de momento, su última manifestación. Esto nos lleva a pensar que la necesidad de la imagen --como base de cualquier devaneo imaginativo-- ha nacido en el hombre a medida que la plástica se erigia en medio expresivo de primer orden. Para la gente nueva, que bebe cada día en los documentales, la televisión o la revista gráfica, un libro sin "santos" constituye un espectáculo de una aridez, de una insulsez irresistible. La literatura en surcos, como el trigo, apenas se concibe ya.

BARDEM dijo recientemente que la Humanidad está abocada a una nueva forma de cultura: la cultura visual. Y ante esto hay quien se permite vaticinar que la televisión terminará con los diarios y el cine con la novela. En realidad, nada termina con nada. Los periódicos --los que merecen tal nombre-- aumentan sus tiradas en plena euforia televisiva y la seda sigue cotizándose a pesar del nylon y las fibras sintéticas. En el mundo hay sitio para todo y la aparición de productos o medios informativos más evolucionados no tiene por qué representar el fin de los que les precedieron sino, a lo sumo, su transformación, su adaptación a las exigencias del momento. Tal es el caso, creo yo, de los libros ilustrados, cuya proliferación, por otra parte, invita a pensar si la pereza mental que enerva a la sociedad de nuestro tiempo estará tomando proporciones alarmantes.

TEATRO ESPAÑOL AQUÍ



A mi paso por algunas ciudades sudamericanas he observado un modesto interés por cuanto signifique literatura española contemporánea: ensayo, poesía, novela. Afirmar otra cosa sería engañarnos. Con el cine acontece lo mismo; apenas si en las pantallas de Buenos Aires tres o cuatro películas españolas; en Santiago, una o dos, y pare usted de contar. En cambio, sorprende la expectación que despiertan en Sudamérica nuestros actores teatrales, a menudo mal juzgados en su patria. El teatro español, cuando le hay, acapara sin disputa la atención del aficionado americano.

Durante mi breve estancia en Buenos Aires, pude comprobar cuatro éxitos colosales: Guitart llevaba dos meses con "Las manos de Eurídice", a teatro lleno; Irene López Heredia con "Por salvar su amor", algo parecido, y nada digamos de la apoteosis de flores y aplausos con que fué acogido el estreno de la zarzuela del maestro Moreno Torroba, "María Manuela". De otro lado, Ana Mariscal arrebató a las multitudes con una crudísima obra del autor italiano Ugo Betti, titulada "Delito en la isla de las cabras". Creo que la noche que asistí a la representación se hallaba a punto de finalizar la etapa porteña de la joven actriz y, sin embargo, la sala estaba literalmente atestada. La obra, bien construida, supongo no se representará en España. Se trata de un drama áspero, bronco y desagradable: un hombre después de seducir a tres mujeres —esposa, hija y hermana de un compañero de armas recién fallecido— acaba muriendo dentro de un pozo, pozo que, naturalmente, aparece en escena. El tercer acto no es sino el chapoteo impotente del culpable y sus patéticos gritos de angustia entreverados con las discusiones o no lanzarle un cabo. Finalmente las mujeres sobre si deben o no se le lanzan. Ejemplar. Nada de esto empaña el triunfo de Ana Mariscal, en un

cometido complejo y arduo, secundada desigualmente por cuatro cómicos argentinos.

A mi llegada a Santiago me sorprende la propaganda fabulosa, estratégicamente montada a lo largo de la Alameda O'Higgins—corazón de la ciudad—, en torno a Jorge Mistral enredado en una obra policiaca: "Aló, aló número equivocado". Al parecer, Mistral llegó aquí para rodar unas escenas marineras de un film hispano-mexicano-chileno (¿qué saldrá de aquí?) Una de las secuencias —una pesca de ballenas— tuvo un desenlace sorprendente: el inexperto Mistral, arpon en mano, logró capturar dos hermosas. Eso comentan por aquí, al menos. Luego, el actor vió el panorama, su físico cayó en gracia a las chilenas y se quedó. Mistral llena ahora dos veces el teatro cada día con un éxito de furor. A su lado, la Compañía del Teatro Nacional Uruguayo, que debutó hace una semana con "Nuestra ciudad" —o "Nuestro pueblo", como aquí la llaman—una zapatilla rusa.

En homenaje a la memoria de Benavente, una compañía de teatro experimental chilena representa estos días "La malquerida", obra sobre la que pronunció recientemente una conferencia el agregado cultural de la Embajada de España Eduardo Toda Oliva. El esfuerzo de la agrupación es noble, siquiera el drama pierde gran parte de su fuerza con la interpretación cantarina que hacen de él los jóvenes criollos. La última nueva se refiere a la expectación despertada con el anuncio de la visita de Joaquín Calvo Sotelo que, según se dice, vendrá a América a dar a conocer su última obra: "La Muralla".

Esto quiere decir que cuando el Nuevo continente parece menos propicio para el europeo, a los autores y actores españoles no les falta ambiente. Nuestra gente de teatro tiene aún la oportunidad de hacer "la América".

MIGUEL DELIBES



VALLADOLID EN CHILE

Los vallisoletanos somos pocos, pero bien distribuidos. Uno no puede dar un paso por el ancho mundo sin encontrarse rodeado de paisanos. La fidelidad a la tierra es una de las muchas buenas cualidades de nuestra gente. Se dirá que el castellano no propende a la nostalgia. Yo diría que la nostalgia del castellano puede no ser tan espectacular como la del gallego pero es, cuando menos, tan profunda. El anuncio de mi llegada a Santiago y Valparaíso sirvió para congregarse en torno mío hasta una veintena de paisanos ávidos de escuchar noticias recientes de la tierra. El grupo resultaba de una heterogeneidad profesional e ideológica aparentemente inconciliable, pero, a fin de cuentas, todos confluíamos en el amor a la calle de Santiago.

Eduardo Callejo, cónsul en Valparaíso, fué el primer vallisoletano con quien tropecé. Para Callejo no existe mejor credencial que la de ser castellano. Eduardo Callejo bombardea diariamente Valparaíso con su cordialidad; es un hombre de una simpatía castiza y una locuacidad ocurrente. Esto explica mejor que nada la gran labor diplomática que viene desarrollando en Valparaíso y la que antes desarrolló en Costa Rica. Y con él su mujer, Ana María de la Concha, hermana de Lola de la Concha de Calero, tan vinculada a nuestra ciudad. Vallisoletana también, siquiera lleva quince años alejada de su tierra, es la esposa del agregado cultural de la Embajada de España en Santiago, María Teresa Iglesia. Y asimismo otra pinciana de pura cepa es la madre Adela, del Colegio Universitario Inglés, hermana del entrañable amigo Eduardo López Pérez. Conversar con esta religiosa, ausente desde hace treinta y cinco años de Valladolid, constituye un raro placer. Su memoria reciente de las personas y de las cosas, su precisión evocativa, unidos a la benevolencia de sus juicios, permiten reconstituir amablemente la pequeña historia de la ciudad de hace siete lustros con todo lujo de pormenores:

—Recuerdo que Fulanito se

casó mayor; era ya un poco solterón. ¿no es cierto?.

—Así es, madre.

—Y las hijas de don Mengano, dígame ¿se casaron?. Había, lo recuerdo muy bien, una rubia buena moza y otra morena pequeña.

—Las dos tienen nietos de primera comunión, madre.

Habla de prisa, con temor de que el tiempo la sorprenda sin haber preguntado por cuantos quiere preguntar. Habla de los Sil, Plaza, Morales, Presa, Sagarra, Alba, Zarandona... Toda una etapa de la historia de Valladolid.

Pero la cabeza de puente vallisoletana en Chile no acaba ahí. ¡Si casi compone una quinta columna!. Sixto Fraile, Tomás Vázquez Benito, Jesús Navas y señora, Julián Contreras, de Villalón, León Maroto, José de la Cruz Vallejo, de Olmedo, Justo Cruz Maroto, Raimundo Olfos Losada, Angel Rodrigo Cuadra, Cirilo Carrillo, Hermínio García Población, Ciriaco Muñoz Alonso, Adrián Martínez Cabañas, Inocencio Arranz Hernández... luchan afanosamente en estas tierras; tratan de desentenderse de la atracción sentimental del Campo Grande. Pero de pronto llega un paisano y su decisión se debilita. ¡Ya no hay por qué simular!

Y con ellos otros muchos, no vallisoletanos de nacimiento, pero ligados a nuestra ciudad por vínculos afectivos. Personas que dejaron en nuestras calles años de sus vidas, amistades sólidas, o lazos familiares: Lina Mengotti de Larios, Javier Alvarez Nóvoa, Electo García Tejedor, Gerardo Quintanilla... Uno se deja envolver por la nostalgia ajena. Después de todo la nostalgia ajena es la mejor manera de aliviar la propia nostalgia. Apenas si a estas tierras llega otro eco frecuente de la lejana ciudad que el provocado por la actividad de su equipo de fútbol, y en estos días se ve a los vallisoletanos de nacimiento o adopción caminar desafiantes por las calles de Valparaíso y Santiago, jactándose de las repetidas proezas de su cuadro favorito.

MIGUEL DELIBES

MD

Cuando el chileno pierde la calma

El chileno es un tipo calmoso, casi flemático, dispuesto, de ordinario, a ver las cosas y resolver los problemas con serenidad. Rara vez se apasiona y cuando lo hace suele ser por cosas tan intrascendentes como un partido de fútbol o una partida de canasta. El juego, las apuestas, constituyen una de las más notorias debilidades del santiaguino. Pero, normalmente, el chileno propende a la abulia, al desinterés. De ahí que sus explosiones de genio resulten para el forastero manifestaciones temperamentales de raíces inescrutables. ¡Dios nos libre de los arrebatos del hombre pacífico!

En pocos días que llevo en Santiago, la prensa me ha informado de tres crímenes espeluznantes: un hombre a quien le cascan el cráneo con una piedra, otro al que le rocían de parafina y le prenden fuego y, por último, una millonaria estrangulada con una toalla. Pero todo esto es pálido, al lado del drama acaecido ayer en el "hall" del Hotel Crillon, donde una novelista bastante estimada en el país, Georgina Silva Jiménez, asesinó a su amante, Roberto Pumarino, disparándole a quemarropa cinco tiros de revólver. El hecho resultó más espectacular por ser la hora de "tomar once"—merendar—y encontrarse el salón lleno de gente. Los disparos despertaron el pánico y en unos segundos vióse a un centenar de representantes de la buena sociedad santiaguina cuerpo a tierra, buscando refugio bajo los sillones. Consumado el hecho, la escritora se abalanzó sobre su víctima y cubrió su rostro de besos apasionados. Posteriormente declararía: "Ustedes no comprenderán mis razones, pero era la única manera de terminar con todo esto. El amor es difícil. No saco nada con exponerles mis motivos".

En realidad, el hecho no es sino una manifestación de la crisis matrimonial que se observa en este pueblo de ordinario

tan ponderado y lleno de buen sentido.

Ambos—la agresora y su víctima—eran divorciados, ella de cuarenta y cuatro años, y él de treinta y dos. Ambos con hijos. Tal situación no es infrecuente en este país, aún no preparado para una organización—o desorganización—familiar como la adoptada. Hoy me decía un chileno que no cree exagerar si afirma que el setenta por ciento de los matrimonios del país fracasan en pocos meses. La influencia social norteamericana, al operar sobre un pueblo no sólo de economía, sino de temperamento distinto, ha producido una evidente confusión. A mi entender, la razón principal de este estado de cosas radica en la libertad excesiva de la mujer, no habituada a la disciplina doméstica; vive su vida independiente, incluso en el aspecto económico. Llegada la hora del matrimonio se efectúa éste en un plano de igualdad absoluta, sin una cabeza visible, ni una autoridad visible. La mujer conserva sus ingresos y sus prerrogativas de soltera, lo que puede traducirse por "colocación y canasta". El primer hijo, que a menudo es el último, promueve de ordinario la ruptura.

Esto no significa que Santiago carezca de un elevado porcentaje de familias sólidamente apuntaladas que, aun cuando los chilenos no lo adviertan, constituyen la salvaguarda del país. Un país al que los hijos únicos le hacen más daño que otro cualquiera desde el momento que su población no llega a los seis millones de habitantes para una extensión superior a la de España.

En todo caso, el chileno no es hombre de términos medios. Pasa de la apacibilidad irlandesa a la exaltación ibérica casi sin transición. Y ya es un mal que para resolver sus problemas sentimentales ponga el mismo calor que para contemplar un partido de fútbol o para arriesgar unos pesos en los tapetes de Viña del Mar.

MIGUEL DELIBES



EL AMIGO QUE PERDIO EL TREN



Por Miguel DELIBES

HACE muchos años, se desató en este país una campaña desafortunada contra las recomendaciones. El resultado fue muy positivo, no porque las recomendaciones dejaran de hacerse, sino porque se prodigaron tanto que terminaron por perder toda virtualidad. La gente se decía: «Las recomendaciones deben ser necesarias, cuando tanto se meten con ellas». Y todo el mundo se dedicó, durante un tiempo, a hacer recomendaciones y a contestar cartas de recomendación, con un automatismo de robot, sin interesarse de verdad por lo que pedía, ni condolerse de verdad por lo que denegaba. Total, que las recomendaciones fueron perdiendo eficacia y en los exámenes, pongo por caso, si el catedrático se interesaba por un alumno, era por aquel que, excepcionalmente, se presentaba a cuerpo limpio, como un bicho raro, sin unos padrinos que le avalasen.

ESTO me lleva a pensar en la conveniencia de organizar ahora una campaña contra las visitas inoportunas. En unos momentos en que se hace matemática de la productividad y que los españoles—al fin—empezamos a valorar el tiempo, parece congruente pensar, ya que no en suprimir las visitas, sí, al menos, en reducirlas al mínimo. Y no hablo ahora de las visitas de cumplido, aquellas inefables visitas de nuestros abuelos, quienes, pese a sus esfuerzos, no acertaron nunca con una fórmula adecuada para llenar su tiempo disponible. Entonces, se decía: «¿Conoces a Fulano?». Y se respondía: «No le voy a conocer. Somos visita desde antes de la guerra». La guerra era, claro, la del 14 y el ser visita de alguien obligaba a la presencia física en los natalicios y los óbitos de los allegados. Uno, que no cree que todo lo de hoy sea peor que lo de ayer, piensa, por ejemplo, que en esto de la amistad sin artificios ni hipocresías, hemos ganado muchos puntos, como hemos ganado, evidentemente, muchos puntos proscribiendo el visiteo sin ton ni son con gentes con las que nada tenemos en común.

A HORA bien, lo verdaderamente inadmisiblemente en nuestro tiempo es la frivolidad con que el desocupado interrumpe la ocupación de los demás. Y no hablo del desocupado de oficio, sino del desocupado circunstancial que, por llenar unas horas, digamos de tren a tren, no vacila en vaciárselas a su prójimo. «Pasaba por aquí y me dije: Voy a subir un rato a ver a Pepe. ¡Hace

cinco meses que no nos vemos!». Y, sin otra justificación, el desocupado allana el despacho de Pepe, se arrellena en un sillón y allí, entre pitillo y pitillo, aguarda tranquilamente la hora del tren. Este es un hecho que se repite a diario, en todas partes, sin que al amigo que espera el tren se le ocurra pensar en las cosas que Pepe ha dejado por hacer a cuenta de su visita. Es más, muchas veces, el amigo que espera al tren, piensa al marcharse: «Al pobre Pepe, siempre enterrado entre papeles, le he distraído un rato». Por supuesto, el amigo que espera el tren, no advierte nunca que al día siguiente, otro amigo de Pepe, que también esperará el tren, acudirá a su oficina para «distraerle un rato».

A veces, pienso en la parte de culpa que en las neurosis de nuestra época tienen las visitas intempestivas. Uno, por la mañana, hace su composición de lugar y distribuye su tiempo. Mas, con esa candorosa puerilidad que nos distingue a los españoles, uno, cada mañana, piensa que los amigos que esperan el tren se han acabado la víspera. Que, en lo sucesivo, uno es dueño de sus horas. Pero, por la tarde, aparece de repente en la oficina otro amigo que ha perdido el tren y los papeles siguen amontonándose sobre su mesa. Los nervios empiezan a tensarse. El tic-tac del reloj nos echa en cara nuestra dejadez. Y los papeles siguen llegando. Uno se va a la cama pensando en los papeles. Decide madrugar. Por la noche, le asalta una horrible pesadilla: los papeles colman la mesa, la desbordan, cubren el suelo del despacho, empiezan a amontonarse; uno bracea, intenta nadar entre ellos, pero los papeles, como una marea creciente, suben y suben, se aprietan contra el techo y terminan por asfixiarle. Al cabo, uno se despierta y, en la misma puerta, se encuentra con un viejo amigo, un amigo que no le ve a uno desde hace cinco meses y que ha decidido charlar un rato, hasta la hora del tren.

LOS franceses, con su buen sentido característico, han resuelto este problema, determinando días y horas para las visitas; días y horas que rigen, incluso, para los amigos que aguardan el tren. La solución es sencilla, pero convendría que los españoles la pusieramos en práctica, todos a una, a fin de evitar que nuestros amigos digan de nosotros que nos hemos convertido en unos monstruos de insociabilidad.

El triángulo de la amabilidad



Por MIGUEL DELIBES

55

ESA sensación de hostilidad que nos producen de entrada las ciudades desconocidas y que antaño no tenía otra explicación que la autodefensa de nuestro desamparo --es decir una explicación estrictamente psicológica-- empieza a obedecer en nuestro tiempo a razones objetivas, perfectamente identificables. Quiero decir que el mundo se vuelve cada día más hosco con el forastero por la sencilla razón de que los ciudadanos del mundo se muestran cada día más encerrados en su yo. Lo que uno no acierta a discernir es si este egoísmo deriva del apresuramiento en que vivimos o si son por el contrario estas prisas las que provienen de nuestro egoísmo creciente. Lo cierto es que a estas alturas un español puede encontrarse en litaro y desamparado en una gran capital extranjera como en una isla desierta.

TAL actitud de desapego se acentúa también por momentos en nuestro país. España enajena, al tiempo que su celtiberismo, sus tradicionales conceptos de simpatía y hospitalidad. Esto no quita para que en 1962 todavía la media de afabilidad española esté muy por encima de la media de afabilidad que se observa por esas tierras de progreso. Lo incuestionable es que a medida que el "robot" se humaniza, el hombre se "robotiza", proceso que, de no interrumpirse, terminará por clausurar el corazón humano tras una co- rraza impenetrable.

DE ahí que el cronista que gusta de ir de la ceca a la meca y de pulsar la versatilidad humana, sienta una complacencia especial al señalar la inmutabilidad que en este punto se observa en el triángulo Burgos-Vitoria-Logroño. Sin ánimo de ofender a nadie, el cronista entiende que es en esta zona donde más arraigadas se conservan estas virtudes hoy en

decadencia. En cualquiera de estas capitales --y en sus provincias respectivas-- aún puede usted servirse del prójimo con absoluta libertad. Se diría que el prójimo de Burgos, el prójimo de Vitoria, el prójimo de Logroño, al servirnos, piensa que quizá, mañana, pueda encontrarse él en la misma situación en que hoy se encuentra usted. De ahí tal vez, que el prójimo de Burgos, o el prójimo de Vitoria, o el prójimo de Logroño, no le abandone nunca en la estacada. Le orientará, lo ayudará, incluso le acompañará, con la sonrisa en los labios. Lo que queda por ver es por qué razones esta hermosa zona del país permanece, pese a la permeabilidad actual de nuestras fronteras --y aun de su proximidad--, absolutamente inmune al proceso general de "robotización".

A la entrada de Vitoria, el viajero se tropieza con una cartela que le da los "buenos días" o las "buenas tardes". La misma cartela vista de espaldas --es decir, cuando el viajero sale de la ciudad-- le desea a Vd. un buen viaje. Es claro que estas atenciones del concejo pueden atribuirse a un frío y municipal prurito de convivencia. Pero cuando uno observa en los ciudadanos parejos buenos deseos, idéntica disposición de servirle que en sus ediles, llega a la misma peregrina conclusión de los doctores de "El rey que rabió". ¿El contagio de la afabilidad se produce de arriba abajo o de abajo arriba? ¿El Municipio de Vitoria es acogedor porque lo son sus ciudadanos o los ciudadanos de Vitoria son acogedores porque lo son sus ediles? En todo caso, no estaría de más analizar detenidamente el fenómeno para tratar de imprimirle una dimensión nacional y aun facilitarle patente de libre circulación por la malhumorada Europa de nuestros días.

Un niño pide socorro



Por Miguel DELIBES

Luis Archiles era un modesto trabajador de Valladolid que pereció ahogado en el río Esgueva al tratar de salvar a un niño desconocido. He aquí una noticia confortadora que demuestra que el egoísmo de nuestra época tiene unos límites y que el mandato de amar al prójimo como a nosotros mismos encuentra a menudo entre los hombres una aplicación estricta y rigurosa. Esto quiere decir que el lado bueno, abnegado del hombre apenas necesita un estímulo para aflorar y ante él todo ese barniz materialista que le recubre se desvanece en unos instantes. Tal abnegación se manifiesta en forma multitudinaria ante una gran catástrofe o una calamidad colectiva. De aquí viene a resultar que la conciencia de solidaridad, nuestro sentido de equidad y de justicia, están insitos en nosotros de manera larvada y precisan del ramalazo de una contracción emocional,

para derramarse pródigamente. En otras palabras, el hombre de nuestro tiempo precisa un espolazo para recordar que es cristiano.

Soy de los que piensan que los últimos veinticinco años no han pasado en balde sobre el país. Pretendo decir que el hombre de nuestro tiempo —especialmente los hombres de las nuevas generaciones— van tomando una conciencia social, adquieren por días la convicción de que las estructuras occidentales, para ser viables, requieren una revisión profunda. El montaje de la sociedad actual es injusto supuesto que la convivencia no puede prosperar si el techo que cobija —que debe cobijar— a la comunidad resulta insuficiente y deja a la intemperie a no pocos de nuestros prójimos. Es obvio que tamaña laguna no puede llenarla la caridad. De la caridad sólo es lícito echar mano para taponar aquellas grietas que, a pesar de todo, deje abiertas la justicia. Con esto quiero decir que en nuestro tiempo hay pocos que tienen mucho y muchos que tienen poco o no tienen nada y, consecuentemente, que para hacer una sociedad más justa se hace inevitable cortar de arriba y añadir de abajo.

Luis Archiles, ese héroe anónimo, que por intentar salvar la vida de una criatura desconocida no vaciló en dejar en la indigencia un hogar con cuatro hijos, el mayor de apenas tres años, nos da una hermosa lección al respecto. En la vida debemos actuar como si a cada instante tuviéramos ante los ojos un niño pidiendo socorro. Aguardar a que se produzcan situaciones extremas para tratar de acallarlas, revelan una propensión al sentimiento pero no una conciencia sedimentada y objetiva de la justicia. Debemos tener presente que son muchos los prójimos que a diario están a punto de ahogarse. El Cardenal de Sevilla, y antes el Obispo de Bilbao, acaban de recordarnos que un matrimonio con dos hijos no puede sostenerse con un mínimo de dignidad, con menos de 120 pesetas diarias. Sin embargo, la sociedad, nuestra sociedad, les despacha a menudo con menos de la mitad. Es obvio que sin llegar al heroísmo de Luis Archiles los hombres tenemos cada día, cada hora, oportunidad de mejorarnos, mejorando la actual organización social y, en consecuencia, la vida de unos hombres que, como el niño en el río, están desde hace siglos pidiendo socorro.

Cuarentinas y cuarentones



Por MIGUEL DELIBES ⁵⁷

El hecho de que las mujeres, a partir de los treinta, no cumplen años nunca se ha generalizado tanto, que ha llegado a parecernos normal. De nada valieron las galanterías de algunos escritores como, por ejemplo, aquella de Blanco Amor, quien al hablar de la mujer chilena afirma que en aquel país no hay cuarentonas, sino cuarentinas, tales son su gentileza, su flexibilidad y su gracia. Y a mi entender, esto es lo importante. Es decir, nada significa físicamente para una mujer cumplir los cuarenta años si no los representa. Y, en honor a la verdad, hemos de convenir que en nuestro tiempo apenas quedan mujeres maduras; la mujer de hoy salta de la juventud a la vejez con una limpieza, con una frivolidad impresionantes. Esto no es óbice para que las mujeres que ayer se resistieron a ser cuarentonas sigan resistiéndose hoy a ser cuarentinas. Quiero decir, más o menos, que el meritorio esfuerzo de Blanco Amor ha servido prácticamente de muy poco.

En todo caso, esto no tiene nada de particular. La gente madura que no oculta su edad suele decir: "Lo que hace falta es que el espíritu no envejezca". La frase, a fuerza de manejarla, se ha convertido en un tópico, pero, en esencia, es válida. Por mi parte puedo afirmar que lo único que me asustó al entrar en la cuarentena no fué el hecho de tener una arruga más, sino el temor de quedar anclado psicológicamente en los "dulce veintes", o sea, romper la conexión con los que vienen detrás. Y al hablar así no me pronuncio en escritor, pues sabido es que en nuestra época el artista no se pasa a los cuarenta, sino que nace ya pasado. Los "ismos", en nuestro tiempo, no nacen, se

desarrollan y mueren como antaño. Hoy los "ismos" son abortos; es decir, no llegan a nacer en condiciones de viabilidad. Tal es la celeridad de nuestra época.

Mas a lo que iba; hoy no hay cuarentonas ni cuarentinas, y la cosa, en sí, no es grave; tan sólo es tonta. Lo que empieza a ser grave—representativo, al menos, de una enfermedad social— es que cada día haya también menos cuarentones.

En efecto, cuando el actor, el bailarín, el escultor, nos cuentan su vida, suelen decir: "Nací en 28 de agosto". Huelga toda otra precisión. En realidad, al lector le importa bastante menos la edad de ese divo que su estúpida manía de ocultarla. Le define antes y con mayor exactitud ésta que aquélla. Nunca pensé que la madurez ni la vejez pudieran llegar a ser inconfesables para un hombre, pero está visto que ese momento se ha presentado ya. Y lo tremendo para uno no es el hecho en sí, sino la posibilidad de que la irritación que este hecho le produce sea una palpable demostración de su madurez, de que la barrera que empieza a separarle de las nuevas generaciones se hace por días más maciza e inexpugnable; de que va naciendo dentro de él eso que tanto ha temido: la incompreensión.

En todo caso, uno sigue pensando que no es lícito renegar de otros años que de aquellos que se han perdido; es decir, de aquellos que se malbarataron sin un afán de superación o de servicio al mundo que le rodea. Bien entendido que si en el pasado no existe un paréntesis de que avergonzarnos, poco importan que ellas lleguen a cuarentinas sin aparentarlo o nosotros a cuarentones con todas las goteras que esta edad implica.

LA NOVELA ABSTRACTA



Por MIGUEL DELIBES

CONOCI a Michel Butor —uno de los más destacados escritores franceses de las últimas promociones— en el Coloquio Internacional de Novela de Formentor, hace ahora tres años. Butor, además de novelista es profesor, y hay que convenir que en aquellas conversaciones de Mallorca puso con frecuencia los puntos sobre las íes y se reveló, por la claridad de sus ideas y la sobriedad de su exposición, como un excelente didáctico. Michel Butor, inteligente y sensato, aportó en tal ocasión observaciones valiosas para conciliar posiciones antagónicas y poner un poco de orden en aquella Babel literaria, cuyo desacuerdo a la hora de fijar los límites de la novela fué apasionado como anánime.

Pues bien, ahora Butor ha publicado un libro —“Mobile”— sobre la vida en los Estados Unidos que va mucho más lejos de donde llegaron hasta ahora los paladines del “antiroman” en Francia. Michel Butor se ha limitado en “Mobile” a colocar por orden alfabético, cambiando frecuentemente la tipografía, nombres de Estados, de ciudades, de personas y de neveras, intercalando entre ellos, de cuando en cuando, frases tomadas de periódicos y revistas que aluden a los negros, al mar, a los pájaros o a la productividad. Esto es “Mobile”, libro que el autor subtítulo “Ensayo para una representación de los Estados Unidos”.

Pese a que París, capital de la cultura, está curada de espanto en punto a audacias e innovaciones artísticas, el libro ha sido acogido allí con estupor e irritación por parte de la crítica y del público, actitud que no ha impresionado a Butor, quien ha declarado: “Desde el XIX todos los grandes libros han sido recibidos de la peor manera... “Mobile” está aún en las tinieblas, pero esto no me importa; ya llegará su día”.

Para nosotros, no franceses, que conocimos a un Butor equilibrado y serio, “Mobile”, su última pirueta, nos llena de sorpresa y confusión. La sed de mudanzas, la fiebre de originalidad, nos conduce por días a un

terreno peligroso. Es cierto que el “antiroman” —la novela sin hombre y sin sentimiento; la novela del objeto pero sin objetivo— tiene ya en Francia no ya cultivadores inteligentes, sino un cuerpo de críticos y ensayistas de primera fila que la defienden con entusiasmo y conectan la experiencia con la conciencia gregaria que van creando los grandes medios modernos de difusión. La uniformidad mental es hoy un hecho; apenas hay hombres, sino rebaños, y, en tal sentido, los cultivadores del “antiroman” pretenden ser fieles a su tiempo y servir a la amorfa sociedad en que viven.

En definitiva, a la novela le ha llegado el turno de las experiencias que ya sufrieron antes la poesía y las artes plásticas. El hecho de que el sensato Butor escriba y lance “Mobile” es todo un indicio. Iniciamos, pues, la era de la novela abstracta o de la novela “no figurativa”, que es como decir la escisión entre novela y pueblo, pese a ser el pueblo —el pueblo gregario, el pueblo sin cabeza— el pretendido destinatario de este tipo de literatura.

Mas si en el caso, digamos, de la pintura caben razones para justificar los nuevos derroteros, resulta más difícil aducirlas, con cierta lógica, en el caso de la novela. Las formas, el color, son valores pictóricos y es lícito intentar —como dice José María Valverde— “que el ojo se recree por sí solo, sin rendir cuentas al entendimiento”. ¿Pero qué hacer cuando el medio de expresión no es el color sino la palabra? La palabra, con todos sus defectos, con todas las posibilidades de equívoco que la interpretación entraña, ha sido hasta ahora el único medio de comunicación entre los hombres. ¿Es justo, porque los hombres no se entiendan, desertar de la palabra, descomponerla, vaciarla de todo sentido y procurar un ejercicio espiritual al lector en la mera variedad tipográfica de los signos?

Así parece entenderlo Michel Butor cuando afirma que “Mobile”, “por su tipografía, ya expresa algo, ya supone, para el lector, una posibilidad de recreo visual”.

Colaboradores
de **IDEAL**

Los nuevos caminos

59

MD

Por MIGUEL DELIBES

Aludía en mi anterior artículo «La novela abstracta» a las nuevas corrientes adoptadas por este género literario y al riesgo que entraña desertar de la palabra como vehículo de comunicación. Mas después de escrito aquél me llega la noticia de que el «Prix des Editeurs» ha recaído este año en una novela del alemán Uwe Jhonson, novela —se nos dice— de una novela que no llegó a escribirse, es decir la novela de una novela frustrada, donde sobran los signos de puntuación y deliberadamente se vulneran los preceptos gramaticales. En una palabra un «más difícil todavía» en este resbaladizo terreno de la extravagancia. Nos cabe, sin embargo, la satisfacción de que la delegación española de Seix y Barral, junto a otra delegación, intentara inclinar la balanza del lado de Carson Mc Vullers —la finalista— esgrimiendo como argumento pertinente el hecho de que la gran escritora norteamericana «ahonda más en el hombre y sus problemas». La actitud de estas delegaciones es confortadora siquiera el hecho de que su voz fuera en el jurado la voz de las minorías nos revela que los editores, la mayor parte de los editores del mundo, están dispuestos a amplificar y difundir, so pretexto de originalidad, estas nuevas corrientes que vienen a representar a la novela lo que a la Química esos estudiantes que mezclan caprichosamente sales y ácidos en un tubo de

ensayo en espera de que salga humo o se produzca un vistoso precipitado rojo, amarillo o azul.

El arte de nuestro tiempo va aproximándose por días a la pista de un circo, donde cada trapecista, cada prestidigitador que salta al redondel pretende hacer algo nuevo, olvidando que casi todo está hecho y que el verdadero problema no es hacer lo que nadie hizo, sino hacer lo que ya fue hecho pero con mayor precisión, seguridad y belleza. Pero vistas las dificultades que entraña el triple salto mortal en el trapecio, el trapecista opta por dar una voltereta sobre el lomo de un borrico con la consiguiente algarabía de los niños y de los espectadores ingenuos. Dicho en otras palabras, la mejor manera de llamar hoy la atención no reside en superarse sino en salirse por la tangente, o sea, en la pirueta. Se argumentará que no pocos hombres que son considerados genios usan con frecuencia de la pirueta y aun que sus piruetas les dan de comer y de beber. Esto es muy cierto, mas hasta el momento se les exigió previamente a estos señores que demostrasen su talento y una vez hecho esto se les permitió la extravagancia y hasta se admitió como lógico que sus extravagancias, sus piruetas, se cotizaran en el mercado. Lo grave del

caso es que ahora se pretende escalar la fama empezando por la pirueta, siendo así que la mera pirueta queda por completo al margen de la estética. Quiero decir que yo no encuentro, en contra de lo que se ha dicho, que el prescindir de la puntuación y de las normas gramaticales entrañe un anhelo renovador de la técnica novelística de la misma manera que no lo entrañaría escribir en los márgenes del libro y dejar impoluto el rectángulo central de cada página donde hasta ahora solía imprimirse.

En definitiva, uno llega por este camino a conclusiones muy poco optimistas. El arte se desintegra, afronta el caos por falta de destinatario, afirmación que, en cierto modo, coincide, con la de los paladines de las nuevas tendencias, quienes justifican sus extravagancias por la fidelidad obligada del artista a la época en que vive; es decir a una sociedad caótica hay que servirle un arte caótico. Uno, no obstante, no ha perdido del todo la esperanza y piensa que otra manera de ser fiel a la época en que vive es tratar de arrancar de su mediocridad, de su materialismo exacerbado, a la sociedad en torno, profundizando en el hombre sin renunciar a la belleza. Otra cosa sería aceptar que el artista nace condicionado por el medio ambiente en lugar de ser él quien condiciona, quien debe esforzarse por dignificar ese medio.

CAZADORES DE HUEVOS

Por Miguel DELIBES



AMD, 93, 7

EN la provincia de Valladolid se ha descubierto un turbio negocio cinegético que viene a agravar la ya de por sí delicada situación en que se encuentra la perdiz roja en España. Se trata de la venta de huevos --a ocho pesetas unidad-- a un incubador quien, a su vez, los revende, ya pollos, al propietario de un coto, cuando éste no es el propio incubador. Es decir, que la sañuda persecución declarada contra la perdiz en España durante los últimos años, se acentúa hoy con la aparición de una actividad imprevisible: la del cazador de huevos. Y no es precisa mucha imaginación, dadas las dificultades de la vida en el campo castellano, para prever el volumen que alcanzará este ejercicio si no se adoptan urgentes y drásticas medidas para atajarlo. Por de pronto, parece probado, que en un solo pueblo de la provincia de Valladolid han sido destruidos alrededor de cien nidos por un total de setecientos huevos que han procurado a sus aprehensores, en conjunto, cinco mil seiscientas pesetas. Y si ya el hecho de por sí es reprobable en cuanto tiende a anular el derecho del pueblo en beneficio de cuatro adinerados, lo es mucho más si tenemos en cuenta que, según nuestros informes, apenas se han logrado por el sistema de incubación un diez por ciento de pollos vivos, y es bien probable que este débil porcentaje desaparezca del todo cuando se trate de adaptar estos pollitos nacidos en domesticidad a la vida salvaje. Es decir, que en la vergonzosa actividad que comentamos hay dos aspectos a considerar: primero, la sustracción de una riqueza a la comunidad y, segundo, la

pérdida de vidas en un elevadísimo porcentaje.

POR otra parte, con la captura de huevos en terrenos libres para abastecer a los cotos, se desvirtúa la esencia de éstos, ya que por encima de la satisfacción cinegética que puedan deparar a sus propietarios, los cotos venían cumpliendo una misión de salvaguarda de las especies y consiguiente repoblación de los campos colindantes. Con la aparición del cazador de huevos, viene a invertirse el orden de los factores que en este caso sí que alteran el producto: son los terrenos libres los despoblados en beneficio de los cotos. El pueblo-cazador es defraudado por el señor-cazador, reminiscencia feudal que no podemos tolerar pensando en el hombre anónimo que paga su licencia y sale cada domingo al campo en busca de un esparcimiento.

EN sustancia, esta nueva actividad viene a coronar un largo proceso de incivildad y de pérdida del sentido de convivencia. El "después de mí, el diluvio" ha tomado carta de naturaleza en la sociedad moderna. Por otro lado, es obvio que el refinamiento, la facilidad de vivir, va anulando en el hombre el afán de lucha, el espíritu de conquista. La progresiva desvitaminización del fútbol, la renuncia a la "furia" como elemento primordial de nuestros éxitos, encuentra su paralelo en otros campos. Tal, el de la caza. En la caza también existía la "furia española" y también esta "furia" cinegética está en trance de desaparecer. El aliciente primero de la caza estriba en contrarrestar las defensas de las especies a base de un esfuer-

zo físico del cazador. Pero el hombre de hoy ya no está para esfuerzos. Paso a paso va simplificando los procedimientos. Busca una fórmula para no tener que ir él a la caza, sino que sea la caza la que venga a él. Persigue a las especies antes de que éstas acaben de desarrollarse. Utiliza el reclamo y la espera. En una palabra, trata de sustituir el esfuerzo por la astucia o por la traición. La "furia" apenas tiene hoy sentido en la caza ni en ninguna otra actividad deportiva. El cazador 1962 no procura tanto contrarrestar las defensas de la caza como enervarlas. Por este camino se ha llegado a la lamentable actividad que hoy denunciaremos: a capturar las especies antes de que las especies sean, es decir, antes de que sus defensas se hayan insinuado; en una palabra, nuestra progresiva molición ha hecho posible la aparición--como nuevo Tartarín redivivo--de esa triste figura del cazador de huevos de perdiz.

CREO interpretar los sentimientos de los numerosos cazadores honrados del país, al pedir un escarmiento ejemplar para esta fauna antisocial. Mano dura para el autor material de la destrucción de nidos, sí, pero durísima para los inductores que se amparan en la sombra. El hecho de que en la provincia de Valladolid se hayan descubierto estas infracciones no quiere decir que en otros lugares no existan. Activar la vigilancia, retribuir decorosamente a la guardería, agravar las sanciones de la vigente ley de caza, son medidas que deben adoptarse si no queremos que nuestra perdiz roja pase a ser en pocos años un recuerdo histórico.

CAZADORES DE HUEVOS ⁶¹

EN la provincia de Valladolid se ha descubierto un turbio negocio cinegético, que viene a agravar la ya de por sí delicada situación en que se encuentra la perdiz roja en España. Se trata de la venta de huevos —a ocho pesetas unidad— a un incubador quien, a su vez, los revende, ya pollos, al propietario de un coto cuando éste no es el propio incubador. Es decir, que la sañuda persecución declarada contra la perdiz en España durante los últimos años se acentúa hoy con la aparición de una actividad imprevisible: la del cazador de huevos. Y no es precisa mucha imaginación, dadas las dificultades de la vida en el campo castellano, para prever el volumen que alcanzará este ejercicio si no se adoptan urgentes y drásticas medidas para atajarle. Por de pronto, parece probado que en un sólo pueblo de la provincia de Valladolid han sido destruidos alrededor de cien nidos por un total de setecientos huevos que han procurado a sus aprehensores, en conjunto, cinco mil seiscientas pesetas. Y si ya el hecho de por sí es reprobable en cuanto tiende a anular el derecho del pueblo en beneficio de cuatro adinerados, lo es mucho más si tenemos en cuenta que, según nuestros informes, apenas se han logrado por el sistema de incubación un diez por ciento de pollos vivos y es bien probado que este débil porcentaje desaparezca de todo cuando se trate de adaptar estos pollitos, nacidos en domesticidad, a la vida salvaje. Es decir, que en la vergonzosa actividad que comentamos hay dos aspectos a considerar: primero la sustracción de una riqueza a la comunidad, y, segundo, la pérdida de vidas en un elevadísimo porcentaje.

Por otra parte, con la captura de huevos en terrenos libres para abastecer a los cotos, se desvirtúa la esencia de éstos, ya que por encima de la satisfacción cinegética que puedan deparar a sus propietarios, los cotos venían cumpliendo una misión de salvaguarda de las especies y consiguiente repoblación de los campos colindantes. Con la aparición del cazador de huevos viene a invertirse el orden de los factores, que en este caso si alteran el producto: son los terrenos libres los despoblados en beneficio de los cotos. El pueblo-cazador es defraudado por el señor-cazador, reminiscencia feudal que no podemos tolerar pensando en el hombre anónimo que paga su licencia y sale cada domingo al campo en busca de un esparcimiento.

En sustancia, esta nueva actividad viene a coronar un largo proceso de incivildad y de pérdida del sentido de convivencia. El «después de mí, el diluvio», ha tomado carta de naturaleza en la sociedad moderna. Por otro lado, es obvio que el refinamiento, la facilidad de vivir, va anulando en el hombre el afán de lucha, el espíritu de conquista. La progresiva desvitaminación del fútbol, la renuncia a la «furia» como

elemento primordial de nuestros éxitos, encuentra su paralelo en otros campos. Tal, el de la ca-

za. En la caza también existía la «furia española» y también esta «furia» cinegética está en trance de desaparecer. El aliciente primero de la caza estriba en contrarrestar la defensa de las especies a base de un esfuerzo físico del cazador. Pero el hombre de hoy ya no está para esfuerzos. Paso a paso va simplificando los procedimientos.

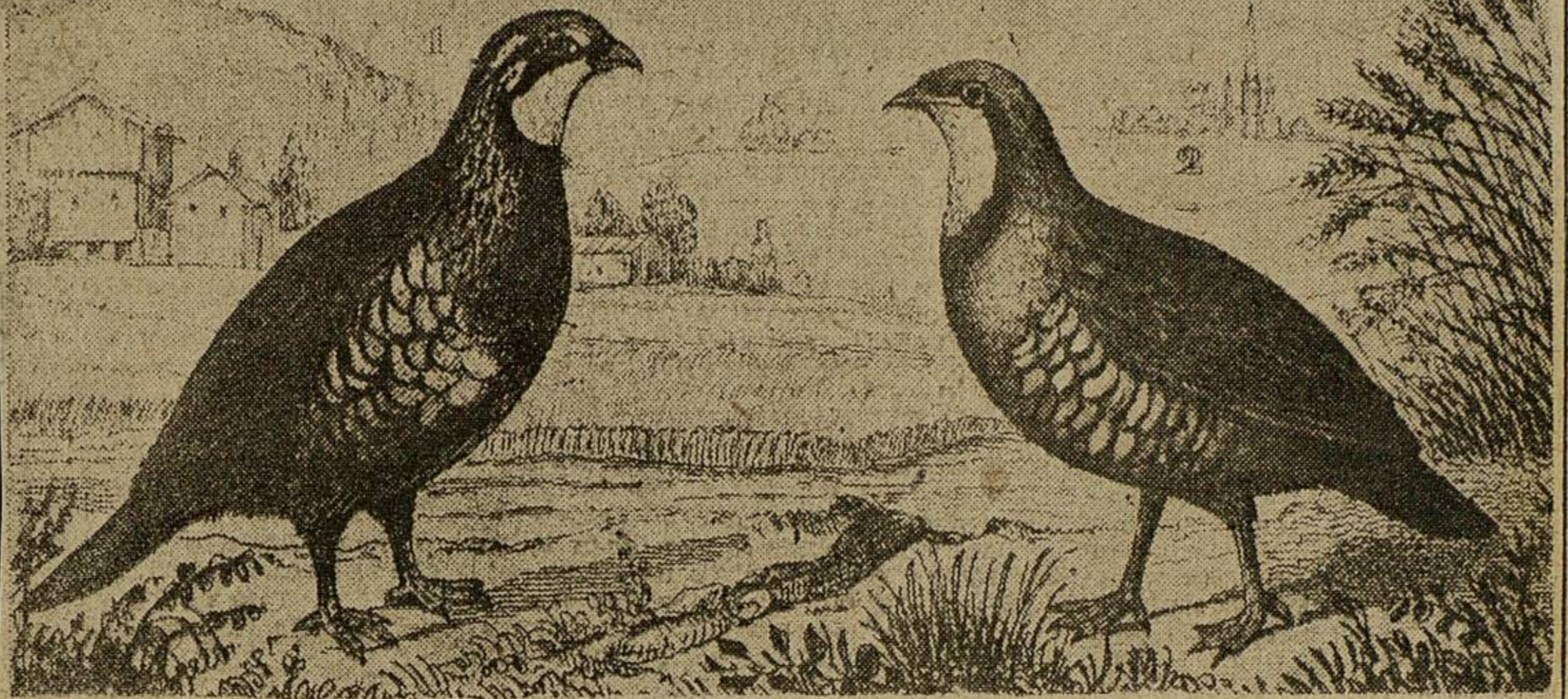
Busca una fórmula para no tener que ir él a la caza, sino que sea la caza la que venga a él. Persigue a las especies antes de que estas acaben de desarrollarse. Utiliza el reclamo y la espera. En una palabra, trata de sustituir el esfuerzo por la astucia, o por la traición. La «furia» apenas tiene hoy sentido en la caza ni en ninguna otra actividad deportiva. El cazador de 1962 no procura tanto contrarrestar las defensas de la caza como enervarlas. Por este camino se ha llegado a la lamentable actividad que hoy denunciamos: a capturar las especies antes de que las especies sean, es decir, antes de que sus defensas se hayan insinuado; en una palabra, nuestra progresiva molicie ha hecho posible la aparición —como nuevo Tartarín redivivo— de esa triste figura del cazador de huevos de perdiz.

Creo interpretar los sentimientos de los numerosos cazadores honrados del país, al pedir un escarmiento ejemplar para esta fauna antisocial. Mano dura para el autor material de la destrucción de nidos, sí, pero durísima para los inductores que se amparan en la sombra. El hecho de que en la provincia de Valladolid se hayan descubierto estas infracciones no quiere decir que en otros lugares no existan. Activar la vigilancia, retribuir decorosamente a la guardería, agravar las sanciones de la vigente ley de caza, son medidas que deben adoptarse si no queremos que nuestra perdiz roja pase a ser en pocos años un recuerdo histórico.

MIGUEL DELIBES

EL INSTINTO DE LA CAZA

MD



TODOS los años, por estas fechas, es punto menos que obligado hablar de la codorniz. Esto quiere decir, como ya advertí en ocasión pareja, que la codorniz es bastante menos sencilla que lo que el fabulista pretendía. Llamar sencilla a la codorniz constituye una afirmación tan gratuita como aquella otra de un excelente amigo mío, tan buen periodista como mediocre cazador, que la consideraba el ave más decorativa del campo castellano. A la codorniz es difícil verla, a no ser enjaulada, y en cuanto a su sencillez habrá que ponerla en tela de juicio desde el momento en que a los cazadores nos trae de cabeza de unos años a esta parte.

¿Qué ocurre con la codorniz en Castilla? Sencillamente, que cada verano se ven menos en nuestros trigales, hecho que nos obliga a revisar conceptos en torno a sus pretendidas costumbres. Porque lo más curioso es que la codorniz ha ido a menos en Castilla a medida que la verdura iba a más. Es decir, no es éste el motivo de su progresiva reticencia en frecuentar nuestros campos, como no lo es la disminución de la temperatura, ya que este año el sol apretó de firme y los pájaros capturados fueron bien escasos. ¿Qué sucede entonces? Yo entiendo que, aparte del incremento de las escopetas —en los primeros días de la temporada es más sencillo encontrar en las ras-

trojeras un cazador que una codorniz—, el regadío de Badajoz ha perjudicado mucho a Castilla. Si la codorniz encuentra comida y fresca en Extremadura, ¿para qué ir más lejos siendo como es un ave perezosa y remisa al vuelo?

Algunos amigos me han contado que la codorniz ha encontrado en Extremadura terreno tan propicio que incluso inverna allí y en diciembre es fácil matar en un par de horas una docena de estas aves. Convengamos, pues, en que las transformaciones agrarias y topográficas influyen no poco en los movimientos migratorios de los pájaros. Pero

POR MIGUEL DELIBES

hay más. Aceptando que haya subido poca codorniz este año, yo puedo afirmar que el mayor número de ellas las he cobrado no en los extensos trigales de Tierra de Campos, ni en los rastros rayanos a alfalfas y maíces, sino en los pajonales aislados de los páramos, muy al norte, en Burgos o León y, por añadidura, no en los del trigo, sino en los de cebada. Quiere esto decir que la codorniz contradice las viejas tradiciones y, quizá, por instinto de conservación, está modificando sus hábitos. En suma, la codorniz se esconde y reposa allí donde menos se la busca.

Esto es muy explicable si recordamos que el instinto de ocultación en la

caza constituye su más positiva defensa. Ortega sostiene que la liebre que en origen era animal diurno, se habituó a la nocturnidad como medio de pervivencia más eficaz. Si la liebre corriese de día, se alimentara de día, se delatase espontáneamente, no habría sobrevivido. Hoy sería una mera reliquia. Y si esto es así nada tiene de extraño que las especies en general se adapten a las conquistas de la civilización con cierto apresuramiento. Todo buen cazador habrá observado que hace treinta y tantos años las liebres salían a los caminos, a la luz de los focos de los automóviles

me ha sucedido este año con los cangrejos. La sañuda persecución declarada contra ellos les ha movido, sin duda, a alterar sus seculares costumbres. Los remansos profundos, sucios de broza fueron de siempre los preferidos por los cangrejos y, consecuentemente, por los cangrejeros.

Pues bien mis presas más sustanciosas y pingües las conseguí este año en las corrientes, en las aguas movidas, de poca profundidad y lecho limpio. Esto equivale a decir que el cangrejo «conoce» los propósitos del pescador y trata de eludirlos. Afortunadamente,

las especies no se confían a la protección de la ley y apelan a sus propios recursos para

defenderse.

Sin ánimo de sentar doctrina, yo quiero ver en las deslucidas cacerías de codornices de los últimos años, antes que un síntoma de escasez, un progreso de estas aves en su estrategia defensiva.

Repito que en un páramo, en una rastrojera de cebada de dos hectáreas mal medidas, un amigo y yo hemos cobrado tres docenas de codornices en apenas tres horas. El pajonal era un islote entre yermos de tomillos y brezos, es decir, un «mal cazadero» con arreglo a las teorías de 1930, pero no tan malo —a la vista está— en 1962. Los teóricos de la cinegética tienen al parecer un ancho campo donde dirigir en lo sucesivo sus lucubraciones.



OPINIONES

Prohibido
TOSER

Por MIGUEL
DELIBES



LOS indios llaman al cuerpo humano «la casa de las nueve puertas», en atención a los nueve orificios que comunican el interior con el exterior. La educación no estriba sino en limitar la actividad de esas puertas, supuesto que cada una tiene una misión estricta más allá de la cual se cae en el exceso. Hay palabras que no deben ser pronunciadas, desahogos que hay que reprimir y escenas indignas de ser vistas. La casa con nueve puertas es lógicamente más difícil de guardar que la que sólo tiene dos, y en la vigilancia asidua de estos accesos reside la posibilidad de convivencia. Hoy los pueblos que no refrenan su lengua se conforman con la coexistencia, que es fórmula de respeto en vez de aspirar a convivir, que es más bien una forma de cordialidad.

Nuestros clásicos aluden con frecuencia enojosa a impulsos fisiológicos que en nuestro tiempo no pueden ni mencionarse. De ello deducimos que hubo una época en que ciertas manifestaciones groseras no se evitaban e incluso se consideraban naturales. La civilización ha ido imponiendo controles y ahora abocamos a una era en la que a tos está a punto de ser incluida en el índice de los actos vergonzosos. Esto, al menos, afirma el doctor Díez Blanco, para quien la tos es «un acto reflejo semivoluntario y, por consiguiente, evitable». La higiene y en menor grado la urbanidad terminarán por arrumbar la tos en el desván de las manifestaciones execrables. Proceso curioso cuya investigación nos llevaría a alumbrar una historia del refinamiento y los buenos modales.

Hace unos días ocurrió en mi ciudad un hecho notable. Un orador afamado interrumpió su disertación en vista de que el coro de toses, carraspeos y estornudos iba tomando caracteres de unanimidad entre el auditorio. Advertido éste de las causas de la interrupción, el orador pudo continuar su perorata durante una hora sin que volviese a esoucharse en la sala una sola tos inoportuna. Este hecho demuestra que el doctor Díez Blanco tiene razón y que la tos puede administrarse y aun suprimirse, particularmente si a los motivos de atención y respeto aludidos unimos otros de conveniencia general y aun de propia conveniencia, supuesto que la tos no produce otro efecto que el de irritar todavía más las mucosas afectadas por el catarro. La tos llama a la tos, y cualquiera que sea un poco observador habrá reparado en las proporciones desagradables que alcanza la tos irreprimida en la noche. Se aducirá que nadie tose por gusto, pero a esto puede objetarse que son muy pocos los que dejan de toser cuando el espasmo podría evitarse a poca costa.

Conviene, pues, difundir el concepto de que la tos debe ser incluida en la lista negra de los actos vergonzosos. Sin duda la campaña no será empresa de un día, pero ya es un consuelo pensar que nuestros nietos podrán asistir el día de mañana a conciertos, conferencias y recitales sin que toses impertinentes les hagan perder el hilo de la exposición. El público de teatro tose menos que el de cine, el de concierto tose aun menos que el de teatro. Esto no prueba que la música sea el mejor antidoto contra el catarro, sino que entre público y público existe una diferencia de educación.

Se trata de eliminar la tos de las relaciones sociales y de considerarla en un próximo futuro una manifestación de mal gusto y grosería. Se trata, en suma, de establecer una distancia entre el hombre primitivo (casa con nueve puertas abiertas de par en par) y hombre civilizado (casa con nueve puertas entornadas). En fin, que el mundo va progresando que es una barbaridad.

MIGUEL DELIBES

OPINIONES

Curas para la vida y la muerte

Por MIGUEL DELIBES



LA propaganda en favor del Seminario acostumbra a resumir sus argumentos en la figura del sacerdote como compañero de la muerte, eludiendo lo esencial, es decir, la misión del sacerdote como compañero de la vida, supuesto que esto envuelve aquello. Lo primero, si magnífico, no deja de ser una forma de egoísmo bien entendido, mas al ayudar al Seminario, tanto como en la propia muerte, conviene pensar en la vida y expansión de la idea católica. El sacerdote católico, aparte ayudarnos a bien morir, tiene a su cargo una misión excelsa como es la de ayudarnos a bien vivir.

Hoy día, a pesar de los sombríos augurios de los pesimistas, se observa en el mundo un brote creciente de espiritualidad. En su reciente mensaje a los párrocos y predicadores dice el Papa: «En medio de las tinieblas de un mundo paganizado nacen, cada vez más, espíritus selectos de toda edad y condición.» ¿Es posible aun dudar de esta realidad manifiesta? Desde un punto de vista cristiano será seguramente preferible el antagonismo ideológico actual que un mundo uniformado en la tibieza y la rutina. Siempre será mejor que exista lo bueno-bueno frente a lo malo-malo que no la esterilidad del conformismo. Hoy el mundo, en el terreno ideológico, está lleno de contrastes; las diferencias son extremosas. La misma aparición de los sacerdotes obreros revela la existencia de una abnegada corriente de espiritualidad, siquiera, a veces, en un exceso de celo, se caiga en la extralimitación. Ciertamente que el mundo actual brinda al observador unas perspectivas confusas, mas no olvidemos que el fracaso reiterado de ideas con una visión parcial del problema Hombre siempre empujó a éste hacia lo alto.

En nuestra época se habla un poco infundadamente de descomposición social, decadencia de la vida de familia, escasez de vocaciones sacerdotales, etcétera, etc. Tal vez si yo ahora afirmase que encuentro la vida de familia en España más sólidamente apuntalada que nunca, alguno se escandalizaría. Pero así es, o yo al menos así lo veo. El marido ha sido ganado para el hogar, y si es cierto que la vida propiamente doméstica se debilita, no se achaque a frivolidad, sino a que el hombre de hoy trabaja más que el de ayer, y la mujer, contrariamente a lo que acontecía en un próximo pasado, le acompaña en sus distracciones. Siempre representará un consuelo el hecho de que tendiendo las características de la época a la dispersión familiar, los matrimonios, sin perder el ritmo de la vida moderna, plégame a las circunstancias, conservan, fortalecida, la consciencia del vínculo.

Otro tanto ocurre con el sacerdote. Los curas han salido de su concha, y hoy presentan batalla en el terreno que exige la moderna organización social. Hay que acomodar el paso a las circunstancias, y hoy es fácil hallar a un sacerdote que explica el alcance de una película o que pronuncia una charla semanal por radio. En las pequeñas provincias se percibe mejor que en las grandes el dinamismo del clero, su preocupación por problemas que antes desdeñaba por considerarlos al margen de su esfera. Son, en general, sacerdotes nuevos, polifacéticos, infatigables, con los ojos abiertos a todas las inquietudes y un elevado concepto de su ministerio. Este tipo de sacerdote, producto congruente de la época, lleno de santa disconformidad, desprendido de todo egoísmo, se nos presenta en toda su grandeza en el delicioso libro de don José Luis Martín Descalzo —un sacerdote de apenas veinticuatro años— titulado «Un cura se confiesa». Es ante un libro así que descubrimos y comprendemos el sacerdocio, cuya presencia en el mundo justifica el padre Martín Descalzo en estas hermosas palabras: «Dios tiene necesidad de hombres que le ayuden a salvar a los hombres que tienen necesidad de Dios.»

Es esta abnegada actividad, orientando la corriente espiritual que se observa cada vez más poderosa en el mundo, la que debemos representarnos al meditar en las necesidades del Seminario antes que el temor egoísta de una muerte sin confesión. En cualquier caso, tengamos presente que el mundo necesita sacerdotes, el sacerdote seminarios y el seminario dinero y oración.

OPINIONES

CIUDADES IMPERSONALES

Por MIGUEL DELIBES



EN las ciudades americanas y europeas que he visitado en el último año he observado una tendencia borreguil hacia la uniformidad. Es este un fenómeno universal, supuesto que la fundamental preocupación de los ediles del mundo entero, empezando por los de casa, es el desarrollo de las grandes vías y del ornato vegetal excesivamente relamido, del alarde botánico que pudiéramos llamar de artesanía. Este hecho motiva que las ciudades que carecen de historia, de piedras básicas, sean ciudades impersonales, cuya diferenciación se hace prácticamente imposible. Las pequeñas capitales se esfuerzan en disipar su aire provinciano, y su mayor orgullo estriba en hacer hermosas calzadas para sus automóviles. Nada digamos de las capitales de Estado, cuya marcha es tan acompasada, que a uno le va resultando difícil, sin atender a otros motivos, saber por qué continente se mueve. Así, Río de Janeiro, Buenos Aires y Santiago de Chile son ciudades que evidentemente aspiran a lo mismo; sus diferencias son de matiz o de cantidad, nunca más profundas. El funcionalismo ha saltado fronteras, ha vadeado mares y hoy el nuevo mundo, salvo en aquellos sectores con una huella palpable del pasado, ofrece una perspectiva irritante en fuerza de regularidad de factura y de tonos. En las ciudades citadas, la particularidad de Río proviene de su luz y de su fronda; la de Buenos Aires, de su enorme densidad demográfica, y la de Santiago, de su decoración andina. Arquitectónicamente, urbanísticamente —aparte alguna audacia vanguardista de los brasileños—, estas ciudades carecen de notas sustanciales, definidoras.

Otro tanto acontece en Europa. En realidad, a Europa la salvan sus vestigios y sus tradiciones. Por mucho que se esfuercen los ediles europeos en borrar el carácter de sus ciudades, no podrán conseguirlo en mucho tiempo. En Europa, cada ciudad tiene su sello, siquiera este sello no se haga ostensible en sus barrios céntricos, todos ellos pretenciosos en su avidez de modernidad. Por regla general, lo que el visitante estima en las ciudades que visita constituye una vergüenza para los nativos. Nada más ingrato que tratar de llevar a los ediles al convencimiento de que sin hacer de la ciudad una antigualla, cabe buscar una adecuación entre el pasado y el presente; es decir, que los barrios modernos de las ciudades no tienen por qué propender a rimar con los de la capital vecina más importante, sino con los barrios periféricos y con las características de la región y sus habitantes. Si urbanísticamente trascendieron antaño esas diferencias, no hay razón para hacerlas desaparecer en nuestros días. A Nápoles le darán la puntilla el día que modernicen sus barrios altos, sus barrios populares, únicos que comunican al visitante una idea aproximada de la vitalidad, de la debilidad exhibicionista de la región. A Cádiz no le dan carácter sus monumentos, sino la simetría, la angostura de sus calles, los miradores colgantes de sus casas de tres pisos, su albuza con rebrillo de cristales, de un acentuado aire colonial. Nápoles y Cádiz no han renunciado al progreso, pero tampoco en aras de éste han sacrificado su personalidad.

El declinante acento personal de las ciudades corresponde al declinante acento personal de los individuos. La producción en cadena está desatando efectos que rebasan el ámbito estrictamente industrial y económico. Al cine se le ha acusado asimismo de uniformar psicologías, de facilitar un clisé tentador de seres atractivos y superficiales para que hombres y mujeres tomen modelo de él. Yo entiendo que el fenómeno obedece al anhelo, siempre vigente, pero acentuado en nuestros días, de aparentar más de lo que se es. Esta postura comporta un afán imitativo que en la mujer se traduce en copiar a su artista predilecta, y en los ediles provincianos, en aproximar lo más posible la ciudad que rigen a la capital del país. La tentación del modelo provoca uniformidad, síntoma de decadencia y de falta de espíritu e imaginación; de dotes creadoras, en suma.

FUNDACION MIGUEL DELIBES

MD

ANARQUÍA a cien por hora

Por MIGUEL DELIBES

NO es un descubrimiento afirmar que el español posee un temperamento anárquico y que es el nuestro uno de los países más reacios a someterse a una disciplina colectiva que facilite la convivencia. Por regla general, el español no se sujeta sino a la coacción, y cuando tiene la certeza de no ser vigilado, quebranta cuantas normas de disciplina social se le pongan por delante. Esta característica es general, se observa lo mismo en los de arriba que en los de abajo, y si éstos ciertamente no se esfuerzan en adaptar su conducta a las normas convencionales que rigen la vida de relación, tampoco aquéllos se desazonan por hacer más fácil su cumplimiento.



Ahora, en vista del aumento de automóviles y de la mayor velocidad que desarrollan, el tema de la circulación se ha puesto de moda. Se habla como nunca de los problemas del tráfico, y se ha dicho de quienes contravienen el código de circulación que son criminales de carretera. Hay que ver desde Nuremberg acá cómo se ha ensanchado la especificación de la criminalidad. Lo cierto es que, hablando hablando, acaban por desenfocarse los temas y por esterilizarse los resultados. En la zona de Castilla, donde ordinariamente me muevo, los ciclistas continúan circulando sin luz, los carros por su izquierda y algunos automovilistas sólo dan el cruce cuando su antagonista es tuerto o se trata de una motocicleta. Esto quiere decir que por voluntad de los más interesados en mantener un orden, el tráfico sería en España, de no gravitar constantemente sobre las cabezas de los motoristas el riesgo de una sanción, una completa anarquía.

Pero es que hay más. En nuestro país se le dan al automovilista toda clase de facilidades para convertirse en un criminal de carretera. Se le dice: «Circula por tu derecha», cuando su derecha suele ser un pasillo polvoriento, con el borde de la cuneta mordido y el pavimento minado. Se le dice: «Observa las señales de tráfico», pero resulta que los postes indicadores se expresan unas veces con arreglo a un lenguaje internacional y otras en limpio y sencillo castellano. Hace un par de meses me decía un alemán que había estado a pique de sufrir un accidente grave en la hoz de Corrales de Buelna. Existe allí un trecho peligrosísimo con motivo de unas inacabables obras de desviación de un paso a nivel que se indican con un cartelón lacónico: «Precaución, obras». Mi amigo alemán, que desconoce el castellano, no sabía a ciencia cierta si se trataba del anuncio de un hotel o de una marca de neumáticos. En el código internacional de señales existe una claramente diferenciada para indicar el peligro. Otro tanto diríamos de los tramos de apariencia inocua que se transforman en pistas de patinar tan pronto caen cuatro gotas. Uno de ellos es el kilómetro 177 de la carretera Madrid-Valladolid, donde el año pasado se sucedieron seis accidentes, cuatro de ellos graves. A pesar de haberse insistido en la necesidad de señalar ese peligro, la carretera continúa invitando a la velocidad con lluvia o sin ella. Nadie, al parecer, pone interés en que los sensibles accidentes del pasado año no vuelvan a repetirse.

Estamos llenos de buena voluntad, pero prevalece en nosotros un criterio providencialista. El español procede a ramalazos, de una manera discontinua. La improvisación le encanta; la organización le fatiga. Todos los españoles nos proponemos cada primero de enero iniciar una nueva vida, para al tercer día caer en los mismos yerros y defectos que el año anterior. Todo esto, que puede tener su atractivo, se convierte en un peligro evidente cuando la anarquía se lleva a la carretera y los automóviles alcanzan fácilmente velocidades superiores a los cien kilómetros a la hora.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

ento
ar la
o el
De
divi-
Siria
Chur-
De
o so-
toda
ia li-
rse a
se ad-
o, De
n ido
a una
Chur-
tó las
ecian;
en

OPINIONES HABLEMOS DEL TIEMPO

Por MIGUEL DELIBES



MD

OBSERVO un cierto pudor entre la gente que escribe en los periódicos a decidirse a hablar del tiempo, supongo que por aquello de que uno habla del tiempo cuando no tiene a mano otro tema de que hablar. Esto es cierto, mas nadie puede desconocer que hoy el tiempo, el mal tiempo, o si se prefiere el buen tiempo a destiempo, constituye un tema de importancia. Nuestros padres hablaron de febrerillo loco; hoy esto no sería oportuno, supuesto que la locura se ha contagiado a los once meses restantes del calendario. El tiempo está desquiciado, imagino que por aquello de marchar acorde con la neurosis de la época.

En los pueblos de Castilla, donde los refranes todo lo arreglan, dicen que ya se sabe: «Año bisiesto, año mal gesto». La sabiduría del refranero sería más convincente si los refranes, con demasiada frecuencia, no nacieran «a posteriori». Uno, en puridad, con este asunto de los refranes no sabe nunca a qué carta quedarse. Hace unos días se ahogaron en el río de mi ciudad dos muchachos, pero el doble drama apenas sorprendió a la gente del pueblo, porque es cosa sabida que «la semana del Carmen el río come carne». En cualquier caso, no creo que el carácter bisiesto haya influido demasiado en estos quebros, en estos zig-zags vertiginosos en que 1956 está siendo tan pródigo.

Hace muy pocos años, los escritores, con menos escrúpulos que hoy, escribieron mucho sobre el tiempo y vinieron a convenir en que los inviernos ya no eran tan fríos ni los veranos tan calientes como antaño. Valiosas conclusiones, sin duda, alumbradas en el tibio nido de la nostalgia. Sin nada que objetar a las conclusiones de mis colegas, si quiero observar que hace veinte o treinta años, es decir, antes de llegarles la facultad de decisión, mis colegas madrugaban en invierno y hoy no madrugan. Se trata de un factor a considerar siquiera no deje de reconocer que en 1956 los sabañones están en franca, acelerada decadencia.

Hubo otras razones para que años atrás los escritores escribiesen sobre el tiempo. Razones poéticas, enternecedores equívocos vegetales, como el que indujo a un peral del Barco de Avila a florecer en la segunda quincena de noviembre. Sin adornos botánicos, sin floridos equívocos, sin concesiones a la galería, 1956 nos está brindando motivos de sobra para que hablemos de su versatilidad, de su desconcertante, ingenua volubilidad climatológica. Es suficiente una corta mirada atrás para justificarme. Recordemos las nevadas décimonónicas de la última semana de febrero, los aguaceros de marzo, el calor tórrido de la primera quincena de mayo y el frío de junio. El muestrario no puede ser ni más vario ni más aparatoso. Sin remontarnos tanto, consideremos la feroz jugada de julio, el mes en que busca la sombra el hombre, el mes en que de ordinario playas y balnearios hacen su agosto, y convengamos en que 1956 merece tanto o más que 1954 o 1953 que los escritores hablen de él. Si no se hizo hasta ahora, ya es momento de empezar a hacerlo; no es preciso, y hasta resultaría un poco mezquino aguardar a la consumación del ciclo para cargarnos de razones. Si es caso las últimas volubidades del otoño ya nos darán ocasión para otro artículo.

Hablemos del tiempo, el tema del día, y no nos crucemos puerilmente, resignadamente de brazos como nuestros campesinos de Castilla, aceptando como fatal aquello de que «Año bisiesto, año mal gesto».

FUNDACION MIGUEL DELIBES



OPINIONES

HERMOSAS

ciudades para

niños tontos

Por MIGUEL

DELIBES



La inquietud edilicia de nuestro país se centra especialmente en los jardines y los pavimentos, tal vez porque a los ojos de los viajeros son estas realidades las más ostensibles. De un tiempo a esta parte los españoles vivimos demasiado pendientes de los turistas. Ante un rincón desaseado de una ciudad, el periodista de turno se pregunta: ¿Qué dirán los turistas que nos visiten? Ciertamente, esta preocupación ha constituido un estímulo no desdeñable en la mayor parte de los casos. Los españoles, además de otras cosas, tenemos un amor propio muy arraigado, y, como esas amas de casa puntillosas y complicadas, deseamos antes que nada que las visitas se lleven de nosotros y de nuestra casa la mejor impresión.

Pero a nadie se le ha ocurrido, que yo sepa, preguntarse qué dirán nuestros niños ante un parque primorosamente cuidado donde se les prohíbe jugar a la pelota, montar en bicicleta y patinar. Me refiero, naturalmente, al cada día más nutrido ejército de los niños en su primera infancia. Estos niños, nuestros niños, están sometidos a un control excesivamente riguroso; son niños que crecen de la mano y que corren el riesgo de que al llegar a mayores no acierten a desasirse. El mundo, por rega genera, enseña a los pequeños a caminar solos desde que pueden valerse. Los españoles, por el contrario, nos acostumbramos a guiarlos, nos comprometemos en destruir en ellos toda iniciativa so pretexto de que a los niños no pueden ocurrírseles sino diabluras. Y si por azar alguna previsión se escapa a la autoridad paterna, ahí están las conminaciones edilicias: «No jugar a la pelota.» «No montar en bicicleta.» «No patinar.» De este modo, nuestras ciudades se ensanchan mientras nuestra infancia se encanija. El asfalto y las zonas verdes componen una armonía, pero nuestros niños han de andar sobre ellos como pisando huevos. En España damos mucho al lado estético y poco al práctico; nos preocupa más la habitación que los habitantes. De este modo, llegada la edad de las decisiones, el español se ve obligado a enrolarse en el grupo o la capillita; no acierta a caminar si no es de la mano de alguien, bajo una tutela. Todavía recuerda: «No patinar.» «No montar en bicicleta.» «No jugar a la pelota.» Y el que quiera patinar, jugar a la pelota o montar en bicicleta debe irse a las afueras, lejos, a tres o cuatro kilómetros del casco de la población; se le aparta del rebaño. Si comparamos nuestros densos y vastos planes de estudios con las limitaciones edilicias impuestas a nuestra infancia, llegaremos a la conclusión de que preparamos unas generaciones de hombres renacuajos, de hombres que apenas tengan otra cosa que una eminente y descomunal cabeza. Esto no es equitativo. Yo propondría encaminar las reformas municipales no en beneficio de las flores y el pavimento, sino en el de los niños. Si las hermosas flores y el pulido pavimento se nos diera por añadidura, miel sobre hojuelas.

Si; las ciudades del mundo propenden a que la infancia encuentre en ellas fácil esparcimiento, a proporcionar un desfogamiento aseguible dentro de un clima de seguridad. La distracción, el ejercicio de los niños constituye en los países civilizados una preocupación de primer grado. Así, apenas hay parque sin zonas donde la infancia pueda correr en bicicleta, andar sobre patines, jugar a la pelota o simplemente hacer montoncitos. Las ciudades no se levantan sobre un gigantesco, atemorizador NO, sino sobre un orden protector y racional. De este modo se prepara a los niños para que el día de mañana cada cual pueda tener la suerte que merezca, sin necesidad de acompañar su marcha al ritmo de un determinado grupo. Uno entiende que no conduce a nada bueno ese criterio de edificar hermosas ciudades para niños tontos, y, en consecuencia, se atreve a proponer desde este humilde rincón que los españoles empiecen a pensar un poco más en los niños y un poco menos en los turistas. Y al decir turistas, uno piensa en las flores y los pavimentos y otras muchas cosas.

UN VIAJERO DE TERCERA

Por MIGUEL DELIBES

BIOGRAFIAS como la última que he leído de Albert Schweitzer, premio Nobel de la Paz 1953, deberían constituir lectura obligatoria en las escuelas del mundo, particularmente en esta hora en que todos nos esforzamos en ser más ricos, pero muy pocos en ser mejores o en ser más útiles. Albert Schweitzer nos brinda una lección múltiple, como múltiple y polifacético fueron su talento y su vitalidad. A mi entender, lo menos ejemplar de Albert Schweitzer, con serlo mucho, fueron sus ideas. El ejemplo de Schweitzer es ejemplo de conducta; Schweitzer es el prototipo del hombre que, pese a su valía, solicita siempre el puesto de mayor peligro y responsabilidad. No se conforma con invitar al prójimo a la acción; él es la acción. Quiero decir con esto que Albert Schweitzer no nos da una lección dogmática; Schweitzer no es el orador apasionado y henchido; es, sencillamente, el hombre que predica con el ejemplo. En el momento de su consagración en Europa como artista y como intelectual, Schweitzer lo abandona todo para atender a los sufrimientos de sus hermanos negros en el corazón de Africa. Lambarene, su ciudad-hospital, constituye un símbolo de lo que podría llegar a ser el mundo si los problemas universales se planteasen con la generosidad y elevación de miras con que lo hizo siempre en su reducido mundo el organista de Günsbach.

Anotemos algo esencial: para Schweitzer, la acción no es la violencia. Schweitzer —de ahí su lección sustancial— detesta la violencia y demuestra, sin embargo, que existe un heroísmo superior al que pueda conquistarse con las armas en la mano. El quid de la profunda filosofía de Albert Schweitzer, que forjó sus ideas entre los más prosaicos y abnegados menesteres, reside en la máxima del “profundo respeto a la vida”. En esta época en que el cine y la literatura propenden a la exaltación del héroe violento, la trayectoria vital de Albert Schweitzer representa un ejemplo hermoso e inusitado.

La singularidad de este ser reside precisamente en su decidida oposición a las corrientes que privan en su época. Así, su polifacetismo asombroso. Schweitzer es el hombre que no delega en los demás las tareas accesorias. Todo lo lleva a cabo él solo. Su fecunda vida constituye una prueba palpable de las posibilidades del individuo cuando son alentadas por un ideal. Schweitzer es la constancia; es el hombre que inició distintos caminos y los recorrió todos hasta el fin. Su polifacetismo resulta sorprendente en una era cada vez más dada a la especialización, al dominio exhaustivo, con rigurosa exclusividad, de una minúscula parcela de ciencia. Schweitzer es aun más inquieto que los grandes hombres del Renacimiento italiano: predicador y médico; organista y filósofo; arquitecto y misionero; conferenciante y labrador. Asombra observar cómo un hombre de tantas y tan opuestas facetas pudo alcanzar en una sola vida el relieve máximo en cada una de ellas.

Mas la suprema lección que nos brinda este ser extraordinario es una lección de modestia. En esta época tan dada al endiosamiento, donde hasta el más mediocre pontifica y el presunto valor no tiene paciencia para aguardar la confirmación ajena, alcanza un relieve insólito la sencilla humanidad de Albert Schweitzer, un hombre desentendido de toda vanidad, que ni aun en los días en que su nombre fué triunfalmente paseado por los cinco Continentes renunció a su proverbial humildad, a su vocación por los vagones de tercera clase, cuando son tantos —¡oh, Dios!— los que hoy viajan en clase superior a la que en realidad les corresponde.

Todo esto me hace pensar en la conveniencia de divulgar las vidas de estos hombres verdaderamente grandes en lugar de calentar las mentes infantiles con hazañas de violencia en las que el odio es, generalmente, el principal motor.

69
MD

Los mundos ignorados

Por Miguel DELIBES

CONFÓRME pasan los años, advierte el hombre cuán reducida es la parcela de la que apenas si domina cuatro cosas fundamentales. Imagino que será necesario llegar a viejo para tener la medida de la propia ignorancia. Quiero decir con esto que cada día uno habla y escribe con menos seguridad, supuesto que por cada cosa nueva que aprende descubre cuatro o cinco que ignora; advierte que su isla de experiencias y conocimientos va reduciéndose en tanto aumenta el océano de nebulosidades que le envuelve. En suma, entiendo que el pecado de soberbia es el menos explicable de todos los pecados.

La tradicional separación de los intelectuales españoles llevado en el país a punta de lanza. Quienes hicimos un bachillerato de seis años en compañía de los que hoy son ingenieros o arquitectos y nos metimos luego en el campo de las letras, apenas llegamos a dominar las ecuaciones de segundo grado, lo que no es óbice para que, al rebasar la treintena se nos haya empequeñecido aún más el poco sugestivo —para nosotros— campo de la matemática y apenas si alcanzamos ya a resolver con éxito una modesta raíz cuadrada.

Algo semejante les sucede a los matemáticos, para quienes el mundo de las letras es un mundo casi frívolo, y si en ocasiones emplean la A y la B es para llenar un encerrado con una serie de operaciones cabalísticas que constituyen algo así como el surrealismo de la literatura. El médico, que viene a servir de enlace de ambas esferas, puede llegar a hacer literatura e incluso a operar con el número "e", número que para nosotros los escritores no es más que una letra y único punto de coincidencia de dos mundos inconciliables.

Imagino que el nuevo plan de Segunda Enseñanza que separa en cuarto año a los hombrecitos de letras de los hombrecitos de ciencias no ayudará nada a facilitar un entendimiento entre ellos. En nuestro país el hombre de ciencia seguirá siendo un ente hermético, cada día más incomprendible para el hombre de letras, y a la inversa.

De ordinario, escritores y matemáticos se jactan respectivamente de su limitación. El escritor suele decir que le bastan las matemáticas en cuanto le sirvan para comprobar si sus liquidaciones son exactas, mientras el científico asegura que la literatura es hasta la fecha el más eficaz soporífero inventado por el hombre. En el fondo de estos menosprecios late un fondo de respeto y aún de admiración hacia otro mundo apenas entrevisto; hacia un mundo que unos y otros no se sienten capaces de comprender.

Lo grave acontece cuando el hombre descubre que además de ese otro mundo que le es perfectamente extraño, existen otros muchos mundos de los que por desconocer incluso su base más rudimentaria ignoraba hasta su existencia. Uno, que, como todo hombre que ha rebasado la treintena, tiene sus pequeñas manías que al fin y a la postre son las que nos salvan a todos del manicomio, ha sentido de pronto la llamada de la pintura. Uno, ingenuamente, creía que la pintura era un arte, y como tal su ejercicio y dominio no era sino una cuestión de práctica y aprendizaje.

Han sido suficientes dos inteligentes lecciones para que uno advierta que detrás de un cuadro existe una larga y prolongada teoría de conocimientos que participan por igual de las ciencias y de las letras. En definitiva, uno presiente que puede llegar a ser un buen pintor, no porque domine esas hermosas y fascinantes teorías de la proyección octogonal, los puntos de fuga, las visuales, la perspectiva caballera y la cónica, sino porque haya nacido con algo que decir con sus pinceles. Esto no obsta para que el descubrimiento de ese mundo insospechado, de sugestiva precisión, le haya dejado atónito.

Pintar no representa un simple proceso que conduce del palote a la figura humana, pasando por la manzana, la taza y el yeso, como uno ingenuamente presumía, sino una serie de conocimientos teórico-prácticos, asimilados en prolongadas jornadas de estudio suficientes para que el artista haga ver corporeidad y volumen donde no hay más que una superficie plana. Esto no es sólo cuestión de luces y sombras, de colores y matices, de genio e ingenio, sino la coronación de un proceso formativo a través de unas reglas ineludiblese que el profano está muy lejos de sospechar.

En suma, uno tiene que vivir para percatarse de su insignificancia, para darse cuenta de las cosas que ignora. Lanzar de vez en cuando una ojeada a los mundos ajenos, mundos en los que se mueven nuestros semejantes, comporta la más sencilla lección de humildad que el hombre puede recibir en estos días.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

COLABORACION

MD

La torre de papel

Leo con sorpresa y con un sentimiento irreprimible de envidia que los países del Euratom han abolido los pasaportes y sus respectivos ciudadanos podrán circular por seis países con la misma facilidad que un madrileño se traslada de su casa a la sierra.

Se ha hablado mucho de progreso en los últimos años, cuando en realidad el mundo no había salido de un doloroso punto muerto, ya que si la penicilina venía a prolongar nuestra vida, la bomba atómica amenazaba —y amenaza aún— con abreviarla. Sólo ahora, a la vista de la sabia medida adoptada por seis países europeos que han decidido proscribir los pasaportes, empieza uno a creer en un positivo y eficaz progreso del mundo.

Hasta hoy nuestra civilización se ha caracterizado por el papeleo. A mayor civilización mayor número de papeles. De la Edad de Piedra a nuestros días no hemos hecho sino multiplicar año tras año el número de papeles. Un hombre sin papeles era un hombre al agua. Un hombre con papeles —y no hablo ahora de valores, ni de billetes de Banco— era un ser que hubiera podido llegar a ser feliz si la precisión de velar por sus papeles no le robaba esa presunta felicidad.

Andando los años, un hombre un poco activo apenas si disponía de tiempo que dedicar a la familia y a la profesión. Ya tenía bastante con ocuparse de sus papeles. El mero hecho de nacer ya se traducía en papeles. La profesionalidad había, asimismo, que documentarla. Nada digamos si a este hombre se le ocurría tener en casa una escopeta; la sola posesión del arma ya le exigía la adquisición de tres papeles, medida admisible si estos papeles no requirieran una puntillosa y apremiante renovación anual. Si este hombre seguía progresando y se mercaba un automóvil entonces el número de papeles era ya abrumador. La cosa se complicaba aún más si el poseedor del automóvil, en un muy lógico deseo de utilizarle, decidía hacer un viaje a Francia o Portugal. A partir de ese momento el hombre civilizado, lo que hasta hoy entendimos por hombre civilizado, quedaba literalmente enterrado bajo una montaña de papel: tres, cuatro, seis, doce... naturalmente todos ellos sujetos a revisión o renovación periódica.

En suma, la civilización había llegado a ser tan refinada que los pueblos tuvieron que inventar al hombre de profesión «sus papeles», al hombre que dedicaba su vida a resolver los papeles y papeletas de los demás. Las agencias que tramitan papeles ajenos se multiplicaron y el hombre civilizado respiró. Las agencias eran un poco como esas guarderías de las grandes fábricas donde se depositan niños mientras los padres trabajan. Quiero decir que sin agencias ni guarderías, los padres no dispondríamos de tiempo para trabajar, ya que con nuestros papeles y nuestros hijos tendríamos más que suficiente.

Mas, al parecer, ahora se presenta la deflación. La civilización se torna regresiva. Diríase que tras la saturación volvemos al punto de partida. Seis países de Europa declaran que sus ciudadanos podrán trasponer seis fronteras —¡seis!— sin necesidad de pasaporte. He aquí un primer síntoma de auténtico progreso: de progreso positivo, racional; de un progreso cuyas ventajas se pueden tocar con la mano.

Colaboradores de *DIARIO - DIA*



TURISTAS Y NATIVOS

Por MIGUEL DELIBES

He escrito hace poco que los españoles vivimos demasiado pendientes de los turistas; de lo que los turistas que nos visitan puedan decir de nosotros. Ante un rincón desaseado de cualquier ciudad, surge la pregunta inevitable: «¿qué dirán los turistas que nos visiten?». Nuestra convivencia, nuestra comodidad, nuestro recreo, nuestra satisfacción, nuestra higiene cuentan muy poco al lado de lo que los turistas pueden pensar o decir de nosotros.

Esta actitud responde, a fin de cuentas, a la tradicional hidalguía española y es muy plausible siempre que no se lleve a extremos exagerados. En buena parte, este temor a lo que los turistas puedan decir de nosotros, nos ha llevado a corregir defectos o, si no a corregirlos, nos ha llenado, al menos, de buena voluntad para intentarlo. Pero, de otro lado, tal inquietud, que en algunos momentos llega a ser desasosiego, es la demostración palpable de que el español está lleno de respetos humanos; carece de naturalidad. El español suele ser poco espontáneo en visita. El envaramiento es la característica del español que se sabe observado.

Contrasta esta postura con el exceso de naturalidad, con el desparpajo de que dan pruebas no pocos de nuestros visitantes. Y no me refiero ahora tanto a sus pintorescas indumentarias, que sobre esto habría mucha tela que cortar, sino, a la manera de comportarse y de moverse. Sin duda nuestros turistas no tienen miedo al qué dirán; se ponen el mundo —o, al menos, a España— por montera, y ahí se las den todas. En puridad, estoy por ver un turista dispuesto a corregir su manera de proceder o de vestir por temor a lo que un nativo pueda pensar de sus modales o de su indumentaria. O, simplemente, por respeto a los que le rodean.

Entiendo que nosotros nos excedemos en velar por nuestra dignidad mientras buena parte de quienes nos visitan se exceden en mostrarse espontáneos. Es este freno en buena medida al que impide que por lo general España no dé tan buenos actores como Francia, Norteamérica o Italia, pongo por casos de naturalidad. El auditorio cohibe al español y si es muy cierto que la agregación, al sentirse arrobado, le dispara y cae en el extremo opuesto, no lo es menos que el aislamiento, frente a un determinado grado de espectación, enerva sus cualidades personales o mixtifica su verdadero carácter. Tal vez, en el fondo, esto no sea sino una cuestión de sensibilidad.

En todo caso, creo que respetando unos elementales cánones de decoro no hay razón para preocuparnos de lo que los turistas puedan decir o pensar de nosotros. El hecho de que no adecemos una calle sino cuando se anuncian las visitas nos coloca a nivel de esas amas de casa que tiemblan y ponen los trastos patas arriba cuando va a bajar a ofrecer la casa al nuevo vecino del tercero. El decoro en el vivir debe ir inspirado en la propia estimación antes que en el temor a la crítica ajena. De todos modos, entiendo que en esta intercomunicación primaverbal que se ha puesto de moda en el mundo lo más congruente es establecer un criterio de reciprocidad y servir a quienes nos sirven y extremar nuestra dignidad y atenciones ante quienes las extreman con nosotros.

Exclusivo para EL DIARIO PALENTINO-EL DIA DE PALENCIA
(Prohibida la reproducción)

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES
Miguel Delibes



PERFIL DE UN NUEVO NADAL

Por MIGUEL DELIBES

No es mi propósito hablar de literatura. En realidad, al enfrentarme hoy con estas cuartillas, no tengo un plan preconcebido; quisiera, sencillamente, comunicar a mis lectores una primera impresión sobre un tipo humano considerable: el padre Martín Descalzo, ganador del Premio Nadal 1956.

Yo sospecho que para captar entera la personalidad del padre Martín Descalzo, uno debe de situar su cámara de tomar vistas desde diferentes ángulos. En todo caso, sin embargo, no podrá por menos de manifestarse su arrolladora fuerza vital; la fogosidad, el ardimiento de este cura de reciente hornada, es un hecho evidente. A través de las numerosas facetas que abarca su actividad, se descubre un estímulo positivo: Dios, y otro negativo: el temor al adocenamiento. Para el padre Martín Descalzo, nada tan temible como la rutina aburguesada, escéptica, promovida por la idea de que los hombres son de una manera y resulta inútil, y hasta ingenuo, tratar de cambiarles.

La fe del nuevo Nadal es tan vasta que no se reduce a Dios: el padre Martín cree también en los hombres. De ahí su irrupción impetuosa en el mundo, su noble afán revolucionario, renovador. El padre Martín, por añadidura, cree también en sus propias fuerzas. Después de todo, los hechos justifican esta confianza en sí mismo. En pocos años, el padre Martín Descalzo ha removido las conciencias de toda una ciudad, ha despertado una inquietud de tipo intelectual, y sobre todo, la ha encauzado de acuerdo con las normas de la Iglesia.

Aparte otros muchos quehaceres, el padre Martín Descalzo se ha obstinado en enseñar a los vallisoletanos a ver cine, a ver teatro y a leer novelas. La tarea, si aparentemente frívola, no es siquiera sencilla, supuesto que, por un lado, en una película, una pieza teatral o una novela, existen muchos valores a considerar, mientras de otro la masa es demasiado mollar y asequible, se contenta con aplaudir aquello que conmueve sus sentimientos más fáciles.

En tres años, el padre Martín Descalzo ha verificado la disección de muchas obras. Su equilibrada organización mental, junto a un agudo sentido crítico, le ha permitido practicar estas operaciones con asepsia y claridad envidiables ante un nutrido auditorio. Abunda ya la gente en la ciudad que, merced a sus desvelos, sabe valorar los distintos aspectos de una novela o un film. Bien entendido que la principal preocupación de este cura joven es que el arte o la literatura o el cine tengan «algo» de más, no se queden en una mera finta estética. «Lo que no tiene algo detrás no me interesa» —me ha dicho recientemente—. Como justificándose, ha acudido a Claudel: Claudel ha dicho: «La belleza está hecha para algo muy distinto del placer.» De cualquier modo, los cine-forum, los coloquios teatrales, los círculos y conferencias, los artículos de la página literaria de «El Norte de Castilla», constituyen un expresivo índice de la cultura, de la arrebatada pasión apostólica, de los objetivos estético-espirituales del nuevo premio Nadal. Todo esto y otros aspectos que omito —cátedra del seminario, coadjutor parroquial, consiliario de Acción Católica—, unido a sus publicaciones y sus premios, nos lleva a pensar en la posibilidad del muchacho prodigio; mas el padre Martín, como ya he dicho en otra parte, tiene el suficiente talento para ser prodigio sin parecerlo. Diría más: el padre Martín busca la expresión sencilla para exponer altas ideas hoy que la petulancia está a la orden del día y son tantos los simples que ocultan bajo un lenguaje grandilocuente su vaciedad.

Si hubiera de resumir en una frase al nuevo Nadal, diría que es una fuerza avasalladora proyectada hacia Dios. El mero hecho de escribir novelas ya revela su disconformidad con los revulsivos espirituales utilizados hasta el día, su moderno concepto del clero y de su misión en la época actual. «En el fondo, el sacerdote-novelistas responde a la misma preocupación y le amenazan los mismos peligros que al sacerdote-obrero. Yo sentiría equivocarme como alguno de aquéllos se equivocó, pero confío en que entre todos habremos hecho acto de presencia del sacerdote en el mundo contemporáneo» —me decía hace unos días.

En suma, el padre Martín Descalzo, premio Nadal 1956, llega a la literatura, no como un fin, sino como un medio: un nuevo camino de apostolado. Todo esto, sin duda, tornará a revolver el mundo de las letras en torno a la novela-meneaje y a la novela-objetiva tan pronto el libro se publique. Al nuevo Nadal esto no le preocupa. Él insiste una y otra vez que no le interesa una novela mientras no tenga «algo» detrás; en tanto no le sirva, espiritualmente, de algo.

BERRUGUETE Y EL FLAMENCO

EL Dr. Luis de Castro afirma haber descifrado el enigma Berruguete. Por de pronto, el Dr. Castro no se anda por las ramas y en obra pulcramente editada, lanza la tesis—que si aparentemente frívola tiene una base convincente en la profusión de grabados que acompañan al volumen—de que en Berruguete tenemos un precursor del actual baile hondo o flamenco.

He aquí un punto de vista, si se quiere audaz, que en otro país más dado a la polémica artística que el nuestro suscitara un peloteo de ideas y pasiones que si no para otra cosa, serviría, al menos, para centrar la cuestión en sus justos límites y divulgar la figura del gran imaginero.

Desde luego, interpretar a San Mateo dibujando un «arabesco», en expresión y movimiento de «seguidilla castellana», o al propio San Juan en un «desplante en alegrías» supone un osado punto de vista que merece la pena considerar. A propósito de este libro ha escrito don Francisco de Cossío: «Cualquier gran altura de cualquier tiempo, aun en la posición más estática, tiene un ritmo de baile, un movimiento musical». Si esto es así, no hace falta retorcer argumentos para encontrar la postura del Dr. Castro congruente y razonable, supuesto que Berruguete no sólo es un escultor frío, sino cálido y apasionado. Las tallas de este artista que guarda el Museo Nacional de Escultura de Valladolid, encierran una fuerza plástica considerable y en punto a expresividad es obvio que cada una dice mucho más de lo que tras una primera ojeada pudiera parecernos.

Para el Dr. Castro, Berruguete fué un incomprendido durante cuatro siglos aunque su arte subyugara. El lo ha descifrado ahora. Berruguete—según el escritor—encontró las primicias del aire hondo en el ambiente en que vivía y lo comunicó a sus obras. Aquí salta el verdadero nudo de la cuestión: ¿Es posible que el ritmo de las tallas de Berruguete obedezca a un movimiento deliberado o, por el contrario, responde a un impulso inconsciente? En una palabra: ¿Pretendió Berruguete hacer bailar a San Mateo una «seguidilla castellana» o trazar a San Juan un «desplante en alegrías» o le salió así? En este punto conviene aclarar que el bailarín Vicente Escudero rubrica, con los comentarios y clasificación de los esquemas explicativos que acompañan a la obra, las ideas anteriormente expuestas por el autor. He aquí, pues, otro argumento que al reforzar la tesis sustentada por el Dr. Castro otorga, de salida, a su libro «La Danza y la Escultura» un impulso polémico considerable.

Sin duda, Luis de Castro, concienzudo admirador de Berruguete, uno de los vallisoletanos más asiduos a su Museo—ya que según propia declaración durante los dos últimos años lo visitó todos los días—y, por otro lado, profundo conocedor de la técnica del baile hondo, no lanza su teoría a humo de pajas. Por esta obra puede deducirse su infrecuente erudición, su conocimiento del tema; dominio que le conduce a afirmar que si Berruguete fué durante siglos para la crítica un artista desconcertante, hoy no lo es. «Yo bucé—dice—en el movimiento y expresividad de este genial artista y entonces lo hallé». Lo que el escritor halló fué este parentesco entre Berruguete y el flamenco que causará estupor en nuestros medios artísticos y culturales.

MIGUEL DELIBES

¿Cómo recibió usted su "Premio"?



INDICE ha preguntado a algunos de nuestros escritores jóvenes, relativamente famosos, cómo alcanzaron esta relativa notoriedad—*relativa* por ser española—y qué impresión les produjo encontrarse con ella de la noche a la mañana, y, en algún caso, con un premio de añadidura: Camilo José Cela, Carmen Laforet, Rafael García Serrano, Antonio Buero Vallejo, José Suárez Carreño, Miguel Delibes... El primero en contestar ha sido este último. He aquí su respuesta.

Mi buen amigo el Director de INDICE me pregunta por mi impresión al recibir el Premio «Nadal», mi proceso psicológico al pasar a la notoriedad literaria y otras muchas cosas. Con ello, INDICE me honra mucho y me demuestra una viva y acuciante inquietud literaria. Pero, de entrada, me encuentro con una dificultad insalvable, y es que yo no tengo de Miguel Delibes un tan buen concepto literario como para hablar de él, ni mucho menos me parece que mi nombre tenga en ese campo alguna notoriedad. Voy, pues, a orillar estas cuestiones y a decir al amigo Fernández Figuroa que yo en todos los terrenos me conformo con hacer lo que puedo, que es muy poco.

En cuanto a la parte anecdótica que pudiera derivar de mi premio «Nadal», y en lo que pudiera servir de estímulo a tantos como luchan por obtener un galardón de esta especie, ya es otro cantar. Además, creo, las circunstancias que rodearon esta noticia, por lo que a mí se refiere, no son frecuentes. Yo me enteré del fallo letra a letra en la cabina de teletipos de mi periódico *El Norte de Castilla*. ¿Que qué sentí? Emoción. ¿Que por qué? Por lo de siempre. Las pocas gentes que sabían de mi concurrencia al premio se obstinaban en desengañarme previamente, asegurándome que en competencias literarias, el premio está dado de antemano. Mas yo tuve fe en el «Nadal» y en la seriedad del «Nadal» y en el hecho de que el «Nadal» sacase, cada año, a relucir un nombre nuevo. El que algunos escritores, en intermitencias regulares—de año a año—arremetieran ferozmente contra él, me estimulaba aún más, porque sus voces tenían unas claras resonancias a desilusión, a cicatería y a despecho. De esto me convencía yo cuando, tras la concesión del «Nadal» a *La sombra del ciprés*, y mucho antes de salir el libro, volvieron a sonar ladridos. Y es que los poderosos desencantados tornaban a agarrar la ocasión por las orejas para reanudar su ofensiva, no por estrepitosa, menos lamentable y estéril.

Pese al premio, creo que mi primer libro es el más flojo. Me parece una novela en conserva: con pocas vitaminas y escasa movilidad. A mi juicio, y novelísticamente hablando, *Aún es de día* y *El camino* son muy superiores.



MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES